

# Voces adolescentes en (re)construcción

Narrativas posterremoto del cantón Sucre, Manabí: una intervención  
de orientación psicoanalítica fuera del consultorio



Dennis Logroño Sarmiento  
Verónica Egas Reyes  
Emilio Salao Sterckx  
Santiago Andrade Zapata

**PUBLICALO**  
y genera conocimiento que transforma

**edi**  
**PUCE**



Voces adolescentes en (re)construcción

Narrativas posterremoto del cantón Sucre, Manabí: una intervención psicoanalítica fuera del consultorio

Dennis Logroño Sarmiento

Verónica Egas Reyes

Emilio Salao Sterckx

Santiago Andrade Zapata

Primera edición

© 2023 Dennis Logroño Sarmiento, Verónica Egas Reyes, Emilio Salao Sterckx y Santiago Andrade Zapata

© 2023 Pontificia Universidad Católica del Ecuador

EdiPUCE

[www.edipuce.edu.ec](http://www.edipuce.edu.ec)

Quito, Av. 12 de Octubre y Roca

Apartado n.º 17-01-2184

Tel.: (5932) 2991 700 ext. 2060

e-mail: [publicaciones@puce.edu.ec](mailto:publicaciones@puce.edu.ec)

Diseño de portada y diagramación: Centro de Servicios de Diseño Gráfico y su equipo de practicantes de la Carrera de Diseño Gráfico (Wellington Jurado, Alejandra Mendieta y Karen Tapia)

Adaptación del texto: María Emilia Egas Salgado

ISBN: 978-9978-77-721-3

Quito, diciembre de 2023

Impreso en Ecuador

Impreso en Ecuador. Prohibida la reproducción de este libro, por cualquier medio, sin la previa autorización por escrito de los propietarios del Copyright.

Esta publicación ha sido posible gracias al fondo Publícalo de la Dirección de Investigación que busca favorecer la transferencia del conocimiento y la publicación de resultados de investigación de los estudiantes de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador.

# VOCES ADOLESCENTES EN (RE)CONSTRUCCIÓN

Narrativas posterremoto del cantón Sucre, Manabí:  
una intervención de orientación psicoanalítica fuera  
del consultorio.

---

Dennis Logroño Sarmiento  
Verónica Egas Reyes  
Emilio Salao Sterckx  
Santiago Andrade Zapata



*My kids ain't gonna break my heart  
My greed ain't gonna spoil their part  
This land just has to be a new one  
I'm gonna tan underneath the new sun*  
*Teenage Wasteland – Peter Townshend (1971)*

# Índice

<b>AGRADECIMIENTOS</b> , <i>Dennis Logroño Sarmiento</i> .....	v
<b>PRÓLOGO</b> , <i>Tanguy de Foy</i> .....	13
<b>I. INTRODUCCIÓN</b> , <i>Verónica Egas Reyes y Dennis Logroño Sarmiento</i> .....	19
<b>II. ANTECEDENTES: INVESTIGACIÓN Y PRESENTACIÓN DEL PROYECTO</b> .....	24
1. Entre el hacer y el pensar: el lugar del investigador clínico en la comunidad, <i>Verónica Egas Reyes</i> .....	25
2. El proyecto PUCE-Ohio de “Mapeo de recursos psicosociales y capacidades de resiliencia comunitaria en el cantón Sucre, Manabí”, <i>Santiago Andrade Zapata</i> .....	36
3. Encuentro con los adolescentes en el proceso de reconstrucción, <i>Dennis Logroño Sarmiento</i> .....	44
<b>III. CARTOGRAFÍA DE LA ADOLESCENCIA</b> , <i>Dennis Logroño Sarmiento</i> .....	47
1. La experiencia del terremoto.....	48
2. ¿Cómo están los adolescentes después del terremoto?.....	55
3. Los proyectos de vivienda social ( <i>por Emilio Salao Sterckx</i> ).....	61
4. El adolescente como resto de Bahía.....	72
5. Algunas conclusiones preliminares.....	79

<b>IV. ADOLESCENTES HABLANDO</b> , <i>Dennis Logroño Sarmiento</i> .....	82
1. Ellos fueron hablados.....	83
2. ...pero ahora ellos hablan.....	91
2.1. Mateo: “algo no esperado” .....	91
2.2. Iván: “cada uno escribe la historia como la quiere hacer” .....	97
2.3. Robert: “nunca he hablado así” .....	106
2.4. Erik: “eso es dañar mi vida, nomás” .....	114
2.5. Alison: “hay veces que hay que hacer algo” .....	129
3. La historia de vida como una forma de dar voz a los adolescentes.....	142
<b>V. CONCLUSIONES</b> , <i>Dennis Logroño Sarmiento y Verónica Egas Reyes</i> ....	146
<b>VI. BIBLIOGRAFÍA</b> .....	151
<b>EPÍLOGO</b> , <i>Carlos Silva Koppel</i> .....	159
<b>PERFILES DE LOS AUTORES</b> .....	164

## AGRADECIMIENTOS

Como autor principal de este libro, deseo extender mi sincero agradecimiento a Verónica Egas, no solo por haber sido la directora del trabajo de disertación en el que este libro está basado y co-autora del mismo, sino también por su entusiasmo y empuje constante para que este libro sea publicado. Empezó siendo mi docente, pero ahora puedo decir que somos colegas que hemos trabajado en no solo este sino varios proyectos juntos. Asimismo, extiendo un agradecimiento especial a Emilio Salao, co-autor también de este libro, por haber sido quien diseñó en conjunto conmigo las intervenciones de campo originales del trabajo de disertación, pero también las posteriores que realizamos después de ser acreedores del Fondo Público. Asimismo, un agradecimiento a Santiago Andrade, otro co-autor, quien fue parte del proyecto de investigación macro desde el inicio y sentó las bases para que la transferencia de trabajo con el cantón Sucre se afianzara y pudiésemos eventualmente realizar este proyecto en Bahía de Caráquez y Leónidas Plaza.

La concepción del método biográfico desplegada aquí se la debo a Paola Viera, a quien agradezco por inicialmente introducirme a esa metodología como la propone Marcela Cornejo. La adaptación aquí sostenida la diseñamos entre los autores del libro con la articulación clínica que el método ofrece y que la sostuvimos desde el psicoanálisis lacaniano y la psicología en comunidad.

La formación psicoanalítica pensada para un abordaje de la adolescencia la pude trabajar originalmente con Virna Pinos, a quien agradezco por introducirme a los planteamientos de Martine Lerude, especialmente el de la adolescencia entendida como discurso. Agradezco a Félix Morales Montiel con quien, en sus

grupos de formación, pude repensar la idea de la adolescencia como significativa y plantear un abordaje estructural que fuese más allá de lo netamente biológico y social, así como la motivación para continuar el desarrollo de este libro. Asimismo, agradezco a Carlos Silva Koppel, quien, pese a sus críticas al psicoanálisis fuera del consultorio, siempre me animó a continuar el desarrollo de mis investigaciones. También, a Tanguy de Foy, quien con su trabajo me permitió comprender la importancia del acompañamiento de la(s) adolescencia(s), en su diversidad, por fuera de los muros de consulta –sobre todo en la calle–, planteamiento que ya conocía en su sentido amplio con Vero y Emilio desde la investigación-acción participativa. Finalmente, un agradecimiento sentido a Paulina Moreno, quien me animó a dedicarme a la clínica, no solo con adolescentes aunque con un interés especial en ellos, y quien siempre pensó que sería capaz de hacerlo, desde las primeras veces que le hablaba de mis intervenciones en este proyecto.

Para mí es también importante agradecer a quienes fueron mis colegas investigadores en diversas partes del proyecto macro, al cual llamábamos “Atlas”, nombre acuñado por Emilio por los ejercicios de cartografía que realizábamos. Entre ellos se encuentran Carolina Mulki, Francisco Paladines, Giuliana Benítez, Sofía Morejón, Dominique Villagómez, Catherine Cazar, Kevin Campos, Valeria Grijalva y, con énfasis especial, Mishell Cahuasquí, con quien conviví el tiempo más largo que permanecí en Bahía. Asimismo, un agradecimiento sentido a Juan José Alarcón y Karina Nicolalde, apreciados amigos y colegas que acudieron a Bahía conmigo cuando nadie más pudo hacerlo.

En Bahía de Caráquez, debo agradecer a Gemma Saavedra y Marianela Arteaga, médica y psicóloga del Centro de Salud de Bahía respectivamente, así como a Ana María Montes, de la Dirección Distrital de Educación, por su apertura a conversar con nosotros más allá de un interés institucional y enriquecer este libro con su perspectiva sobre la conformación social del cantón Sucre. En Leónidas Plaza, me es importante agradecer a José Andrade, el presidente de aquel entonces de Acuarela II, y a Mariuxi Jama, secretaria de aquel entonces de María Enriqueta Orrantia, por ser quienes gestionaron y nos dieron todas las facilidades para que podamos acercarnos a sus comunidades.

También quiero agradecer a Eduardo Barahona, docente en ese entonces de la sede de Bahía de la PUCE, que permitió una articulación constante con las diversas instancias del cantón. Asimismo, quiero extender un agradecimiento especial a todos los adolescentes de las comunidades que se acercaron a nosotros y a sus padres, por compartir sus vidas conmigo y con nosotros, y permitirnos recoger dichos testimonios sin los cuales no existiría este libro.

En la PUCE, en su Dirección de Investigación, agradezco a Verónica Idrovo por su paciencia para que este libro vea la luz en el tiempo requerido para su adecuada realización en el marco del Fondo Público. En el Centro de Publicaciones, agradezco a Macarena Orozco por su interés en que la publicación de un libro sea lo más prolija posible y por todas sus sugerencias dadas para ese efecto. En la Facultad de Arquitectura, Diseño y Artes, quiero agradecer especialmente a Wellington Jurado, Karen Tapia y Alejandra

Mendieta, los estudiantes que colaboraron con nosotros para realizar el diseño del presente libro. En la Facultad de Psicología, quiero agradecer a Graciela Ramírez y Ernesto Flores, por sus comentarios, contribuciones y críticas al abordaje planteado en este libro en su génesis.

Finalmente, un enorme agradecimiento a Karim Fraga, no solo por su compañía constante y fundamental en mi vida –y en este proyecto de intervención–, sino por su ética de trabajo y su prestancia que fueron imprescindibles para la consolidación de este texto al generosamente brindarme su tiempo como transcriptor, lector y revisor, así como su compañía in situ en Bahía en múltiples ocasiones.

*Dennis Logroño Sarmiento*

# PRÓLOGO

## 16A – La voz y la narración

Hablando de la voz de los adolescentes parece pertinente recordar el significado de un prólogo. En su sentido etimológico, el prólogo es un discurso que viene antes de una obra de teatro. Nos indica, de entrada, la anterioridad de la voz sobre el ‘logos’.

Se trata aquí de entrar en el teatro de un desastre donde solo se pueden ver ruinas. Se le designa con dos cifras y una letra: 16A<sup>1</sup>. Esos tres signos parecen apuntar a una investigación arqueológica enfrentada a numerosos fragmentos de una habitación que ya no existe desde muchos años.

La numeración es como un primer paso para ordenar lo que se encuentra y, poco a poco, a través de las series que se constituyen, darle sentido y coherencia para que se produzca una narración alrededor de hechos desestructurados.

Aquí, se descubre que los fragmentos no son solo pedazos de ciudad, de casas y otros objetos de utilización cotidiana que perdieron sus capacidades de uso. Se trata también de vida y de muerte, de desarrollo corporal y relacional, de encuentros entre cuerpos vivientes y sus tiempos, y espacios de vida y de existencia.

La serie conocida que va de la infancia a la edad adulta y que se narra en historias que se apoyan en un espacio-tiempo cultural y político –la guardería, la escuela, el colegio, la iglesia, el barrio, la empresa...– ha sido puesto patas arriba.

16A, un punto final que empuja a transformarse en punto de partida. Una página blanca.

---

<sup>1</sup> [Nota de los autores]: Designación en código alfanumérico que se creó para referirse de forma abreviada al terremoto del 16 de abril del 2016 con epicentro en Manabí haciendo referencia a su fecha.

El espacio ha sido derrumbado. Las referencias de antes han sido desubicadas y se trata de volver a una estructuración del espacio y del tiempo renovado.

¿Cómo empezar? ¿Por dónde?

La primera expresión de la voz es el grito, el llanto de un recién nacido. Durante el tiempo de aprendizaje del hablar, el humano se apoya en el sonido de las palabras que se intercambian en su alrededor. Poco a poco, su voz se vuelve un 'decir' gracias a la escucha de los que hablan. Ellos interpretan lo que se llora para hacerle entrar en el tejido social. Este tejido está constituido de caminos para crecer, buenos como malos. Y, a veces, deja lugar a espacios desentrañados que aparecen como oportunidades para inventar nuevos caminos.

El desarrollo humano está orientado por tal tejido, solo que ciertas etapas no siempre tienen soleras muy claras o sólidas. Es así que pasar de la infancia a la adolescencia no es una evidencia. En el cuerpo, la pubertad causa un terremoto. Un niño ya no es niño y ya no es adulto. Un vacío se ha abierto, las identificaciones se están desentrañando. Uno se vuelve al grito, tiene que encontrar una nueva voz y apoyarse en aquella para construir su narrativa de vida.

El trabajo propuesto por los investigadores –autores de este libro– se desarrolla entre varios niveles expresivos siguiendo líneas en el tiempo y en el espacio, esforzándose a dar una habitación a las voces que escuchan, permitiéndoles re-velar –en el sentido de velar de nuevo– esta voz que se encuentra como desnudada.

La voz, en su estatuto puro (si se puede decir), es un grito, un mur-muro extranjero. El hablar lo viste y protege al que habla de la ex-

trañeza de su voz. Con la pubertad, la voz vuelve a hacerse escuchar y la extrañeza a manifestarse. 16A.

Un barrio, una ciudad que padece un terremoto se encuentra enfrentando este mismo vacío donde resuenan gritos y se escuchan murmullos extranjeros. El espacio y el tiempo se va fuera de sus coordenadas geométricas, geográficas, cronométrales y sociales, abre un vacío lleno de angustia. La vida se encuentra en riesgo de perder existencia. 16A agarra este riesgo para transformarlo en oportunidad y abrir un espacio de expresión.

Para volver a existir en la realidad, una expresión tiene que beneficiarse de un soporte donde se puede escribir o dibujar. Los trazos, para tomar sentido, tienen que recibir una habitación.

La investigación que se nos da a leer puede ser vista como tal habitación. Los autores trataron de dar tiempo y espacio a un evento y lo hicieron desde la manera como este evento atravesó los cuerpos adolescentes.

Para lograrlo, buscaron refrescar las maneras de investigar y de posicionarse como investigador. Para lograrlo, se inspiran de la teoría y la práctica psicoanalítica, la cual se ve adolescentizada y, por lo tanto, con nuevos recursos de desarrollo y de invención conceptual. El evento en sí devela la manera en que un tiempo y un espacio pueden ser frágiles, indica la necesidad de reconstruir y reanudar con aquellos el tiempo y el espacio entendidos como soportes de la relación social y como vestimentas para enfrentar la angustia. Este proceso de reanudamiento es también un proceso de cambio. Se descubre que el espacio y el tiempo tienen un estatuto similar

a aquello de la voz. No se los escucha mientras no logren tejer un sentido social estructurante.

El libro lleva al lector a encontrar el evento –16A– al salir de aquello, al momento donde, gracias al solar que se construye tras las narraciones, el vacío se cura y la apertura se teje. Nueva voz y nuevas relaciones surgen con el tiempo y el espacio a través del cuerpo adolescente. Esas nuevas relaciones se construyen poniendo el cuerpo en acto.

La investigación muestra como un espacio destruido lleva los adolescentes a reasegurarse sobre sus lazos más cercanos, la mayoría del tiempo, familiares. Y cómo los espacios en el margen de la estructura social dan oportunidades para elaborar y volver a poner su vida en existencia. Con esas coordenadas del ‘centro’ de lo familiar a la periferia del espacio social, el espacio subjetivo se expande. Permite enfrentar esta intensificación del terremoto pubertario por el terremoto geográfico que introduce de manera brutal a los adolescentes a la adolescencia y a las fallas del entorno que se revelan.

Los autores tratan de ubicar el lugar de estas fallas, que van desde las fallas muy humanas de los padres buscando orientarse en sus propias existencias hasta las fallas políticas, y pasando también por las fallas de las construcciones. Todos estos niveles que, si bien se les revistieron durante la infancia, tienen que volverse preguntas, líneas para dibujar e inscribir en el mundo y en la existencia propia.

Las narraciones recogidas aquí son tales dibujos conformados por los adolescentes que reconocen este paso de la voz a la narración a

través de la escucha de los investigadores.

Universitarios atrevidos, autores inventivos, se apoyan en el solar institucional para crear soleras para ofrecer nuevas posibilidades y maneras de existir a adolescentes después de un desastre.

Ojalá este libro allane el camino para nuevas investigaciones ‘curativas’ y nuevas formas de intervención política al servicio de las subjetividades y de sus escenas de existencia.

*Tanguy de Foy*



## I. INTRODUCCIÓN

Uno de los grandes cuestionamientos hacia la academia es la sensación de lejanía y desconocimiento real de las principales problemáticas sociales. Se suele percibir una universidad lejana, distante y con dificultades para lograr un acercamiento, mirada y análisis del mundo que la rodea. Justamente, con base en lo antes mencionado, surge al interior de las universidades la necesidad de buscar formas de contribución real a un social en dificultades. Como respuesta, en los últimos años, se proponen tres funciones sustantivas, cuya tendencia es una articulación entre ellas: docencia, investigación y vinculación con la colectividad. El presente trabajo apunta a articular estas tres funciones sustantivas y fortalecerlas.

A través de la presencia de estudiantes, docentes y la comunidad, se crea una sinergia que permite dar sentido al proceso de enseñanza-aprendizaje, aportando y co-construyendo, al mismo tiempo, con las poblaciones con un fin común: entender las problemáticas sociales y buscar soluciones para ellas.

Este libro es un registro de una investigación realizada sobre desastres naturales y su impacto en adolescentes que los vivenciaron en el período 2018-2019. Se da un recuento de cómo un grupo de investigadores –desde la academia– apostaron a un trabajo colaborativo con comunidades de la provincia de Manabí (uno de los sectores más afectados por el terremoto de 2016 en Ecuador). Hubo investigadores de dos dominios académicos: psicólogos clínicos y educadores, quienes, junto con estudiantes de carreras de grado y las poblaciones de cada localidad, fueron actores dentro de los procesos investigativos y de intervención. Es importante subrayar que se trató de un trabajo colaborativo, en el sentido de reconocer a las poblaciones y comunidades como actores directos del trabajo, junto

con los investigadores.

El trabajo se enmarcó en un proyecto de investigación-acción participativa entre la PUCE Quito, San Isidro y Bahía de Caráquez. Como resultado de este proceso, surgieron varias investigaciones e intervenciones psicosociales. En este texto, se presentarán los resultados y reflexiones de una investigación realizada con adolescentes de Bahía de Caráquez posterior al terremoto de abril de 2016 en Ecuador. Dicho trabajo tuvo una base cualitativa, usando el diseño biográfico y, como técnica de base, al relato de vida.

Este libro tomó forma de la misma manera que el trabajo investigativo: entre varios, con los aportes de cada investigador desde su lugar, lectura y visión particular de lo trabajado, vivenciado y aprendido. Por esta razón, se ha dividido en tres capítulos; para abarcar en cada parte un tema específico, resultado de continuas reflexiones y análisis del grupo de investigadores.

El primer capítulo introduce al lector a la visión de una investigación viva, en movimiento constante y que reconoce la incertidumbre de lo humano. Verónica Egas, al pensar sobre *El lugar del investigador clínico en la comunidad*, habla desde su lugar de psicóloga clínica, sobre la investigación cualitativa, el psicoanálisis y la investigación-acción. Muestra las particularidades del investigar-interviniendo y la función del investigador en este proceso específico. En un segundo apartado, en su revisión sobre el *Mapeo de recursos psicosociales para la resiliencia en Manabí*, Santiago Andrade presenta una intervención psicosocial que derivó en la investigación. A través de su escrito, podemos seguir el camino realizado por el grupo de investigadores en Manabí, el proceso de co-construcción con la comunidad de San Isidro y los aprendizajes obtenidos. Estos son

los antecedentes para el trabajo con jóvenes, que vendrá a continuación, en Bahía de Caráquez, que empiezan a ser enmarcados por Dennis Logroño, en *Encuentro con los adolescentes en el proceso de reconstrucción*.

En el segundo capítulo, se introduce al lector en la dinámica del trabajo comunitario y la adolescencia, en un texto de Logroño con un aporte de Emilio Salao, apuntando a un ejercicio de *Cartografía de la adolescencia*. En primer lugar, se aborda la cuestión de *La experiencia del terremoto* como catástrofe social y qué efectos pudo tener en los manabitas a nivel del traumatismo y la preocupación por el resquebrajamiento del tejido social. En segunda instancia, se formula la pregunta: *¿Cómo están los adolescentes después del terremoto?* A partir de estas, se da una apuesta reflexiva sobre las particularidades que podrían suscitarse en los jóvenes en un contexto posdesastre y las construcciones de sentido que podrían ir generando para enfrentarlo.

Luego, Salao propone *Los proyectos de vivienda social* como respuesta a las necesidades de los afectados por el terremoto, incluidos allí los adolescentes, de recuperar una vivienda que habitar y las dinámicas suscitadas en las comunidades emergentes que conformaron, particularmente en Bahía de Caráquez, con los proyectos de Acuarela II y María Enriqueta Orrantia. Finalmente, Logroño concluye el texto preguntándose por el lugar de los adolescentes en la ciudad, al plantearse si se da la consideración de *El adolescente como resto de Bahía* por parte del mundo adulto, al tener una mirada de él como aquella pieza suelta que no “encaja”, que hace ruido. El capítulo culmina con Algunas conclusiones preliminares sobre el entrecru-

zamiento del lugar del adolescente como resto y la necesidad de una reconstrucción del lazo social posdesastre.

El tercer capítulo permite un adentramiento en la escucha de los jóvenes, al plantear la importancia de los *Adolescentes hablando*, dentro de la intervención realizada por Logroño con cinco adolescentes que habitaban en los proyectos de vivienda social de Bahía. En tal medida, en primer lugar, se buscó ubicar cómo lo metodológico permitió señalar a La historia de vida como una forma de dar voz a los adolescentes, al ubicar aquella herramienta investigativa como un acercamiento clínico que permitiese a los adolescentes de Bahía dar cuenta de su transitar de vida hasta llegar a su adolescencia. En segundo lugar, en Ellos fueron hablados..., se buscó señalar cómo fue necesario, como preámbulo al relato de los adolescentes, acercarnos a su comunidad, a sus padres y a ellos mismos, para resaltar la importancia de su palabra y, así, invitarlos a dar cuenta de que son protagonistas de sus propias historias a través del relato. Finalmente, en ... pero ahora ellos hablan, se recogieron los relatos de Mateo, Iván, Robert, Erik y Alison<sup>2</sup> sobre su transitar por la adolescencia, el recorrido por su historia, sus vicisitudes y sus deseos frente al porvenir. Estos relatos dieron cuenta de la diversidad de sucesos a los que se enfrentan cotidianamente y lo que implicó formar parte de los proyectos de vivienda social y de Bahía como un todo.

---

<sup>2</sup> Nombres protegidos.

Como podrá evidenciar el lector, el libro hace un recorrido en el que aborda temas que parten desde la academia y su lugar en un social en crisis, pasando por pensar y re-pensar el lugar y la pertinencia de las metodologías de investigación, hasta finalmente aterrizar en la comunidad adolescente y su lugar fundamental en la co-construcción tanto de preguntas como de respuestas.

Se invita a la lectura del texto y a adentrarse a un tipo de investigación que nos permite tomar distancia del lugar clásico de un investigador objetivo y neutral de su objeto de estudio y, más bien, descubrir una forma de investigar en donde los actores del trabajo son varios y muy diversos, en donde el reto es que las preguntas y las respuestas se construyan en conjunto, en donde la apuesta a lo humano y a su imprecisión están en cada esquina del camino que se recorre. Y en donde, justamente, los procesos tanto de enseñanza como de aprendizaje surgen en el centro mismo del vínculo entre las personas, recordando siempre que el ser humano es eso... humano.

*Verónica Egas Reyes y Dennis Logroño Sarmiento*

## II. ANTECEDENTES: INVESTIGACIÓN Y PRESENTACIÓN DEL PROYECTO

*Verónica Egas Reyes*

*Santiago Andrade Zapata*

*Dennis Logroño Sarmiento*

# 1. Entre el hacer y el pensar: el lugar del investigador clínico en la comunidad. Psicología clínica de orientación psicoanalítica en la comunidad

*Verónica Egas Reyes*

*Interrogando las certezas: una apuesta hacia una investigación más humana.*

La tendencia de la sociedad actual hacia lo cuantitativo se hace cada vez más evidente y, en el campo de la investigación académica, encontramos dos líneas claramente definidas: una investigación que se desarrolla en ambientes controlados, que parte de una hipótesis y tiene como fin la verificación o no a través de los resultados; y otro tipo de investigación que parte de preguntas abiertas, apunta al análisis de los procesos en sí y la importancia de la especificidad del resultado en determinado contexto, realidad o comunidad. La primera se enfoca en una lógica cuantitativa y la segunda, en una visión cualitativa. La una tiende a la generalización, la otra a la lógica del caso por caso, del reconocimiento de lo particular (Hernández-Sampieri, 2014).

Dentro de este marco, existen todavía lugares en donde es posible retomar los espacios de análisis y reflexión, en donde la producción académica-social toma otra dimensión, y se aleja de la reproducción sistemática. Así, apunta más bien al aporte contextualizado y pertinente de procesos dentro de lo humano.

Cuando se habla desde esta lógica, se apuesta a procesos en los que el análisis y la reflexión de lo humano rompen con la tendencia del reconocimiento de lo lineal y lo replicable. Estos procesos entran

en otra dinámica, por ejemplo, alejándose de la “prisa constante” del tiempo cronológico y acercándose más a los llamados ‘tiempos lógicos’, que proponen otros ritmos. El concepto de tiempo lógico (Stryckman, 2013) es presentado por el psicoanálisis lacaniano como un fenómeno humano, que reconoce que los procesos psíquicos de cada sujeto tienen un ritmo y dinámica particular. De esta manera, se subraya la importancia del reconocimiento del caso por caso y se toma distancia de la imperatividad de la generalización.

Entonces, con base en la propuesta del tiempo lógico, vemos también que es muy pertinente el poder reconocerlo no solamente en los procesos psíquicos de cada sujeto, sino en lógicas sociales y comunitarias, que justamente no entran en el ritmo del reloj moderno y su rapidez, sino que tienen sus propios ritmos, dinámicas y realidades. Entonces, ¿cómo es posible acercarse, desde la investigación académica, a la realidad social y comunitaria, respetando sus dinámicas propias y su contexto? Dentro del modelo de la investigación cualitativa, encontramos a la llamada investigación-acción.

### *La investigación-acción y el psicoanálisis: ¿un encuentro posible?*

Este tipo de investigación, iniciada por Kurt Lewin, tiene como concepto base la noción de procesos participativos y democráticos en la conducción de la investigación, que es llevada con una población in situ; se da desde la recopilación de información hasta las conclusiones, pasando por el análisis, la conceptualización, la planificación, la ejecución y la evaluación (Egas et al., 2013).

La investigación-acción es una metodología muy útil en la búsqueda

da de respuestas a problemas sociopolíticos. Ha sido muy utilizada en América del Sur, por las ciencias sociales. Su aparición está fuertemente ligada a contextos políticos y económicos particulares. En efecto, a fines de 1960, el incremento de las luchas populares en América Latina y una nueva visión ideológica de tendencia izquierdista produjeron una serie de reformulaciones en las ciencias sociales. Esto tuvo como resultado la aparición de nuevas propuestas metodológicas, entre ellas, la de la ‘investigación-acción participativa’ (IAP).

Si bien la naturaleza participativa del trabajo estaba implícita en la formulación de la investigación-acción, su cualidad particular de ‘participativa’ viene a mencionarse específicamente a partir de los años 80. Así, el término se convierte en ‘investigación-acción participativa’(IAP), sin dejar ninguna ambigüedad sobre la acción transformadora que forma parte del proceso investigativo (Ander-Egg, 2004).

La principal especificidad es el hecho de que la investigación-acción no puede resumirse en un eje metodológico unívoco. Por el contrario, como testimonia su doble denominación, esta comporta dos referentes: la praxis y la elaboración teórica. Y es precisamente, con base en esta articulación de los dos registros, que se apunta a construir un campo de pensamiento en la óptica de engendrar un cambio preciso en el mundo real.

Este método investigativo contiene elementos que aportan con la apuesta a realizar un trabajo de investigación que reconoce tanto las lógicas propias de cada grupo humano, como lo que ellos tienen

que decir sobre su realidad, fortalezas y sufrimientos. La investigación-acción tiene varios aspectos que, desde la visión de la psicología clínica y el psicoanálisis, resultan no solo interesantes, sino que también pueden ser elementos pertinentes y de convergencia. Elementos como el rol del investigador, el lugar que toma la noción de proceso en el trabajo, la función de las comunidades y el lugar del investigador con relación a la academia y las comunidades, entre otros, resultan temas interesantes a analizar.

El *rol del investigador* en la IAP es bastante particular, ya que no apunta a ubicarse en el lugar del “saber” – el académico que sabe y que tiene las respuestas–, sino en la lógica de acompañar, proponiendo la posibilidad de abrir espacios de escucha y elaboración conjunta de saberes (Egas & Salao, 2011). Este movimiento de descolocarse del espacio de la academia con conocimientos y respuestas científicas permite crear una dinámica de co-construcción de saberes comunitarios; así, se aleja de la receta y las respuestas preestablecidas, y avala la construcción propia de cada sujeto de la comunidad.

El lugar del *proceso de la investigación* en sí es otro elemento para tomar en cuenta, al proponer un trabajo en el cual, si bien hay una base preestablecida, ningún elemento es inamovible o incuestionable durante el proceso. Desde el enfoque cualitativo y específicamente de la investigación-acción, el análisis se centra en el proceso en sí, en los elementos que van surgiendo en cada etapa del trabajo, en los cambios que es necesario llevar a cabo conforme se desarrolla la investigación y, especialmente, en centrar el trabajo en la apuesta de que, mientras se realiza la acción (cambios), también

existen espacios de análisis, reflexión, sistematización y transmisión de conocimientos (investigación).

En el estudio de caso, el proceso toma el mismo camino: es el paciente quien, a través de su discurso y el desarrollo terapéutico, va creando el espacio y la posibilidad, para que luego el terapeuta pueda analizar, reflexionar, escribir y transmitir acerca de lo escuchado y trabajado en el vínculo transferencial (Renders, 1992). Esta lógica de trabajo se aleja de la tendencia a generalizar y permite ubicar la importancia del reconocimiento del caso por caso, de la particularidad de cada sujeto, contexto o realidad comunitaria.

La *función de las comunidades* en el proceso investigativo es también muy particular. No nos encontramos con personas a las cuales se investigará o de las cuales se obtendrá información. La población no es vista como objeto de investigación, sino como sujeto activo de sus propios cuestionamientos, respuestas y cambios. Este punto nos remite a la ética psicoanalítica de la construcción del sujeto y su responsabilidad frente a su deseo.

El psicoanálisis trata el concepto de sujeto de manera diferente que otros campos sociales y lo pone en relación directa con la noción de responsabilidad. Lacadée, psicoanalista francés, lo señala: “Es el psicoanalista quien aborda el estatus de sujeto responsable en un modo diferente al modo jurídico, diferente a las modalidades de los derechos de los niños” (2003, p. 171). Lacan (1953/2009) habla del “sujeto del inconsciente” y lo pone en relación directa con la palabra y el lenguaje.

El sujeto es, antes que nada, efecto de un lenguaje definido como un sistema de significantes o como poder de simbolización, asegurando el pasaje del real al ser y especificando al ser humano como “hablaser” que anuda su ser al Otro de la lengua y de la palabra. Todo ser envuelto en el lenguaje y que ejerce la función de la palabra es, entonces, un sujeto (Berger G., 2003). Así mismo, F. F. Berger, Lemouzy-Sauret y Sauret (2009) añaden que, para distinguir lo que es el sujeto del inconsciente, Lacan confiere a este término diferente estatus: topológico, como corte; tópico, como supuesto; dinámico, como defensa; económico, como deseo; ético como responsable.

Justamente, desde estas nociones (responsabilidad, corte, defensa, deseo), el trabajo junto y con las comunidades viene a atravesar la dinámica del trabajo en la investigación-acción. Cuando el investigador logra posicionar a sus interlocutores no como objetos de investigación a los que hay que cambiar, sino como sujetos responsables de sus actos y de los vínculos entre ellos, entonces, puede tener lugar un encuentro real .

Otro de los elementos para tener en cuenta en este tipo de investigación es el *lugar del investigador, lugar complejo, difícil y a veces poco claro*. El investigador en la IAP trabaja directamente con las comunidades, forma parte de su dinámica cotidiana, escucha y abre espacios de trabajo en conjunto, pero, al mismo tiempo, no es un elemento constante de esta. Tiene una visión diferente y a veces toma distancia de las lógicas y dinámicas comunitarias. No está ni adentro ni afuera: su función en este trabajo es formar parte de la acción, pero, asimismo, recordar que su labor incluye la investigación a través del manejo de datos, la reflexión, el análisis, la escri-

tura y la transmisión.

Al hablar del investigador clínico involucrado en el proceso, Widlöcher (1995), psiquiatra y psicoanalista francés, sostiene que estos dos lugares —el de la acción y el de la investigación— deben o ser ocupados por personas diferentes o por una misma persona, pero en momentos diferentes. Para Danielle Bastien (2002), psicoanalista belga, la investigación clínica está atravesada por la transferencia:

Una investigación clínica se debe entender primero como una investigación que no se puede concebir sino bajo la transferencia [...]. La cuestión transferencial y contratransferencial guía no solamente la puesta en marcha de las entrevistas de investigación, pero constituye igualmente uno de los ejes importantes de la construcción del objeto de la investigación en el acto interpretativo (p. 105).

Sobre la escritura, momento complejo pero fundamental para tomar la distancia necesaria en la investigación, Xavier Renders (1992), psicoanalista belga, explica:

Con relación al acto de la palabra, la escritura constituye una obra que queda. Deja un trazo, existe. Ella es existencia. Existe para otro, no sabemos cómo será habitada, lo que el lector va a encontrar y añadir. Además, la escritura conduce a un momento de separación, traza un límite con relación al otro. Para el autor, la escritura se asemeja a la experiencia analítica, en tanto ella comporta incertidumbre, renunciamiento, finitud. Ella implica desplazamiento, deportación, transferencia. Ella opera en los registros de lo desconocido, de la falta y de la castración (p. 109).

Como podemos ver, elementos como el lugar y rol del investigador, el proceso de la investigación, la función de las comunidades y el

lugar de la escritura son temas que pueden acercar y articular el proceso y la investigación-acción al campo de la psicología clínica y al psicoanálisis. Evidentemente, se deben reconocer las particularidades de cada uno, pero, al mismo tiempo, abrir la posibilidad de articulación de ciertos elementos entre ellos.

Entonces, la investigación-acción es un método de investigación complejo que se aleja del lugar tradicional del investigador distante y objetivo, que no se involucra con el objeto investigado para evitar “contaminaciones” y tratando de controlar las variables y el ambiente de estudio. Por el contrario, este proceso apuesta a crear lazos transferenciales, que permitan que surja la subjetividad de ese otro y, a través de aquello, algo se produzca. Este algo no controlado y tal vez inesperado, que cause sorpresa y aporte con nuevas pistas al investigador y su trabajo.

*La investigación como una apuesta ética a la co-construcción entre varios*

Tomando en cuenta lo visto sobre la investigación cualitativa y específicamente sobre la IAP, podemos evidenciar varios puntos de encuentro entre este tipo de investigación, ciertos preceptos psicoanalíticos y la intervención psicosocial. La construcción –entre los diversos actores– de las problemáticas a tratar y la búsqueda conjunta de respuestas a estas nos llevan a uno de los puntos centrales de este tipo de intervenciones: se construye entre varios.

El rol del investigador se mueve y se transforma en una persona más de la investigación, alejándose del lugar de “experto” o de “saber”; así, permite que la dinámica fluya y tome una forma definida

por el grupo. Y, de la mano con esto, vemos que la función de la comunidad es esencial en este trabajo: construir en grupo, dar un lugar a todos actores, sin jerarquías ni autoritarismo. De esta manera, se apuesta que la responsabilidad del proceso y la construcción de este recaiga no en uno o algunos actores, sino en las dinámicas grupales construidas y auto sostenidas.

Retomando la lógica propuesta del proceso, nos alejamos de una visión estática en donde los fenómenos investigados no se mueven y son vistos como fijos. Por el contrario, se llega a reconocer la importancia del proceso mismo y se analizan los diversos elementos que van surgiendo y el camino que va tomando. Todo esto, cobijado dentro de los tiempos propios de cada comunidad, de sus tiempos lógicos grupales y particulares.

El lugar de la escritura toma un espacio particular en este tipo de procesos: no es únicamente la manera de transmitir aprendizajes, experiencias, análisis y reflexiones; es también la posibilidad de tomar distancia de lo vivido, de poner una pausa en las interacciones constantes y entre personas. Esto permite tener una visión desde un ángulo diferente y abre un espacio para reflexiones y análisis que solo pueden surgir una vez que las ideas se organicen y se perciban desde un lugar distinto.

Vemos, entonces, cómo los diferentes elementos mencionados se articulan y entrelazan para dar forma a un proceso de investigación muy particular. Justamente es a este tipo de trabajos a los que, a continuación, se pretende hacer un acercamiento en las siguientes páginas.

### *Una experiencia desde el Ecuador*

El trabajo de investigación con adolescentes que se expondrá en este libro tiene, como base previa, un proceso de intervención psicosocial que arrancó a raíz del terremoto de abril de 2016 en Ecuador y que impactó a varios sectores del país; entre ellos, los más afectados fueron las provincias de Manabí y Esmeraldas. En ese entonces, tres instituciones –dos de la academia y una de la sociedad civil<sup>3</sup>– realizaron un trabajo de intervención y sostenimiento psicológico con la población afectada por el terremoto en la provincia de Manabí. Este trabajo se sostuvo durante 4 años y, a través de este, se propusieron diversos dispositivos psicológicos que fueron variando de forma y objetivo, de acuerdo con la población y requerimiento del momento. Y es, justamente, con base en este trabajo, que otras intervenciones e investigaciones surgieron a su alrededor.

Una de ellas fue el trabajo de *El mapeo de recursos psicosociales para la resiliencia en Manabí*, una investigación-acción participativa, en donde se pudo contar con diversos actores de la academia y de las comunidades con las que se trabajó<sup>4</sup>. Y, gracias a este trabajo, aparece la necesidad de intervenir en otra ciudad de Manabí, Bahía de Caráquez, cuya población también sufrió los embates del terremoto. Específicamente, se pensó en dos barrios de esta ciudad: María En-

---

<sup>3</sup>Pontificia Universidad Católica del Ecuador (PUCE), Universidad Laica Eloy Alfaro de Manabí (ULEAM) y Fundación Telefónica-Ecuador.

<sup>4</sup>En el primer capítulo, punto 2, Santiago Andrade presenta esta investigación, su desarrollo y resultados.

riqueta Orrantia y Acuarela II, los cuales se mostraron abiertos y de acuerdo en que se pueda trabajar junto con ellos<sup>5</sup>.

La necesidad de trabajar con los adolescentes, escucharlos y pensar en conjunto en sus preocupaciones, inquietudes y dificultades, fue una de las demandas centrales de los barrios. A partir de esto, la propuesta de trabajar e investigar con historias de vida de adolescentes tomó forma. Esta investigación siguió el camino de su predecesora, siguiendo la línea cualitativa, de una investigación respetuosa y de co-construcción entre varios actores. Tanto este libro como un trabajo de titulación de fin de carrera<sup>6</sup> son testimonios de este ejercicio.

A continuación, es importante revisar los orígenes y el contexto del trabajo con adolescentes, a través del recuento y explicación de la intervención realizada junto con la comunidad de San Isidro en Manabí, en el proyecto: *El mapeo de recursos psicosociales para la resiliencia en Manabí*.

---

<sup>5</sup>En el segundo capítulo, punto 3, Emilio Salao habla sobre los dos proyectos de vivienda social.

<sup>6</sup>Logroño, D. (2019). "El lugar de la violencia sexual en el vínculo entre los adolescentes". Trabajo de titulación en Psicología Clínica. Pontificia Universidad Católica del Ecuador.

## **2. El proyecto PUCE-Ohio de “Mapeo de recursos psicosociales y capacidades de resiliencia comunitaria en el cantón Sucre, Manabí”**

*Santiago Andrade Zapata*

En el mes de abril de 2016 y hacia las 19h00 del sábado 16, un terremoto de 7,2 grados en la escala de Richter sacudió las provincias de Manabí y Esmeraldas en el litoral ecuatoriano (Rosakis, 2016). Por la duración y sus réplicas, la población comprendió que se trataba de un desastre incommensurable. Por medio de las redes sociales y algunas noticias de instantáneos informativos, poco a poco, se fue conociendo la gravedad de los daños. Al ser una hora temprana, hora de la cena, las familias y buena parte de la población se encontraban en sitios de reunión, principalmente en sus hogares o en lugares de ocio. Al ser la mitad del fin de semana, prometía ser una noche de actividades cotidianas. Los daños se estimaron en USD 1 032 000,00 según la metodología correspondiente del Instituto Ecuatoriano de Estadística y Censos (INEC), solo a nivel del aparato productivo (Molina-Vera, Bello & Benítez, 2017). El número de víctimas mortales se situó en 670 y las personas sin hogar en 140 000, con la consecuente crisis humanitaria a la que se dio respuesta inmediatamente desde la sociedad civil y los organismos oficiales de emergencias y desastres.

Desde el frente de la sociedad civil, las universidades desplegaron junto a los organismos de socorro los primeros auxilios médicos, psicológicos y de asistencia humanitaria. También hubo un importante aporte para el frente técnico, responsable de la evaluación y gestión de las estructuras de la zona. Sin embargo, tras las acciones para hacer frente a la crisis, marcada por el impacto integral a la población, se pensó en un dispositivo de mayor aliento para

el tiempo del posterremoto, debido, principalmente, a los efectos del trauma a nivel psicológico: “Las afectaciones psicológicas dejaron surcos profundos en la población, creándose verdaderas psicosis colectivas por los continuos temblores después del terremoto” (Rodríguez Andrade, 2021, p. 103). Este mismo fenómeno tendría lugar en el tiempo venidero con todo el proceso de reconstrucción de infraestructura y del tejido social, pues este sería condición necesaria para la recuperación (Bravo, 2017, p. 249).

En este marco, inspirada en sus valores de humanismo y justicia social, la PUCE apostó por sumarse a los tres frentes definidos para la crisis y, más tarde, con una serie de proyectos para sostener en el mediano plazo a la población afectada. La coyuntura del desastre coincidió con un nuevo momento en la cooperación PUCE–Ohio University. En 2016, la cooperación entre ambas universidades ya llevaba cerca de 20 años. Su núcleo fuerte eran los estudios en salud desde la cooperación entre el Centro para la Investigación en Salud para América Latina (CISeAL) y el Instituto para la Investigación de Enfermedades Tropicales de la Universidad de Ohio (ITDIUO, por sus siglas en inglés). Junto a los estudios en microbiología, especialmente relacionados con el conocido mal de Chagas, se realizaban actuaciones ligadas a las tres funciones sustantivas en un marco de cooperación universidad-comunidad muy rico. La investigación científica daba oportunidad a la investigación social, a la docencia en campo o experiencial, y al servicio comunitario.

En el contexto del posterremoto, para 2017, estas iniciativas, ubicadas en la provincia de Loja, se trasladaron a la afectada provincia de Manabí, concretamente al cantón Sucre y su parroquia rural San

Isidro. Este espacio había sido golpeado por el desastre, pero mantenía datos históricos de hipertensión y diabetes ligados a una dieta y rutinas muy marcadas. La PUCE había articulado un dispositivo de atención de emergencia desde el frente técnico, el frente humanitario y el frente de salud, en la atención y contención a la población damnificada. No obstante, una vez superado el tiempo de shock, las consecuencias del desastre y la necesidad de reconstruir el tejido social fueron oportunidades para una actuación en conjunto.

La iniciativa Ecuador (que más tarde tomará el nombre de Vivir Saludables por parte del ITDIOU) reunió esfuerzos de trabajo en el campo de la salud física, mental y preventiva, así como en el aparato productivo de dicho territorio junto a las instituciones de la PUCE, que lideraron el proceso desde la academia y con la sociedad civil. Este trabajo fue encabezado por el Centro de Psicología Aplicada, detentor del proyecto PUCE “Somos solidarios”, el Instituto de Salud Pública, las facultades de Psicología, Medicina, Enfermería y la Dirección de Pastoral Universitaria (hoy Dirección de Identidad y Misión), en su programa de Liderazgo Ignaciano, por una parte, y la Escuela de Teología para Laicos, en una intervención puntual, con cocinas populares en varios pueblos y caseríos de la zona afectada.

### *El mapeo de recursos psicosociales*

Basados en el modelo ABCD<sup>7</sup> –Asset-Based Community Development (Desarrollo comunitario basado en activos)– de Kretzmann y McKight (1993), se estructuró un levantamiento de una línea base a partir de esta metodología. El ABCD representa un modelo que

---

<sup>7</sup>Utilizamos el acrónimo en inglés por ser de uso convencional.

toma en cuenta a la comunidad protagonista de la intervención, en relación con la toma de decisiones sobre la implementación de la política pública. Es normal que, desde las instancias de gobierno, se tomen las decisiones sin considerar el criterio comunitario por pensar que es ignorante. Sin embargo, la experiencia y los saberes no se contraponen a la parte científica ni técnica, pero contribuyen a una mejor implementación y efecto de dichas políticas, dado que la misma comunidad involucra sus potencialidades y criterios a su desarrollo.

El ABCD desarrolla, de modo práctico, el enfoque de las capacidades de Nussbaum y Sen, sobre la base de que son los talentos de las personas y su potencialización lo que determina un radio mayor de libertades que son condición necesaria para el desarrollo pleno. Si, por un lado, para la satisfacción de necesidades, prima una lógica clientelar; por otro lado, para el desarrollo de capacidades, se privilegian estas, en lugar de las necesidades. Esto último destaca su valor de referencia y fuerza para, a partir de ellas, desarrollar más capacidades y dar margen a la toma de decisiones.



Ilustración 1. Necesidades vs capacidades

Fuentes: (Icono De Cristal Medio Lleno Y Medio Vacío, Ilustración De Línea Vectorial Ilustración Del Vector - Ilustración de Optimista, Idea: 163823611, n.d.; Kretzmann et al., 1993, p. 13)

Elaboración: Santiago Andrade Zapata  
Reinterpretación gráfica por: Karen Tapia

Desde este enfoque, propusimos un instrumento de entrevista estructurada para levantar esta base de activos sociales. Las preguntas fueron:

1. ¿Cómo es un día típico para usted?
2. ¿Qué tipo de actividad le gusta hacer más en su trabajo?
3. Si se pudiera hacer otro tipo de trabajo, ¿cuál sería?
4. Cuando piensa en sus habilidades, ¿qué tres cosas hace mejor?
5. ¿Hay algún trabajo que hace usted que causa que sus vecinos le pidan ayuda?
6. ¿Hay habilidades que le gusta enseñar?
7. ¿Qué habilidades le gustaría aprender?
8. ¿Qué le gustaría que sus hijos aprendieran?
9. Hábleme de algo de lo que está orgulloso.
10. ¿Por qué talentos o habilidades son conocidos miembros de esta comunidad?
11. ¿Qué es lo que más le gusta de vivir en \_\_\_\_\_?
12. ¿Hay alguien en la comunidad a quien particularmente admira que ha contribuido a la vida comunitaria?
13. ¿Qué es lo que más ha cambiado en esta comunidad en los últimos 20 años?
14. ¿Qué quiere usted para el futuro?

### *Mapas dibujados y comprendidos*

La cartografía social implica un conjunto de significados, producto de cruces entre la misma concepción del espacio y sus dinámicas y las más diversas posibilidades de registro. En el mapeo de recursos psicosociales practicado en la parroquia de San Isidro, cuyo marco

de referencia lo exponen Bates, Marvel, Nieto-Sánchez y Grijalva (2018), es importante destacar elementos de implicación para la comunicación en salud corporal; a saber:

a. El mapeo practicado por la comunidad refleja concepciones alternativas distintas a la concepción clásica del mapeo. Muestra alteraciones y rechazo a ciertas convenciones de la cartografía. El diagrama incluye personas, animales, edificaciones y, a la larga, relata una manera de entender el contexto, sus actores y dinámicas (Bates, Marvel, Nieto-Sánchez & Grijalva, 2018, p. 243).

b. Por otra parte, el relato se articula con un conjunto de saberes propios de la comunidad que llegan a ser afirmación de sus propios recursos como tejido social. Es justamente este aporte el que rescatamos en el componente que tiene que ver con salud mental y resiliencia.

c. La narrativa posmapeo, desde la interacción libre y apelando a una metodología propia de la escucha, es lo que permitió reconocer elementos que activaron las intervenciones señaladas; a saber:

- a. entornos de violencia intergeneracional;
- b. violencia de género;
- c. violencia sexual;
- d. la vivencia de la amenaza del microtráfico de estupefacientes;
- e. la situación de adolescentes frente a una práctica extendida de raptos para luego establecer una unión de hecho;
- f. el trámite de la violencia ante la indefensión y resolución de los conflictos;

g. conflictos no resueltos entre vecinos por diversos motivos: tierras, transacciones, afectos.

### *Conclusiones*

En el ámbito investigativo, se han realizado algunos proyectos de grado y de desarrollo científico, registrados en la presente publicación. Por su parte, en el ámbito de la vinculación, se han realizado tres intervenciones registradas en esfuerzos conjuntos entre el Centro de Psicología Aplicada y la Dirección de Identidad y Misión, esta última inspirada en la metodología aprendizaje-servicio y articulados desde el programa de Liderazgo Ignaciano de la PUCE:

- Luli en Servicio 2019: Jóvenes Involucrados ¡Asúntate! desarrolló una primera intervención para la mediación emocional de diferencias en niños, niñas y adolescentes en espacios lúdicos (Andrade-Zapata, Moyano-Morillo, Salao-Sterckx & Egas-Reyes, 2019).
- Luli en Servicio 2020: Club Deportivo San Isidro. Al igual que la anterior, intervino por medio de actividades deportivas no competitivas.
- Luli en Servicio 2021: con cinco (5) ejes de intervención: salud mental, ayuda para maestros en tecnologías y en enseñanza de la lengua inglesa, recuperación de la memoria montuvia de las y los adultos mayores de la parroquia, internet para Pechichal. Esta iniciativa fue llevada a cabo en contexto de confinamiento por la pandemia de la COVID-19 (Andrade-Zapata & López-Vélez, 2021).

La formación científica y profesional tiene mayor relevancia en cuanto las intervenciones en contexto son llevadas a cabo de modo pertinente. La aproximación a un territorio y su dinámica por medio de los mapeos resulta en un efecto provechoso, en términos de una valoración más relevante de los puntos que son importantes para el colectivo o comunidad contraparte.

El mapeo visual y de narración representan, además de los registros, importantes vínculos entre los actores de una iniciativa. Legitiman las acciones y encuadran su desarrollo. En este marco, la relación universidad-territorio se levanta en un mutuo reconocimiento y en la co-construcción de saberes, cuyo efecto es tejer redes de colaboración y de ciudadanía activa (Andrade-Zapata, Yépez-Reyes & González Ortiz, 2022).

Combinar investigación-acción participativa y aprendizaje-servicio redundan en fortalecer las experiencias formativas y de desarrollo de capacidades científicas de las y los participantes tanto de la academia como de los socios comunitarios, como parte de la apuesta por dar un espacio de institucionalización a estas posibilidades (Corrales Gaitero & Andrade-Zapata, 2021).

Finalmente, la intervención realizada a partir del mapeo de activos psicosociales fue fructífera desde el punto de vista de desarrollo científico y de cooperación con un territorio particular.

### 3. Encuentro con los adolescentes en el proceso de reconstrucción

*Dennis Logroño Sarmiento*

Después de revisar el origen del *Mapeo de recursos psicosociales y capacidades de resiliencia comunitaria*, es pertinente repasar cómo se dio el pasaje del trabajo en San Isidro hacia otras parroquias del cantón Sucre: Bahía de Caráquez y Leónidas Plaza.

Tras la experiencia en San Isidro, en 2018 se estimó oportuno ampliar el abordaje con aquellas personas que habían sido afectadas por el terremoto del 16A. Se consideró a Bahía por ser el centro urbano más grande del cantón Sucre junto con Leónidas Plaza, parroquias que, en conjunto, conforman una cuasi unidad territorial por su cercanía, situadas ambas a cada ribera del río Chone. No obstante, cada una posee sus propias particularidades. Por un lado, la actividad turística y el poderío económico parecen concentrarse en Bahía; mientras que el comercio local, las actividades acuícolas y la pesca, en Leónidas Plaza. Pese a ello, un porcentaje mayoritario de la población se concentra en Leónidas Plaza. Si bien esa misma población hace uso de los espacios públicos en Bahía de Caráquez, sobre todo en lo que refiere a la ocupación de la playa y otros espacios de esparcimiento.

Como extensión del abordaje realizado previamente, como equipo investigador-interventor, nos planteamos la importancia de realizar un despliegue en territorio lo más amplio posible. En tal medida, si bien el abordaje inicial estuvo direccionado hacia los niños y adultos de distintos sectores de Bahía, después de recorrer distintos espacios y conocer las diversas realidades existentes, especialmente al poder visitar los proyectos de vivienda social generados tras el terremoto, fue importante plantear un abordaje con los

adolescentes. El motivo de esto es que los jóvenes se constituían como aquella población que quedaba rezagada, pues no se le otorgaba tanto protagonismo y preocupación como la de los niños, pero que, simultáneamente, buscaba desprenderse del foco de atención del mundo adulto. Sin embargo, aquello no descartaba que estos mismos adolescentes buscaran “hacerse oír” (Lerude, 2013a), pero quizá a su modo y con sus propias dinámicas.

En tal virtud, para lograr un acercamiento con los jóvenes e invitarlos a que su historia sea escuchada, procedimos a realizar una serie de visitas entre 2018 y 2019 a los proyectos de vivienda social Acuarela II y María Enriqueta Orrantía, ubicados geográficamente en Leónidas Plaza, pero que aglutinaban habitantes originarios de aquella misma parroquia y también de Bahía. Se trataba de personas que, tras perder sus viviendas, se habían trasladado a estos proyectos habitacionales generados por el Estado, en el caso de Acuarela II, y por la Iglesia, en el caso de Orrantía.

En ambas comunidades, nos acercamos a plantear la pertinencia de nuestro proyecto tanto a las autoridades locales como a los padres de familia. Tuvimos una respuesta de acogida, basada sobre todo en el interés de los adultos de que los adolescentes “no vayan por el mal camino”, pero también en un genuino interés por su bienestar y la preocupación por su salud mental. De esta forma, pudimos acercarnos a los jóvenes e invitarlos a tomar la palabra para que pudieran hacerse escuchar y, así, dar cuenta de su trayecto por la adolescencia en un contexto posdesastre, con miras hacia una reconstrucción no solo de las estructuras físicas, sino del tejido social en su conjunto.

Los capítulos siguientes permitirán contextualizar la propuesta en la que se encontraba enmarcado este abordaje, así como las particularidades en las que se llevó a cabo, para poder escuchar los relatos de vida que cinco adolescentes compartieron con nosotros. Para ello, es importante empezar con un ejercicio que nos permitió una incipiente cartografía de la adolescencia en Bahía.

III.

## CARTOGRAFÍA DE LA ADOLESCENCIA

*Dennis Logroño Sarmiento*

La intención de cartografiar la adolescencia en Bahía tiene como consigna plantear un primer bosquejo de la situación en la que se encuentran los adolescentes a los que nos acercamos. De este modo, podemos hacer patente que el interés de la investigación recae en indagar acerca del pasaje por la adolescencia desde la mirada adolescente. Así, se propone hacer un viraje de los abordajes externos que rodean a los jóvenes para, en su lugar, apuntar a una “mirada desde adentro”, desde su propia experiencia del devenir. A partir de estos primeros pasos, surgió la posibilidad de los encuentros con los adolescentes y el proponer un acercamiento a los espacios que habitaban y transitaban

*Dennis Logroño Sarmiento*

## **1. La experiencia del terremoto**

El 16 de abril de 2016, la provincia de Manabí fue afectada por uno de los terremotos más fuertes que ha aquejado a la República del Ecuador en los últimos cuarenta años. Se trató de un sismo con magnitud de 7,8 en la escala de Richter, que ocasionó la muerte de 670 personas —el 75% ocurrió en diversos asentamientos manabitas—, la desaparición de ocho personas y ocasionó heridas graves en más de 6000 personas. Además de ello, estructuras que se encontraban a cientos de kilómetros del epicentro fueron destruidas o dañadas; entre ellas, alrededor de 35 000 viviendas, lo que ocasionó que aproximadamente 140 000 personas quedaran sin hogar. Como parte de las secuelas del terremoto, indudablemente se generaron una multiplicidad de afectaciones psicosociales, en donde miles de personas demandaban intervenciones y reducción de riesgos para

sus comunidades, tanto a corto como a largo plazo (International Federation of Red Cross and Red Crescent Societies, 2016).

Evidentemente, tras un desastre natural, se ven trastocadas las dimensiones psicosociales de todos aquellos que fueron afectados. De hecho, la pérdida de bienes e inmuebles puede ocasionar daños más severos en las personas que el acontecimiento desastroso en sí mismo. Asimismo, la catástrofe causa una alteración significativa en la estructura social de las comunidades, lo que genera tensiones entre sus miembros. Este desbalance social se acrecienta cuando varios de los miembros de una comunidad son privados de sostén –tanto a nivel de las necesidades básicas de subsistencia, como a nivel de recursos psíquicos–, lo que los deja en un estado vulnerable.

De este modo, se puede identificar que, tras el acaecimiento de un desastre, las comunidades afectadas demuestran ser susceptibles al surgimiento de fenómenos psicosociales como el aumento en el consumo de drogas, disminución del rendimiento laboral, incapacidad de encontrar un sustento económico, reducción de las actividades de ocio, deterioro de la calidad de vida, incapacidad de acceso a servicios básicos, intensificación de desigualdades sociales y el surgimiento de sucesos de violencia (Labra & Maltais, 2013).

Frente a esto, un acercamiento desde una perspectiva clínica de orientación psicoanalítica a una catástrofe social, como el que proponemos, implica reconocer que la clínica está presente no solo en el encuentro individual, sino en las instituciones que encarnan la cultura y entre ellas; es decir, en ese tejido social en el que se despliegan diversas maneras de abordar el sufrimiento humano (Rolfo, Slucki, Toporosi, Waisbrot & Wikinski, 2003). Ante ello, las

respuestas desde un enfoque clínico innegablemente requieren de intervenciones que van más allá de los espacios terapéuticos y que puedan, así, articularse con otro tipo de intervenciones en comunidad, que es lo que también recoge la intención de la investigación-acción (Egas et al., 2013). Precisamente, desde allí partió el abordaje que propusimos con los adolescentes, acercándonos a los espacios que habitaban y transitaban, así como a las comunidades de las que formaban parte.

Los efectos de una catástrofe social en la particularidad de cada ser humano responden a una multiplicidad de factores, que incluyen al posicionamiento subjetivo frente a la emergencia de lo traumático, las primeras respuestas espontáneas de simbolización y los posteriores intentos de resignificación del evento, que permite que se articule a la historia de vida particular. En el caso de los adolescentes que conocimos, se apreció en los diversos intentos de reposicionamiento subjetivo que realizaron tras el advenimiento del terremoto para poder tramitar el influjo traumático, para resignificar lo sucedido e intentar una incipiente reconstrucción de su tejido social y familiar.

Por ello, es de suma importancia las maneras en que el evento es asumido por el imaginario colectivo y las respuestas que lo social pueda generar ante el advenimiento y atravesamiento de la catástrofe (Rolfo, Slucki, Toporosi, Waisbrot & Wikinski, 2003). De este modo, se apreció cómo las representaciones que generaban los adolescentes pasaban por su preocupación por sus familias, sus amistades y su pertenencia a una comunidad.

La catástrofe implica la intrusión súbita de una realidad, en prin-

cipio, inefable, que trae horror sobre quienes la padecen, irrumpe en su cotidianidad y genera desconcierto colectivo. Sin embargo, aquello que puede distinguir una catástrofe social de una natural es la intervención de un Otro humano. Ante ello, la psique se ve constreñida a realizar un trabajo de elaboración de la afectación sufrida y, al mismo tiempo, encontrarle un sentido (Rolfó, Slucki, Toporosi, Waisbrot & Wikinski, 2003). En otras palabras, el efecto desorganizador apreciado en los afectados por el terremoto no tenía que ver con el apareamiento del movimiento sísmico en sí, sino con las circunstancias socioeconómicas y psicosociales circundantes que contribuían con una vulnerabilidad a ser desencadenada por el fenómeno natural (Romero & Maskrey, 1993). Esto significa que en “las catástrofes llamadas naturales también inciden factores sociales” (Bleichmar, 2003, p. 36).

Precisamente, un problema de gravedad es la naturalización de las catástrofes históricas o sociales. Considerar que están en el orden de lo natural las hace parecer como algo imposible de enfrentar. Sin embargo, por más natural que sea el origen de la catástrofe, el hecho de que se produzcan y la intensidad de sus efectos “son productos del descuido, de la negligencia y de la falta de responsabilidad de los gobiernos de los países en los que ocurren” (Bleichmar, 2003, p. 35). Por ello, las posibilidades de elaboración de la catástrofe y la construcción de sentidos para los adolescentes se dieron desde una intención de reconstrucción del lazo social, a partir de la referencia que subsistía al tejido social que los antecedió en un maco de poscatástrofe (Egas, Ramírez, Salao & Vera, 2017). Así, para los adolescentes apareció, de inmediato, como imperioso el recomponer, mantener y sostener sus vínculos familiares, sociales y comunitarios.

Desde una perspectiva psicoanalítica, la condición de una catástrofe es definida por la manera en que su incidencia traumática genera riesgos y efectos en la subjetividad de quienes la sufren, abarcando diversos e importantes estratos de la población. En este sentido, se puede considerar que el traumatismo se produce por la incidencia en lo particular de la catástrofe sufrida por el colectivo, en donde la subjetividad es afectada de distinta manera de una persona a otra.

Partimos de esa consigna con los adolescentes a los que nos acercamos, es decir, nos preguntamos: ¿cómo cada uno apprehendió el suceso del terremoto y cómo fueron generando representaciones particulares sobre ello?

En esta línea, es importante considerar que lo traumático no se trata simplemente del desvío del camino de lo cotidiano, sino que también permite que se produzcan nuevos procesos de naturaleza inédita. Esto implica repensar las maneras en las que se procede en las intervenciones desde un enfoque clínico –que no es únicamente el de la cura– (Bleichmar, 2003). Precisamente, las respuestas al terremoto que los adolescentes construían se orientaban a rearmar los lazos que podían haberse trastocado, pero también producir nuevos lazos, encontrar nuevos espacios, abrirse a nuevos contextos. En su relato, se apreciaba cómo producían un movimiento del ‘desvío’ al ‘reenvío’, en tanto no renunciaban a la posibilidad de (re) construcción vincular.

Cabe tomar en cuenta que lo traumático puede ser constituyente del funcionamiento psíquico. Frente al advenimiento del trauma, la psique busca reelaborar aquellos influjos, dotarlos de un destino

distinto al de la desorganización y, así, poder enfrentar su complejidad. Este es el camino de la elaboración de lo traumático que busca alcanzar una reorganización ante la súbita realidad que irrumpe.

Sin embargo, si el trauma excede las capacidades subjetivas, pueden darse desarticulaciones de aquellos modos usuales que tiene un hablante para operar. Entonces, viene el cuestionamiento de la relación consigo mismo y con la realidad de su nuevo entorno (Bleichmar, 2003). Para los jóvenes, esto pudo producirse con la llegada a los albergues tras la destrucción de sus viviendas. Para enfrentarlo, como lo relatan, fue fundamental la función de sostenimiento que encontraban en sus familias. Con la contención allí hallada, les fue posible, en un primer momento, descubrir una base a partir de la cual podían aprehender su nuevo contexto.

El traumatismo puede incidir en que se activen riesgos relacionados con la autopreservación de las coordenadas identitarias que sostenían la historia particular del sujeto versus la autoconservación de la vida que se sintió amenazada por la catástrofe. Para los adolescentes, inmediatamente después del terremoto, aparecía la necesidad de asegurar una preservación de la vida con unas mínimas condiciones básicas. Los primeros momentos llenos de incertidumbre se solventaron con las primeras decisiones de sus familias y comunidades de mantenerse junto a lo que quedaba de sus viviendas y apoyarse mutuamente con víveres e insumos para armar un campamento temporal.

En un contexto así, surge la interrogante de si se debe dejar de ser quien se era para poder seguir viviendo. Frente a esta disyunción, un acercamiento asistencialista puede reducir meramente al sujeto

a su dimensión biológica, sin dar lugar a la consideración de los enunciados que lo constituyen como tal a nivel personal, familiar o comunitario. Es decir, que terminan siendo “vistos todos ellos como cuerpos a los cuales se les evita la muerte cotidianamente, pero sin proyecto ni futuro” (Bleichmar, 2003, p. 42). Evidentemente, una respuesta estatal en primera instancia debe garantizar una mínima satisfacción de las necesidades básicas para asegurar la vida, pero, a partir de eso, también se debe dar un lugar a las interrogantes sobre el futuro del trayecto de vida.

Para los jóvenes, de entrada, esto implicaba preguntarse cuándo verían a sus familiares, amigos y parejas; cuándo volverían al colegio; cuándo tendrían una vivienda; entre otras. Allí es de suma importancia que se generen posibilidades de representación con respecto a la vida y a la muerte, que no estén ligadas únicamente a la perspectiva biológica (Bleichmar, 2003). Silvia Bleichmar explica que:

cada sujeto estructura, respecto del traumatismo, una organización que le permite posicionarse en relación con la comprensión simbólica del mismo, pero esta comprensión simbólica está tejida con la materialidad representacional, ideológica, podemos decir del horizonte que le ofrece su historia en el marco de la sociedad de pertenencia (2003, p. 45).

Para los jóvenes, la experiencia del terremoto estaba salpicada por los significantes que configuraban su lugar en lo social. Así, en un primer momento aparecía el ‘cuidado’ y la ‘superación’, donde el retorno a los padres como proveedores y cuidadores garantizaba una mínima estabilidad, y donde estaba la preocupación por los familiares. Sin embargo, posteriormente, volvía la preocupación por

el lazo social: por los amigos y las parejas. ¿En qué marco se daba a esto? ¿Cómo están estos adolescentes después del terremoto? Para responder a ello, más adelante nos referiremos al lugar que tienen los adolescentes en Bahía. Sin embargo, esto muestra que entre los mismos afectados se van generando espontáneamente redes que buscan rearticular algo del tejido social, al iniciar un proceso de simbolización de lo traumático que dejó algunas psiques en estado de desprotección (Bleichmar, 2003).

## **2. ¿Cómo están los adolescentes después del terremoto?**

En un primer momento, en los días siguientes a la catástrofe, las preocupaciones de los jóvenes giraban en torno a sus familiares (tanto los que vivían con ellos como los que no), por saber cómo se encontraban. Además, esto se anudaba a las inquietudes por el lugar en el que habitarían tras la destrucción de sus viviendas. Las primeras respuestas de sus familias fueron tratar de recuperar algunos bienes que habían sobrevivido de sus viviendas, para poder establecer asentamientos temporales en las inmediaciones de sus propiedades, en las calles y las veredas.

En un segundo momento, con la incipiente respuesta estatal para intentar salvaguardar a aquellos afectados, los jóvenes compartieron acerca de su paso por los albergues. Allí, con sus necesidades básicas mínimamente reestablecidas, estos adolescentes procedieron a preguntarse por el futuro: de sus familias, de sus amigos, de sus colegios, en fin, el devenir. Con el agrupamiento masivo de cientos de personas en los albergues, los jóvenes iban retomando sus lazos sociales o generando nuevos, conociendo a otros que habían sido afectados del mismo modo. Sin embargo, este tiempo en el albergue parece haber sido experimentado como un tiempo

de espera, como a la expectativa de un nuevo movimiento o algún cambio que les permitiese restablecer un sentido de cotidianidad.

En efecto, frente al advenimiento del evento traumático, frente a lo súbito del movimiento telúrico en este caso, emerge de inmediato la angustia como respuesta. A partir de ello, aparece el miedo y provoca que se produzcan respuestas de defensa que permitan un afrontamiento, para que se pueda generar un sentido que evite que una ausencia de representación ocasione un sobrecogimiento. Para los jóvenes, estas respuestas defensivas fueron de diversa índole.

En el momento inicial, surgieron el miedo y la ansiedad que los llevaron a buscar refugio fuera de sus casas junto a sus familias. Posteriormente, apareció la preocupación por dónde vivir frente a la destrucción de sus inmuebles. La intranquilidad provenía de la pregunta por cómo sobrevivir y subsistir hasta que se propiciara una reconstrucción tanto de las estructuras físicas, como de las sociales y psíquicas. Por ello, el temor a la repetición, a las réplicas del terremoto, traía un cúmulo de sentimientos de inestabilidad y desamparo. Se trataba de una indefensión por no tener los recursos necesarios para establecer una defensa ante aquello temido, un nuevo movimiento sísmico (Bleichmar, 2003).

Ante ello, es importante señalar que la influencia de lo traumático puede traducirse en una disminución del intercambio con los otros, con los del exterior, con quienes no vivieron la experiencia del terremoto a tal magnitud. Aquello puede generar que se reduzcan las posibilidades de construcción de perspectivas, ya sean compartidas o individuales. Por esta razón, la reconstrucción de la memoria posee un rol fundamental, dado que puede otorgar “una memoria

identitaria que le devuelva al sujeto una noción de su propia existencia” (Bleichmar, 2003, p. 47). Por ello, fue fundamental que, en el seno de las familias y las comunidades –tanto las originarias como las emergentes–, se pudiesen ubicar significantes que, de a poco, simbolizaran y resignificaran las penosas vivencias generadas por el terremoto.

En esa línea, también fue clave la posibilidad de que el grupo de pares alojase esos temores y les otorgase otro sentido al construir representaciones y memorias compartidas. Así, el lazo social permitía una naciente posibilidad de reconstrucción subjetiva.

Fueron notables las propias respuestas armadas por la comunidad conformada, primero en las calles y posteriormente en los albergues –tanto por los adolescentes, como por los niños y adultos–. Estas respuestas buscaban recuperar algo de la red vincular a través de una construcción colectiva, de los relatos compartidos entre todos. Precisamente, algunos de los sentidos posibles que surgen tras el atravesamiento de una catástrofe es el de la apuesta por “la construcción colectiva de la memoria”. Allí se enfrentan la ausencia de palabras, las caídas en el olvido y la renegación, que se constituyen como factores de riesgo para un social aquejado por diversos problemas psicosociales.

Así se conformaba una naciente red de protección frente a problemas como la violencia, el abuso, la negligencia y el abandono. Si es que el aspecto familiar fallaba, el grupo de pares y la comunidad podía brindar una acogida y un sostén que pudiera mitigar esos efectos, y viceversa. Se comprende así que, frente a la catástrofe y cómo esta desarma los recursos subjetivos, es imperativo (re)inventar en conjunto las herramientas que permitan enfrentar y abordar

los efectos desubjetivantes apreciados en los distintos niveles de la vida humana (Rolfo, Slucki, Toporosi, Waisbrot & Wikinski, 2003). Frente a estos efectos, el trabajo de rescate psíquico que se podía propiciar no estaba solo del lado de los psicólogos, sino también de todos los que conformamos la sociocultura, en tanto ciudadanos y en tanto hablantes. Así, desde un abordaje de orientación psicoanalítica, podemos decir que es fundamental el encuentro del sujeto con la verdad del inconsciente; pero esa operación también requiere de la inscripción en un social donde se goza de derechos como ciudadano, algo que se resquebraja frente a una catástrofe social. En este borde de la clínica con lo social, es donde esperamos generar una incidencia en tanto clínicos.

En esa línea, otro de los sentidos posibles es el de la propuesta de recuperar la agencia sobre las historias particulares, donde se establezcan representaciones y sentidos posibles de lo sucedido, lo que sucede y lo que sucederá. De allí que nuestra invitación fue la de un espacio de escucha que acogiera el decir de los habitantes de Bahía y de sus adolescentes. De esa manera, nos propusimos incidir en el restablecimiento propio y colaborativo que ya se había iniciado entre los miembros de la comunidad, para favorecer el progresivo retorno de la diferencia entre los tres registros temporales de pasado, presente y futuro; lo que podía dar pie a que surja lo nuevo, algo que no solo remita al sufrimiento por el terremoto (Rolfo, Slucki, Toporosi, Waisbrot & Wikinski, 2003).

El apostar por el valor de las vivencias de los distintos miembros de la comunidad, al devenir experiencias atravesadas por la subjetividad de quienes las relatan, propicia la obtención de significados colectivos. Por ello, la creación de una red de instrumentos que

posibilitan la circulación de la palabra da paso al abordaje de los sentires particulares de cada uno (Rolfo, Slucki, Toporosi, Waisbrot & Wikinski, 2003). Las intervenciones fundadas en una orientación clínica como la nuestra tienen en cuenta que no se trata de un desciframiento de lo sintomático, sino que se debe apostar por lo necesario de la producción de sentido ante el influjo repentino de lo real —en el sentido de la súbita realidad que aún no se puede tramitar—, la creación de una manera de inscribirlo.

Esto implica que las vivencias de la catástrofe se insertan en la psique, generando un movimiento que requerirá de reorganización y resignificación mediante una simbolización propiciada por espacios de palabra. Por ello, nuestras intervenciones tuvieron como foco el acoger los momentos de transición en el pasaje que los adolescentes realizaron hacia la producción de nuevos significados (Bleichmar, 2003).

Para recapitular, se puede señalar que las catástrofes sociales generan devastaciones tanto en la subjetividad como la colectividad (García Acosta, 2005). Cada uno sabe de su padecimiento, pero también da cuenta del de los otros. Cuando sobreviene esa realidad que no es simbolizable de inmediato, sus efectos desbordan los cuerpos individuales, así como el cuerpo social. Ante ello, aparecen intensas sensaciones de indefensión conjugadas con un terror inefable. Pueden incluso percibir que sus recursos son insuficientes para evitar un desmoronamiento psíquico.

Frente a esta irrupción desorganizadora, la perspectiva del futuro aparece como lejana e, incluso, imposible. Estos efectos antes descritos pueden aparecer en un inicio de forma aguda, sin embargo, si

no son abordados, son susceptibles de volverse crónicos e invadir poco a poco todos los aspectos de la cotidianidad, naturalizando lo catastrófico (Rolfo, Slucki, Toporosi, Waisbrot & Wikinski, 2003). En efecto, más allá de lo agudo de lo traumático y el horror, una vez pasada la crisis inmediata, para los adolescentes se tornó importante el volver a encontrar coordenadas de reinscripción en el lazo social, en donde los vínculos aparecían como factores de protección de la cronificación de los efectos del terremoto. De este modo, en su decir, los jóvenes transmitieron que aquello de más importancia, de entrada, para sobrellevar la experiencia del terremoto, fue la presencia y el cuidado de sus familias y la comunidad.

No obstante, es necesario recordar que la necesidad primordial que demandaban aquellos afectados por el terremoto en Manabí era la del acceso a una vivienda estable y segura. En ese sentido, el Gobierno Nacional implementó el Plan de Reconstrucción y Reactivación Productiva para poder responder a las necesidades de los damnificados. Inicialmente, el Ministerio de Desarrollo Urbano y Vivienda (MIDUVI) concentró a las personas afectadas en albergues y refugios temporales (Comité de Reconstrucción y Reactivación Productiva, 2016). Estos fueron cerrados paulatinamente hasta el 23 de mayo de 2017 y las familias fueron ubicadas en más de 45 000 viviendas construidas o reparadas, principalmente en complejos habitacionales que agrupaban a familias de diversos lugares de la provincia en una sola nueva comunidad (Comité de Reconstrucción y Reactivación Productiva, 2017). Fue así como se dio paso en Manabí a los proyectos de vivienda social.

Por ello, antes de dar cuenta del lugar de los adolescentes en Bahía, es pertinente revisar el desarrollo de los proyectos de vivienda

social que allí se suscitaron. Esto nos permitirá entretrejer algunas nociones sobre la marginalidad y el desecho que giran en torno a lo territorial, pero también a la condición adolescente.

### **3. Los proyectos de vivienda social**

*Emilio Salao Sterckx*

¿Quiénes se encuentran en la condición de sobrevivencia diaria en el Ecuador? A diferencia de los estudios del riesgo y desastre en realidades occidentales de autores clásicos –Ulrich Beck, Angela Giglia, Mary Douglas– o más actuales –Brad Evans, Julian Reid, Pablo Servigne o Raphaël Stevens–, donde el día a día es una dinámica propia de los grupos humanos que acumulan vulnerabilidades; en el caso del Ecuador, la precariedad y vivir sobre la marcha es una realidad compartida por los grupos históricamente vulnerables y las instituciones que generan la política pública. Por ello, los procesos de planificación deben contextualizarse. Los proyectos de vivienda social se suscriben como ese proceso planificado, que responde tanto a la necesidad de complejizar la relación con el futuro, como con políticas que definen el presente.

En este apartado, se realizará una descripción básica de dos proyectos de vivienda social: María Enriqueta Orrantia y Acuarela II, ubicados en el sector de Fanca en Leónidas Plaza. Ambos son los lugares específicos para la investigación de campo y de mayor atención del investigador. La intención, en este punto, es delimitar las relaciones de los proyectos de vivienda social como espacios que experimentan una transición en los primeros momentos de su conformación y proceso habitable, en el diálogo con otra transición, la de los adolescentes, quienes también construyen la habitabilidad

desde sus dinámicas sociales que conjugan familia y sus pares.

El abordaje de la habitabilidad no solo implica las condiciones infraestructurales, sino las formas de apropiación y modificación, en cuanto la capacidad de transformar el espacio, pero también el hábitat, pues los espacios afectan a los sujetos. ¿Cómo se juegan los sentidos del proceso de habitabilidad de los adolescentes en la realidad de la reconstrucción social?

En primer lugar, se encuentra el problema de la vivienda, que, de manera general, es una de las manifestaciones más evidentes de la desigualdad social, en tanto la vivienda inadecuada es accesible y la vivienda adecuada es inaccesible (Organización de las Naciones Unidas, 2015). Al ser esa una condición sociopolítica en la que se conjuga la experiencia de los residentes en sus viviendas, los procesos de habitabilidad en jóvenes también se encuentran atravesados por este fenómeno. En ambos proyectos, se configuran procesos específicos, por lo tanto, es importante describir las condiciones generales de cada uno.

### *Acuarela II*

El caso de Acuarela II, proyecto del MIDUVI dirigido a los damnificados del cantón Sucre, ilustra este compromiso, pero existe un precedente importantísimo. Acuarela II no nació con el 16A. Su origen se remonta a principios de la primera década de 2000, cuando la asociación de bomberos de Sucre solicitó la construcción de un proyecto de vivienda social al Gobierno Autónomo Descentralizado (GAD) de Sucre, estamento público que posteriormente concesionaría el proyecto a la empresa inmobiliaria Taj Mahal (Andrade, 2019). A través del ejercicio cartográfico de Acuarela II

se recoge que, en sus primeros años, el proyecto estaba constituido por dos bloques, de 21 viviendas cada uno.

La calidad de la construcción se consideraba óptima por parte de sus beneficiarios, que recibieron una vivienda de dos plantas por familia, hecha de bloque, con dos baños, tres habitaciones y un patio trasero. Las personas que participaron en el proyecto se conocían entre sí, por lo que la construcción y posterior mudanza fue, en muchos sentidos, bastante fluida. Sin embargo, estaba pendiente la construcción de las etapas tres y cuatro. Durante 10 años, la obra quedó suspendida, ya que Taj Mahal se retiró de la concesión por motivos desconocidos. Esta pausa no fue mal vista por los habitantes de Acuarela II, quienes por una década desarrollaron su vida, sus dinámicas internas, sus festividades y otras prácticas, hasta que también fueron impactados por el terremoto.

Si bien sus viviendas no fueron afectadas significativamente, su vida sí fue influenciada por la vecindad con el albergue Fuerza Sucre, apenas a unos cientos de metros. La ciudad y Acuarela II compartían ciertas apreciaciones sobre quiénes eran los albergados. En los ejercicios cartográficos de los primeros momentos de intervención, varios de los participantes comentaron que, en aquella época, pensaban que los albergados eran personas problemáticas, delincuentes, microtraficantes y, en general, personas conflictivas. Esta era una apreciación muy distinta a la que las técnicas del Ministerio de Salud Pública (MSP) guardaban con respecto al albergue. Por este motivo, su convivencia estaba marcada por temor, la sensación de inseguridad y también la perturbación en su vida cotidiana.

Nunca fuimos informados de que la gente del albergue vendría a Acuarela II. Al principio eso era un rumor, pero ya nos quedó claro cuando llegó la maquinaria de MIDUVI y empezó la construcción de los bloques tres y cuatro. Uno veía la cementadora, pero no venía nadie a socializar (Andrade, 2019).

Las nuevas etapas construidas no se parecían a la propuesta arquitectónica de las etapas uno y dos. En primer lugar, existía una importante diferencia en las dimensiones. En contraste con los primeros bloques, la nueva etapa presentaba domicilios más pequeños de una sola planta, organizados uno sobre otro (dos viviendas por bloque), con un baño, una habitación, y un mono ambiente entre la cocina, comedor y sala. En cuanto a los materiales, eran planchas prefabricadas para las paredes y techo de eternit y gypsum; los acabados del piso eran mínimos. La reducción de espacio apuntaba a poder incluir a 168 familias en total, en un espacio que estaba definido inicialmente para 42.

Nueve meses después del terremoto, una parte de los nuevos beneficiarios de Acuarela II empezaron su mudanza. Los nuevos vecinos no sabían cómo sería su hogar a ciencia cierta, puesto que, si bien pudieron observar el departamento modelo, no conocieron su vivienda hasta un mes antes de mudarse. Las responsables de MSP tienen las siguientes apreciaciones al respecto:

En las rondas internas que hacíamos por cada carpa, muchas familias decían que no sabían si realmente tendrían o no las viviendas que tanto les habían prometido. Había días que llovía, mucho sol, entonces no era idóneo seguir viviendo ahí (el refugio). [...] Ahí es cuando la gente más se desesperaba por tener ya una vivienda.

Como carpa de salud teníamos que sostener a la gente en su incertidumbre (Saavedra, Arteaga, & Guamán, 2019).

Cuando finalmente se dio la mudanza de los pobladores, fue difícil para todos los involucrados, tanto para quienes vivían antes ahí como para quienes llegaron. Para quienes se mudaron, la presencia de un patio compartido entre viviendas se volvió objeto de disputas, por cuestionar si se trataba de un lugar privado o público. Esto fue el detonante de posteriores conflictos. Uno de los principales giró en torno al liderazgo de la comunidad, puesto que la directiva de las etapas uno y dos estaba formalmente registrada en el municipio y los nuevos pobladores tuvieron que aceptar su liderazgo. Por otra parte, corría el rumor de que Acuarela II era un barrio peligroso; se denunciaba el consumo y microtráfico de drogas, así como que era el refugio de delincuentes de sectores clásicamente ubicados como “zona roja”.

La tradición de la cultura institucional pública y cómo esta se construye en Bahía históricamente estarán presentes al interior de Acuarela II. Estas entrarán en contraste con el análisis de otro proyecto: ciudadela María Enriqueta Orrantia, que, desde la institución religiosa y la empresa privada, permitirá reconocer no solo una dinámica particular en la vida cotidiana de los vecinos, sino también develará algo sobre esa historia construida respecto a la ciudad y sus habitantes.

### *María Enriqueta Orrantia*

La historia de esta ciudadela es cualitativa y cuantitativamente diferente a la de Acuarela II, puesto que se trata de un proyecto de

vivienda social impulsado por la iniciativa privada de varias instituciones, donde los actores desequilibrantes tienen rostro, nombre y apellido. En primer lugar, la Compañía de Jesús, en alianza con la Iglesia de la parroquia de La Merced de Bahía de Caráquez cuyo párroco, Dehoniano Bruno Roque Dos Santos, alcanzó un estatus de figura pública a partir del 16A y ocupó un lugar central en el proyecto urbanístico. En segundo lugar, se encuentra Beatriz Fernández Orrantia, donadora del terreno para la construcción de la ciudadela, ubicada en la proximidad al barrio Los Jardines, en Fanca. Beatriz Fernández es dueña de la Empacadora Dufer, planta procesadora de pescado, donde es la presidenta y principal accionista.

La empresa Dufer es una de las últimas grandes empresas privadas de la ciudad. Esta donación en Orrantia permitió que la Compañía de Jesús, a través de Hogar de Cristo, construyese 45 viviendas temporales, proyectadas a 4 años de sostenibilidad infraestructural.

En total, participaron 29 instituciones que pueden dividirse entre donantes y constructores. Entre los donantes de las viviendas, se encuentran tres iglesias católicas estadounidenses: St. Boniface, St. Joseph y Resurrección, involucradas a través de la parroquia La Merced; tres organizaciones no gubernamentales de origen religioso: Compañía de Jesús y su obra Hogar de Cristo, y también está Fundación Sirviendo F.A.I.T.H (representantes legales norteamericanos). Destaca la Embajada de Canadá, la Asociación de Damas del Cuerpo Consular de Quito, Comité de Damas del Club Rotario Quito Norte y Muncy Rotary Club.

En cuanto a las organizaciones constructoras para la preparación del terreno y servicios básicos, participaron APIVE, Congregación

SCJ, Empacadora Dufer, Misioneros Vascos de la Parroquia Santa María de DEBA, Rotary Club Bahía, Afese, Agroganadera Espinosa, Agrocoex, Jardines Piaveri, Roses & Roses, JoyGardens, Hoja Verde, Wholefoods Market, H&N, Foundation Amigo, Rotarios D5280 de California, CR Portoviejo del Valle y DAI Disaster Aid International (Mulki-Pontón, 2019).

Desde el ingreso a la ciudadela, el letrero de auspiciantes es bastante visible. Está colocado en el punto más alto del complejo habitacional, alineado con la gruta, donde está colocada una imagen de la Virgen Guadalupe. Todos los involucrados realizaron primero un proyecto piloto de 17 viviendas, antes de construir el proyecto total. Con los aprendizajes de esta primera experiencia, definieron la siguiente etapa. Beatriz Fernández bautizó al proyecto en honor a su madre, quien fue una reconocida filántropa de la ciudad (Mulki-Pontón, 2019).

En resumen, los involucrados pertenecen a empresas privadas locales de mediano y alto capital, a la comunidad diplomática ecuatoriana y extranjera, clubes rotarios y organizaciones religiosas católicas. Durante la investigación de campo, se escuchó la apreciación de los habitantes de Orrantia sobre este proceso institucional.

Lo señalan como gestiones marcadas por la parroquia La Merced, donde también se articuló Andrea Quijije, activista feminista de la localidad. Sus alianzas no solo se han centrado en la creación de Orrantia, sino también en intervenciones infraestructurales en Bellavista y La Roca, así como el sostenimiento de los damnificados que se encontraron fuera de albergue Fuerza Sucre, durante los primeros meses.

A diferencia de Acuarela II, quienes forman parte de la comunidad de la ciudadela no son necesariamente damnificados. Durante el proceso de involucramiento en la investigación, su directiva relató que algunos de ellos sí perdieron sus viviendas, pero el denominador común de estos beneficiarios es que no formaron parte de los albergues oficiales, sino que estuvieron en carpas improvisadas o se alojaron con otros familiares o personas cercanas. El sentido de la vulnerabilidad, por tanto, no se ajusta únicamente a la condición de damnificado, sino también a otros criterios como una condición de desempleo; tener hijos e hijas a cargo; en algunos casos, el que sean madres solteras; y, por otra parte, que existan personas de la tercera edad bajo la responsabilidad del núcleo familiar.

Ahora bien, en relación con las características físicas de las viviendas, cada una está construida con planchas de madera para las paredes y eternit para el techo. El habitáculo está formado por dos plantas; la planta baja, como un espacio vacío susceptible de las modificaciones por parte del mismo propietario, y una planta alta con tres habitaciones y un pasillo. Algo distinguible de Orrantia es que el 90% de los propietarios ha construido la planta baja, algunos con sus propios recursos y otros con apoyo financiero de algunos de los auspiciantes. Cada uno de acuerdo con su necesidad y estilo, por lo que las viviendas se distinguen una de otra, de acuerdo con esas modificaciones.

Por otra parte, Orrantia sí comparte un elemento en común con Acuarela II, en tanto no tiene un espacio comunitario para las distintas actividades, por lo que se usa una intersección de tres calles como lugar de reunión y una vivienda no habitada para las tareas

dirigidas de los niños y niñas en edad escolar, que hace las veces de casa comunal. Desde las primeras apreciaciones, parecería ser que la ausencia de espacios comunitarios guarda una estrecha relación con las dinámicas sociales entre los vecinos. Y uno de los puntos más sensibles es el liderazgo de la comunidad en el posdesastre.

A pesar de que existen muchas instituciones auspiciantes, en realidad, la relación fundamental de Orrantia se construyó con la parroquia La Merced. Por esta razón, sus habitantes se apegan de manera rigurosa a la normativa de la parroquia, que ha sido determinada por la Iglesia. Lo que informan desde la directiva de Orrantia es que, dentro de las normativas principales, está la prohibición de la ingesta de alcohol o drogas, el microtráfico y la violencia intrafamiliar. De manera secundaria, existen reglas más específicas, como la prohibición del volumen alto y las fiestas. Esas reglas determinan el contrato entre los habitantes y La Merced, el cual tiene la figura jurídica de comodato, es decir, que, si no se cumplen las normas, La Merced tiene derecho a expropiar las viviendas (Mulki-Pontón, 2019). Durante el desarrollo de la investigación, tres familias fueron expulsadas y la comunicación sobre el cumplimiento o no de las normas estuvo a cargo de los mismos habitantes.

La relación entre Orrantia y la historia de Bahía muestra unas particularidades en esta nueva época. El 16A es un hito histórico que marca un antes y un después en los relatos, aquellos que se están escribiendo, pero más aun los que aparecen desde la oralidad. Parece ser que algunas dinámicas del pasado se ponen en juego en la reconstrucción, pero estas no repiten la trama clásica de la época de oro, el tren del agua, los inviernos y terremotos. En esta primera apreciación, la reconstrucción se muestra como el intento de

reconstruir también la forma de hacer historia, de inscribir nuevamente las metáforas, las figuras y la retórica entre el *boom* y el *shock*, donde el sector privado se activa nuevamente en su relación con la comunidad.

La vivienda social desde el Estado secular y la ética católica evidencian unas dinámicas sociales específicas que merecen un análisis exhaustivo y un despliegue de la pluralidad de sus particularidades. En este apartado, se recorrió la presentación de la historia de Bahía de Caráquez de acuerdo con los relatos inscritos en los textos formales, pero también desde la historia oral. Como señala Alessandro Portelli (1991), la historia oral pone en primer plano, por primera vez para los sujetos, la posibilidad de decir lo que no se ha dicho antes. Se encontró que, en el encuentro de los relatos orales y escritos (investigaciones antropológicas, literatura histórica, artículos de prensa), existen formas comunes de hablar del pasado: la del boom como el auge económico, social y cultural, pero también la del shock, que es social, ambiental y cultural.

La naturaleza y la sociedad son retratadas desde el encuentro y el choque, pero, a su vez, vemos cómo la sociedad provoca sus crisis y traumas. Los primeros siglos de la ciudad se inscribieron bajo esas dinámicas, donde los lugares de la sociedad, la naturaleza y el Estado estaban claramente definidos; sin embargo, los eventos recientes resignificaron esa historia y trajeron al presente los conflictos antiguos entre la sociedad civil, su iniciativa privada y el Estado que siempre ha buscado una forma de involucrar a Bahía en los procesos nacionales.

El texto, ahora ya clásico, de Naomi Klein (2014), *La doctrina del shock*, puede recibir también otras apreciaciones, pues el capitalismo del desastre no solo activa a los intereses particulares con fines globalizadores para instalar políticas irreversibles, puesto que la sociedad también se moviliza. No todos los desastres inhabilitan a los sujetos; existen formas particulares de reaccionar a ellos, tanto individuales como colectivas. Los ciudadanos de a pie también quieren aprovechar el desastre para modificar las inconformidades que les afectaban. La noción del capitalismo del desastre tal vez concibe a los individuos en su calidad de masa, pero no desde sus particularidades locales. No todos los desastres son iguales, pero tampoco lo son quienes lo viven.

Para reconocer esas particularidades que inscriben los aportes locales a una posible comprensión del desastre, consideramos necesario dirigir esta investigación hacia la exploración teórica del habitar y el hábitat, pues podría ser desde ahí que recupere la experiencia particular que compone las distintas formas de reconstruir la vida y los sentidos de vivienda. Sin embargo, al ser el desastre el contexto desde el que se producen estas dinámicas, también se trata de pensar cómo su concepción marca los rumbos de cómo se organiza socialmente la reconstrucción, que no son solo infraestructurales y económicos, sino también culturales y subjetivos.

Justamente, tomando el hilo conductor de lo subjetivo y cultural, es imprescindible realizar un acercamiento a la concepción –desde el adulto– sobre el adolescente y la adolescencia en Bahía de Caráquez. Y, con base en esto, pensar de qué manera se pueden articular los proyectos de vivienda antes mencionados y de los adolescentes, pensando en que aparecen concepciones como residuo, marginali-

dad y desecho, que de una u otra manera acercan o enlazan a ambos elementos. A continuación, revisaremos, entonces, la concepción de adolescencia y el lugar de los adolescentes en Bahía.

#### **4. El adolescente como resto de Bahía**

*Dennis Logroño Sarmiento*

En nuestras primeras aproximaciones en campo, pudimos apreciar bajo qué consideración se encontraban los jóvenes para la población en general, tanto en Bahía como Leónidas Plaza. Así, eran ubicados en un lugar marginal, fuera del protagonismo en el uso de los espacios comunitarios. En efecto, no era habitual observar jóvenes en los lugares comunes de los adultos, como los portales de las casas, los locales comerciales o los restaurantes. De esta manera, constatábamos cómo los adolescentes decidían ‘tomarse’ espacios que son poco ocupados por los adultos o los niños. Pero no se trataba de cualquier espacio, sino de aquellos que podrían propiciar interacciones distintas a las que se sostienen con adultos o niños, un espacio percibido como más específico para ellos, un espacio propio.

Los espacios habitados por los adolescentes incluían los parques de la zona, la pista de patinaje y las veredas frente a la playa. Incluso el cementerio: lugar para el encuentro entre pares, así como entre parejas. Así, frente al poco flujo vehicular en la ciudad, la calle se volvía un lugar de tránsito que podía aprovecharse de otras maneras, más aún para los jóvenes. Precisamente, como diría Tanguy de Foy, en este momento de “cruce de alteridades” que es la adolescencia, se juegan constantemente el exilio y la exclusión frente a un social al cual no resulta atractivo adherirse, buscando refugio

en un lugar *otro* (de Foy et al., 2008). Sin embargo, esto se produce no solo en respuesta a una exclusión, sino como producto de las dinámicas particulares que surgen en la ocupación de los espacios en desuso. Es decir, este nuevo uso de un lugar público otorga también cierta privacidad de la vida pública. Paradójicamente, en estos lugares públicos hay algo privado que emerge y una dinámica particular que se produce de pronto.

En los proyectos de vivienda social en los que se desarrolló la investigación, Acuarela II y María Enriqueta Orrantía, ante la ausencia de este tipo de espacios comunitarios, los adolescentes encontraban como opción ocupar la calle, el único espacio que les quedaba como apropiable, ya sea porque estos espacios nunca fueron planificados o por su deterioro. Los jóvenes recorrían las rutas entre los colegios y sus hogares, entre su propio hogar y el de sus amigos o su pareja, o incluso las calles circundantes a sus comunidades. En estos espacios se pone en juego la posibilidad de hacer lazo social, pero ¿en qué condiciones? ¿Qué llevaba a los adolescentes a habitar estos espacios?

La calle está marcada por un sentimiento de expectativa, que la torna en un espacio de potenciales encuentros, donde una incipiente inscripción social adviene como posible. Esto ocurre porque la calle es susceptible de metáforas, a partir de las cuales se puede construir el lazo social. En esta línea, al sentirse incómodos en sus casas y frente al malestar generado por la convivencia, los jóvenes pueden ocupar otras posiciones en las que dejan de ser subordinados y pasan a ser protagonistas, proyectando una imagen de “saber lo que hace”. Pueden encontrar allí reconocimiento, pero también una exposición creciente a riesgos –como el consumo de drogas o

la incurrancia en delitos menores—, que son tomados porque contribuyen a este reconocimiento (de Foy et al., 2008).

No obstante, esto no significa que el uso de la calle como espacio público implique una desestructuración del tejido social sino, por el contrario, da cuenta de cómo los usos tanto formales como informales de este lugar aparecen ante la necesidad de los jóvenes por construir vida social. En este sentido, más allá de la delincuencia o el uso de drogas, lo que prima es la formación de relaciones y metáforas propias. Esto se da debido a que esta ‘vida subalterna’ de la calle responde a las mismas necesidades que la ‘vida formalmente aceptable’.

Tras acercarnos a los adolescentes, recorrer sus pasos y acompañarlos por los alrededores, saltaba a la vista el lugar que podrían estar ocupando para la ciudad, para Bahía. Se dejaba entrever que eran apreciados desde una posición de incomodidad para la ciudad, donde existían pocos espacios para ellos. Aquello que se decía de los jóvenes estaba más ligado a la preocupación por ellos, por sus vulnerabilidades y los riesgos que podían enfrentar. Es decir, a partir de lo que se pudo escuchar y recabar en Bahía, parecía que se consideraba a los adolescentes como en una posición de resto. ¿A qué hace referencia este resto? De entrada, se trata del resto entendido como residuo o desecho. Es por ello que, en la ciudad, si se piensa en los jóvenes en tanto resto, puede pensarse en la metáfora de piezas sueltas, que no llegan a encajar en el funcionamiento del todo que conforma la ciudad. ¿Y qué uso queda para las piezas sueltas? Si no se les llega a encontrar un lugar, son desechadas.

Precisamente, más que manifestaciones ‘síntomáticas’, en el sentido

psicopatológico del término, los adolescentes ponen en acto manifestaciones de sufrimiento que buscan consolidarse en insignias identitarias. En este impase, el malestar no es ubicado en ellos mismos, sino como proveniente del otro. Frente a esto, es el semejante quien viene a soportar al adolescente cuando este se le dirige y lo interpela frente a la (re)emergencia e insistencia de su cuerpo, especialmente en su dimensión sexuada.

Es el otro, en tanto testigo, quien recibe esta ‘responsabilidad’ como causa de sus padecimientos. ¿Y quiénes son los culpabilizados? Podría decirse que las figuras adultas, con especial énfasis en los padres, que no saben cómo responder frente a la demanda del adolescente. Así, la calle puede aparecer como el espacio donde se ponen en juego estas contradicciones relacionales con la esperanza de volver a alcanzar un sustento simbólico que propicie el lazo social, donde cada adolescente pueda encontrar la posibilidad de apropiarse de su sufrimiento particular (de Foy et al., 2008).

En Bahía, el discurso adulto –proveniente, por ejemplo, de las autoridades de las instituciones educativas y de algunos padres– ubica a los adolescentes como promotores de los padecimientos de la ciudad. Para quienes conforman las instituciones de control de la ciudad, parecería que adolescencia es sinónimo de disturbios del orden social. Drogas, delincuencia y embarazo son los significantes más comúnmente asociados, como si les pertenecieran exclusivamente y dejando de lado la transmisión generacional de las problemáticas sociales.

Evidentemente, aquello da cuenta de la cercanía que los adolescentes tienen con los significantes del sexo y de la muerte (Lerude,

2013b), en tanto se juega una pregunta por su propia realidad y cómo puede tener injerencia en ella al dejar de sentirse niños. Asimismo, los padres expresan su preocupación por esta cercanía, pero se les dificulta poder hablar con los adolescentes de ello, lo que evita que reconozcan su salida de la niñez. En general, para los adultos la categoría de lo 'joven' puede llegar a ser perturbador. Las viejas generaciones pueden sentirse *deshistorizadas* por las nuevas, como si perdiesen referencia frente a la emergencia de la juventud. De allí la queja ante la irrupción de la juventud en la sociedad.

No obstante, las respuestas que estos jóvenes elaboran frente a este encuentro van consolidando sus identidades y su incipiente inscripción en lo social. Las condiciones sociales circundantes rodean este proceso, complejizándolo y, a su vez, presentándolo para lo social como problemático y desdeñable. Es decir, los jóvenes pueden asumir esa posición de resto a la que son relegados por el discurso adulto en tanto se ubican, no como desecho, sino como la parte que sobra de ese todo del que ya no son parte –los niños– ni del que no quieren ser parte –los adultos–. En ese pasaje entre infancia y adultez, los que se encuentran jugados se convierten efectivamente en resto, la pieza que no termina de encajar (Lerude, 2013b).

Allí aparecen los semejantes, los pares que permiten a estos adolescentes instituir una parte de su identidad. Se trata de una producción colectiva más que individual, donde los significantes compartidos por los jóvenes modelan una forma de actuar, un lenguaje juvenil compartido, una estética colectiva. Es decir, los jóvenes arman una suerte de vida institucional en los espacios que tienen como disponibles. En este encuentro con otros que tampoco encajan en la infancia ni en la adultez se produce la acepción de la

alteridad y el reconocimiento de la diferencia en la que cada joven va reconociendo la insuficiencia del Otro. De este modo, se produce un pasaje del Otro encarnado en las figuras adultas, especialmente en las parentales, a la de un Otro abierto, en falta, que da pie a la inserción del adolescente en lo social y le permite desprenderse de la gravitación de la escena familiar. Vemos, entonces, que los adolescentes salen de sus casas en búsqueda de un espacio otro, que otorgue un sentido distinto al de su núcleo familiar, aunque esto no cale bien con sus padres (Lerude, 2013b).

El discurso adulto juega con este vaivén, reconoce que los adolescentes han dejado de ser niños, pero no les otorga un reconocimiento subjetivo que los ubique en un lugar del cual sostenerse. Parecerían ser jóvenes diferidos a un supuesto futuro en el que ya se convertirán en adultos “responsables” y “conscientes”. Desde esta consideración, podemos decir que los adolescentes son asociados a la incapacidad de asumir la responsabilidad por su actuar, como si sus actos estuviesen disociados de cualquier reflexión.

El deseo de los padres está supeditado a la adherencia a la escolaridad, que ubican como un eje del que se podrían sostener sus hijos hasta devenir adultos. Así, se trataría más bien de cómo la adherencia a la educación apunta hacia una ‘normalización’ del adolescente.

Es decir, no solo se quiere que sea adulto, sino un tipo de adulto predeterminado. Un resultado otro que no colinde con este deseo de los padres vendría a ser descalificado. Es por ello que la exigencia de los padres es que los adolescentes se gradúen del colegio y, en lo posible, vayan a la universidad. Sin embargo, si bien algunos logran este primer paso, no son muchos los que tienen posibilidad

des de la formación de tercer nivel.

Como alternativa, el conseguir un oficio remunerado es la oferta socialmente aceptada para los jóvenes, no obstante, esto tampoco es fácil en Bahía. En esa línea ideal del continuo escolaridad-trabajo, cualquier alternativa adquiere una connotación amenazante, especialmente para los padres.

A causa de ello, el grupo de amigos de los adolescentes no es bien visto porque invitaría a irse “por el mal camino”, frase repetida por muchos padres. ¿Qué encuentran los adolescentes en esta encrucijada? Frente a la demanda del deseo parental, el encuentro con los pares se precipita para los jóvenes como catalizador de la formación de lazos de amistad y de pareja que permita marcar una distancia simbólica con sus familias de origen.

De allí que, en Bahía, sea común la adquisición de compromisos de pareja tempranamente, en que jóvenes deciden abandonar a sus familias de origen, unirse a otro u otra joven y vivir juntos en una unión de hecho *de facto*, con el reto de encontrar espacios laborales que les permitan sostener sus nuevas formas de vida. Como alternativa, el refugio en el grupo de amistades ofrece otra opción al enfrentamiento con este Otro que se revela.

Pese a la desaprobación parental, estas posibilidades de encuentro con la alteridad posibilitan el cambio de posición subjetiva que permite que la adolescencia no devenga en un impase. Sin embargo, así como puede posibilitarlo, este refugio con los pares puede tornarse en una detención para el reposicionamiento subjetivo si es que no se da paso al reconocimiento de la diferencia sexual, especialmen-

te, como indica Lerude (2013b), cuando los miembros del grupo operan como dobles que borran la alteridad, homogeneizando al colectivo. Se trata de una forma temporal del Otro que debe decaer para dar paso a una inscripción social consolidada.

### **5. Algunas conclusiones preliminares**

Nuestros señalamientos anteriores no implican que abogemos por un esencialismo de la adolescencia como categoría universal. En esta línea, la apuesta por la singularidad nos obliga a reconocer a las adolescencias, en tanto se trata de “un significante que nos remite al momento álgido de un padecimiento” (Rebollo Conejo, 2000) que se particulariza. Esto se constata en el encuentro particular que tuvimos con los distintos jóvenes. Es por ello que reconocemos que cada adolescente en Bahía se ve aquejado por un padecimiento que, a su modo particular, busca hacer escuchar, del que busca decir.

De esta manera, buscan edificar un lazo con el otro, desde este lugar de ruptura y de disturbio, desde este lugar de resto, de inadecuación. En el caso de Bahía, las problemáticas atravesadas por los adolescentes no les otorgan ningún favor con los adultos, con sus padres, con sus maestros, con las figuras de autoridad, para quienes podría resultar más sencillo ubicarlos en ese lugar de resto. No obstante, para quienes apuestan por la escucha, se puede ir develando cómo cada adolescente toma su lugar de distinto modo.

Dentro del contexto en el que se encontraba la provincia durante la intervención –la reconstrucción posdesastre–, nos planteamos la pregunta sobre cómo posibilitar un encuentro con una población que se encontraba en un momento de reconstrucción tanto física

como psicosocial. Más aún, la intención de propiciar un encuentro con los adolescentes de este territorio invitaba a interrogarnos sobre cómo acercarnos a los espacios que habitaban en esta nueva cotidianidad.

Si se piensa que el acercamiento a una población en territorio requiere que contemos con un enfoque que posibilite la entrada a su espacio social, entonces se requiere una reflexión sobre el enfoque más adecuado y respetuoso. Por ello, propusimos el paradigma emergente de la metodología de la investigación cualitativa, por cuanto permite plantear una dialectización de problemáticas sociales, en un reenvío en la relación del investigador y los participantes, dentro de una apuesta de co-construcción.

En efecto, dicha apuesta requirió de una elección ética como investigadores, en la que pusimos en juego no solamente la subjetividad de las personas a las que nos acercamos sino también la nuestra. Este acercamiento apunta a generar efectos sobre los adolescentes, pero también sobre los investigadores, en tanto la investigación cualitativa se instituye desde la construcción de una relación participativa donde ambos registros del proceso son afectados, puesto que va más allá de la mera descripción de un fenómeno (Egas et al., 2013).

En esta línea, la apuesta por el encuentro de lo particular, que se inscribe en una relación, implica que el carácter transformador que puede llegar a tener nuestro acercamiento –en una lógica de co-construcción– provenga incluso de sus mismos participantes, que toman un rol protagónico en el destino de los resultados de la aproximación procedente de la relación establecida. Allí es donde

se concilian la exploración teórica, por un lado, y la intervención, desde un acercamiento clínico, por otro. Esta articulación es la que permite aspirar a generar efectos en la realidad efectiva de sus participantes, a la vez que se pueden desarrollar aprendizajes y conocimientos a partir de dichos efectos (Egas et al., 2013).

De esta manera, en el acercamiento con la población adolescente que habita Bahía de Caráquez y Leónidas Plaza, buscamos propiciar espacios de circulación de la palabra. Esto se hizo como una invitación a que cada joven hable y sea escuchado. Ante ello, nuestro intento es el de generar reflexiones acerca de cómo se produce el pasaje por la adolescencia en un contexto de reconstrucción psicosocial posdesastre.

## IV. ADOLESCENTES HABLANDO

*Dennis Logroño Sarmiento*

## 1. Ellos fueron hablados...

Al realizar nuestra aproximación, se nos plantearon varias interrogantes. ¿Cómo acercarnos a los jóvenes? ¿Cómo garantizar un espacio donde puedan ser escuchados? Efectivamente, como paso previo a proponer una escucha, aparecía la necesidad imperiosa de dirigirnos hacia ellos, de hablar con ellos, de invitarlos a un espacio otro, un espacio de palabra.

Por este motivo, con esta iniciativa de acercamiento, nos propusimos encontrar un método que combinara tanto una intervención en campo como una propuesta teórica sostenida en una psicología clínica de orientación psicoanalítica. Por este motivo, seleccionamos el método biográfico, instrumento que permite interpelar a los jóvenes tanto acerca del campo de su realidad familiar y social, como de su agencia subjetiva sobre su propio trayecto de vida. Así, invitamos a los adolescentes a que realizaran un relato sobre aquello que desearan transmitir sobre su historia. Se trató de una serie de narraciones orales en las que buscamos ubicar aquellos aspectos que dieran cuenta de las problematizaciones de sus transitaros en los registros de lo personal, lo familiar y lo social (Cornejo, 2006).

Si la aproximación realizada con estos jóvenes tenía un carácter exploratorio, entonces el invitarlos a relatar su vida abrió un abanico de entradas, mediante las cuales se propuso una posibilidad de escucha. Efectivamente, el método biográfico permite la articulación de distintos paradigmas. Esto posibilita articular una propuesta de co-construcción, mediante lo cual se apunta a edificar representaciones, producciones y construcciones entre dos (entre quien habla y quien escucha), a través de un acercamiento clínico, con el que se propone una escucha y una acogida del malestar y el sufrimiento

particular de cada adolescente, así como de sus interrogantes. Precisamente, es esta posibilidad de articulación la que permite conciliar el método biográfico con un enfoque psicoanalítico (Cornejo, 2006). Por ello, invitamos a estos jóvenes al interior de un espacio donde se pudiese construir y entretrejer en conjunto sus trayectos de vida en el marco de una historización y ubicar así aquellos aspectos que les hayan generado impases o detenciones, momentos en los que se pudiese ubicar el malestar y el sufrimiento.

No obstante, la utilización del método biográfico invita a marcar ciertas distinciones en el tratamiento del material obtenido. Por este motivo, se distingue entre el relato de vida, la narración oral propiamente dicha que pasa por una primera interpretación subjetiva por su productor, y la historia de vida, que resulta del proceso de co-construcción entre el productor y el escuchante, quienes realizarán una segunda interpretación colaborativa.

De allí que el método biográfico proponga una doble interpretación, pero esta siempre remitirá a la subjetividad de quien produce la historia (Cornejo, Mendoza & Rojas, 2008). Por esta razón, con este grupo de adolescentes, apostamos a realizar ese pasaje del relato a la historia. En tanto apuesta, solo estos jóvenes podrán dar cuenta de si se pudo llegar a la consecución de esta intención. Sin embargo, fue este el objetivo con el que partimos y con el que procuramos apuntar permanentemente a la emergencia de la subjetividad.

Para este efecto, procedimos de la manera planteada por Cornejo y colaboradores (2008) para la aplicación del método biográfico. En un primer momento, partimos con una aproximación exploratoria con la definición del eje temático de base para el acercamiento con los adolescentes: la cuestión del lazo social adolescente. Este eje te-

mático fue definido así, por cuanto partimos por una interrogación sobre la posibilidad del acaecimiento de fenómenos de violencia sexual en un contexto de riesgo social posterremoto, lo que constituyó nuestra puesta en disposición clínica para el abordaje.

Esto se constituiría como un punto de entrada para que los jóvenes a los que nos acercamos pudiesen decir qué es para ellos el ser un adolescente en Bahía y cómo, desde ese lugar, hacen lazo social.

A partir de esta definición temática, procedimos a elegir la forma de acercamiento a la población adolescente. Así, pasamos a articularnos a las intervenciones comunitarias en campo planteadas por el proyecto de investigación PUCE-Ohio (*Asset Mapping*). Esto permitió empezar desde un acercamiento al social de Bahía que nos podía otorgar algunas pistas acerca de dónde comenzar el abordaje, para, posteriormente, definir las comunidades con quienes sería posible un trabajo de escucha desde el interior de su cotidianidad.

De este modo, partimos de entrada con un trabajo de observación participante, en tanto nos permitía como investigadores hacer posible el surgimiento de descubrimientos propios desde nuestra propia inserción en la ciudad y sus comunidades. Este acercamiento vivencial nos permitía ir más allá de la mera recolección de datos para llegar a un “conocer desde adentro” (Ingold, 2015).

En efecto, esto implicó recorrer las calles y los espacios ocupados por los habitantes de Bahía, convivir con ellos y propiciar un intercambio de palabra que nos permitiese comprender sus dinámicas cotidianas e, incluso, participar en ellas. Así conocimos el funcionamiento de la urbe y la manera en que estaba habitada. De este

modo, descubrimos que, en realidad, la mayor parte de la población se encontraba concentrada en la parroquia de Leónidas Plaza, asentamiento que en la división político-administrativa es distinto a Bahía –que se trata de la parroquia vecina–. Sin embargo, en la realidad geográfica y de ocupación territorial, se encontraba anexa a Bahía, formando una unidad de facto, con sus habitantes circulando libremente entre uno y otro lado, haciendo sus vidas en la continuidad de ambos territorios.

De esta manera, y gracias a los contactos locales generados por las transferencias de trabajo con docentes de la sede de Bahía de la PUCE y miembros de organizaciones que forman parte de la Compañía de Jesús, iniciamos el acercamiento a las comunidades que se habían constituido en los proyectos de vivienda social surgidos tras el terremoto. Fue así como conocimos tanto a María Enriqueta Orrantía, creada por Hogar de Cristo, y a Acuarela II, creada por el MIDUVI, dos complejos de vivienda cercanos, ubicados a lados opuestos de la carretera principal que atraviesa tanto a Leónidas Plaza como Bahía, que revelaban dinámicas cotidianas marcadamente diferentes.

Como se ha recalcado, el interés de nuestra investigación era el acercamiento con los adolescentes, por lo que, en cada una de estas comunidades, saltaba la pregunta: ¿dónde estaban? En Orrantía, no se los veía demasiado en los espacios comunitarios compartidos, como la pequeña cancha de fútbol, el área de juegos infantiles ni las calles internas. Incluso la casa comunal permanecía cerrada y era usada solo para eventos programados de la comunidad, generalmente dirigidos a los niños.

Esta ausencia en la ocupación de los espacios comunitarios también

era apreciable en los adultos, pues más bien eran los niños quienes hacían uso mayoritario de dichos espacios. Adultos y adolescentes permanecían al resguardo de sus viviendas.

Por el contrario, en Acuarela II, niños, jóvenes y adultos rondaban por doquier, haciendo uso constante de las calles, los espacios comunes, las canchas y los juegos infantiles. Allí, ante la ausencia de una casa comunal, los vecinos se habían tomado un redondel con el logotipo de “Ecuador ama la vida”, eslogan gubernamental del gobierno de Rafael Correa, para reunirse y hacer vida social. Sin embargo, más allá de lo aparente, se había trazado una frontera invisible entre las etapas 1 y 2 de este complejo de viviendas, con las etapas 3 y 4. Esto se debe a que las primeras fueron construidas y adquiridas por sus propietarios antes del terremoto, mientras que las segundas fueron construidas por el MIDUVI y otorgadas a aquellas personas que habían perdido su vivienda a causa del terremoto, lo que formaba una suerte de mixtura. No obstante, era notable que, a pesar de que los adultos no cruzaban esta frontera invisible, los niños y adolescentes sí lo hacían y no se complicaban como algunos de sus padres y otros adultos de la comunidad.

De este modo, realizamos en ambas comunidades observación participante que nos permitió obtener una aguda apreciación del devenir adolescente y que posibilitaría dar cuenta de su cotidianidad y las vicisitudes que se desprenden de ella. Precisamente, aquello pudo producirse, por cuanto nos propusimos iniciar el contacto desde quienes formaban parte de estas comunidades y apuntando a incluirnos en su transitar.

Así, entendemos que la observación no puede estar dissociada de la participación, sino que ambas son parte de un solo continuo, donde

se incide a la vez que se observa (Ingold, 2015).

De esta observación participante, apareció como imperante la necesidad de acercarnos a las diversas familias que conformaban estas comunidades para hablar con ellos y sus adolescentes. Para llegar a ello, fue necesario un acercamiento con las comunidades y apalabrar nuestra intención investigativa y de intervención. Así, iniciamos con sus líderes, a quienes planteamos la intención macro de un trabajo con los pobladores, donde el acercamiento con los adolescentes sería uno de los componentes. Se trató de un momento de negociación de las condiciones en las que nos acercaríamos al terreno y la manera en que nos incluiríamos en las actividades cotidianas, pero, a la vez, proponiendo las nuestras de forma interrelacionada.

Se obtuvo así el consentimiento de los líderes, gracias a lo cual pudimos proponer una serie de encuentros con los miembros de la comunidad. En *Acuarela II*, en las etapas 1 y 2, propiciamos un encuentro grupal –a modo de taller– con los adultos, en donde socializamos la posibilidad de trabajo con los jóvenes. Asimismo, en las etapas 3 y 4, así como en *Orrantia*, procedimos a realizar una serie de visitas domiciliarias donde, de manera más particularizada, hicimos extensiva la invitación a estos espacios de palabra para los adolescentes.

A partir de este proceso de acercamiento, pudimos escuchar los sentires de los padres y madres de familia acerca de sus hijos adolescentes. Las preocupaciones que resaltaban tenían que ver con las actividades que los jóvenes realizaban, con quiénes lo hacían y en dónde las llevaban a cabo. Ellos lo resumían al enunciar que no querían que sus jóvenes “se fueran por el mal camino”, frase repeti-

da por varios padres y madres. Estos acercamientos con los padres, tanto en Orrantia como en Acuarela II, se constituyeron como un punto de entrada para hablar con los adolescentes.

En los diversos recorridos en los que realizamos visitas domiciliarias, con su consentimiento y el de sus padres, pudimos hablar con los jóvenes y hacerles llegar nuestra propuesta: la posibilidad de involucrarse en un espacio de escucha en donde ellos podrían hablar sobre su vida y lo que implicaba para ellos el devenir adolescente.

Con la propuesta dada, identificamos a algunos jóvenes que manifestaron su interés en participar. Después, se definió una visita para dialogar en conjunto con sus padres y explicarles detalladamente cómo se llevaría a cabo el proceso de recolección de historias de vida. Así, fueron seleccionados cinco jóvenes que brindarían testimonios de sus trayectos vitales<sup>8</sup>: Mateo, Iván y Robert de Orrantia; y Erik y Alison de Acuarela II.

Con estos cinco adolescentes, finalizó el proceso en que ellos “fueron hablados”, por nosotros en tanto investigadores, tras definir el encuadre<sup>9</sup> de las sesiones de escucha de sus historias de vida, que consistieron en tres encuentros registrados en audio. El componente del registro de su voz pareció aumentar el interés de estos jóvenes, ya que parecían sentir que sus palabras tendrían un valor tal que ameritaría ser registrado. Estas condiciones se trataron con

---

<sup>8</sup>Nombres protegidos

<sup>9</sup>Aquí ‘encuadre’ es utilizado en un sentido amplio, inspirado en el componente clínico del método biográfico, pero utilizado para marcar los límites de las sesiones de escucha, en las que las historias de vida serían co-construidas, en una lógica análoga a la realizada en un proceso psicoterapéutico o psicoanalítico.

cada uno de los adolescentes individualmente, pero aparecieron algunas distinciones entre ambas comunidades que es preciso señalar.

En Orrantía, fue posible realizar un taller preparatorio con los jóvenes participantes y otros jóvenes de la localidad, debido a que se contó con acceso a la casa comunal gracias a la gestión de una de sus líderes. Allí desplegamos con el grupo la importancia que podría tener para estos adolescentes el contar su historia, quienes consideraban que podría tratarse de un lugar donde aquello que pensaban y sentían podía ser valorado y transmitido. El acceso a la casa comunal fue provechoso posteriormente, puesto que allí se llevaron a cabo los encuentros de escucha, lo que posibilitaba tener un espacio neutro, libre de las influencias familiares, donde no había que preocuparse por si alguien escuchaba lo que se decía. Fue allí donde se afinaron los detalles del encuadre, que permitía a los jóvenes, en el espacio de una hora, brindar su relato en función de nuestras preguntas guía.

En contraste, en Acuarela II, en ausencia de un espacio comunal en donde llevar a cabo un taller con los jóvenes, se trabajó en el encuadre de manera individual con cada uno de los adolescentes de manera diferenciada.

Procedimos con las sesiones de escucha directamente en el domicilio de los jóvenes, procurando siempre garantizar la mayor privacidad posible. Para esto fue necesario apalabrar la necesidad de privacidad con los padres y otros familiares, así como también definir horarios para las entrevistas en las que estuviesen la menor cantidad posible de personas en la vivienda, con la intención de obtener una mayor privacidad. Con esto, culminó el proceso con es-

tos jóvenes de “ser hablados” y se abrió la posibilidad de que ahora “ellos hablaran”, de que tomaran la palabra.

Esto fue posible gracias a la construcción de la relación transfe-rencial con los adolescentes a través de los múltiples encuentros individuales y grupales que se tuvo, así como del abordaje de las dudas e interrogantes que fueron surgiendo y se procuró despejar.

## **2. ... pero ahora ellos hablan.**

### **2.1. Mateo: “algo no esperado”**

#### *Un origen familiar múltiple*

Mateo, de 14 años, fue el primer joven que decidió compartir su historia con nosotros. Su relato estaba atravesado por la particularidad del interrogante por su origen. No solo no se trataba de un joven originario de Bahía, sino que su origen tampoco era únicamente ecuatoriano. Mateo nos explicó que él había nacido en Quito, ciudad que no disfrutaba puesto que como él decía: “no tenía con quien compartir, jugar y andaba triste, desanimado de que no conocía a nadie”. La madre de Mateo era originaria de Bahía, pero se había desplazado a Quito en búsqueda de mejores oportunidades laborales, después de un breve paso por la provincia de Esmeraldas.

Allí fue concebido Mateo, pero por mucho tiempo la identidad de su padre fue una incógnita para él; lo único que sabía era que era originario de Colombia.

En Quito, su madre conoció a una nueva pareja, con quien decidió formar un nuevo hogar. Es a este hombre, su padrastro, a quien Mateo llama “papá”, el hombre que le brindó no solamente su ape-

lido, sino también un lugar de sostén y apoyo. Sin embargo, a lo largo de su vida, la pregunta por su padre biológico es una que lo ha acompañado incesantemente; pese a que inicialmente su madre le habría dicho que su padrastro era su “verdadero padre”, cosa que a él no le convencía.

Ante las inclementes vicisitudes económicas, la familia de Mateo decidió retornar al lugar de origen de su madre: Bahía. Allí, Mateo se encontró por primera vez con sus dos medio hermanos mayores, hijos de un padre distinto al suyo, pero a quienes considera sus hermanos al fin. Ellos no habían dejado la ciudad como su madre, sino que se habían quedado allí bajo el cuidado de su abuela materna.

Al reasentarse en Bahía, la familia dio la bienvenida a dos nuevos miembros, dos medio hermanos más de Mateo, pero con quienes compartía también el apellido. Llegaron a ser cinco hermanos en total. La familia habitaba en una casa en uno de los barrios populares al interior de Bahía cuando, mientras Mateo tenía 12 años, el terremoto llegó.

### *La tristeza del terremoto*

Ante la súbita llegada del terremoto, Mateo nos cuenta que todos en su casa salieron asustados y llorando. Vieron su casa desplomarse. “Pensábamos que se había acabado el mundo, pensábamos mil cosas”, fue como describió el suceso. “Se habían caído todas las cosas; había unos recuerdos ahí, recuerdos de mi pa y de mis hermanos, sentí tristeza”, añadió. Con la destrucción de la vivienda, la familia decidió, junto con los vecinos del barrio que habían sufrido el mismo infortunio, establecer un asentamiento temporal en la calle.

“Hicimos algo así como una choza. Dormimos en un colchón que tiraron ahí, que unos vecinos nos prestaron”, contó Mateo. Permanecieron en esa situación alrededor de dos semanas hasta que fueron recibidos en el albergue que se había conformado de emergencia en el terminal terrestre. Después de algunos meses de permanecer en el albergue, ante los largos tiempos de espera para obtener una vivienda por parte del Estado, decidieron trasladarse al proyecto de vivienda social “María Enriqueta Orrantía”, creado por Hogar de Cristo.

### *El crecer en familia y los interrogantes por el origen*

A la par de los súbitos cambios suscitados en la vida de Mateo tras la irrupción del terremoto, él señala que en sí mismo había notado varios cambios más a medida que crecía. “Cuando era pequeño hacía travesuras, tenía problemas y ahorita tengo más conocimiento, sé lo que es bueno y también lo malo”, explica. A su vez, comenta el impacto positivo que considera que su nueva comunidad ha tenido sobre él. “Esta comunidad me ha hecho cambiar, aquí no se ve problemas, me llevo bien con todos”, relata. Aquello estaría en franca contraposición con lo que sucedía en su antiguo barrio, donde se habrían dado instancias de confrontaciones. “Había peleas por problemas, discusiones, se ponían a tomar, nos asustábamos de que nos vayan a caer a nosotros”, señala.

Algunos de los interrogantes que Mateo comparte giraban en torno a su pertenencia a la familia, una familia reconstituida. De su relación con su padrastro, menciona que se siente agradecido por el rol paterno que ha cumplido con él, pese a cierto distanciamiento que puede sentir. “Me ha dado el apellido y me da para el estudio,

le he dicho que gracias por todo lo que me ha dado y cómo estamos uniéndonos todos”, relata. Asimismo, con respecto a sus medio hermanos comenta que “ellos pensaban que era mentira, que yo no era un hijo de mi mami, que era un «amigo»”. Con el paso de los años, pudo establecer una relación más fraterna con ellos gracias a la convivencia que tenían, algo que se habría fortalecido con la experiencia del terremoto.

Sin embargo, una incógnita siempre presente para Mateo era la pregunta de quién era su padre y qué había pasado con él, interrogante que obtuvo una respuesta un par de meses antes de relatarnos su historia. Su madre finalmente le contó que su padre había sido asesinado en Esmeraldas cerca de la fecha del nacimiento de Mateo, pero sin revelarle mayores detalles de la forma ni de los motivos tras ese hecho. De aquello, él menciona: “sentía tristeza porque no lo he podido ver, porque perdí a mi padre, no pude dormir siquiera dos días”. Agrega también que “no hubiera querido que pasen esas cosas y tenerlo junto a mi lado, no le creía a mi mamá cuando decía que el padrastro que tengo era mi papá verdadero”.

### *El advenimiento de la vida amorosa tras el terremoto*

Mateo también menciona que tiene una novia, con quien llegó a entrar en una relación amorosa casi como un efecto del terremoto en su vida: “antes del terremoto no me fijaba en ella en el colegio, pero ha cambiado, sin el terremoto no estuviera con ella ahorita”. Para Mateo, su pareja se ha constituido no solo en una fuente de momentos compartidos entre ambos, sino de apoyo frente a “cuando me han metido en problemas, cuando me han buscado pelea, hasta ahí”. Mateo explica que, para él, ha sido motivo de orgullo

poder presentar su pareja a su madre. Esto es algo que ninguno de sus dos hermanos mayores había hecho previamente. Incluso llegó al punto en que el mayor de sus hermanos decidió salir del hogar a los 17 años para convivir junto a su entonces pareja sin ningún sustento económico previo.

Según su relato, aquel suceso causó conmoción dentro de su casa y le provocó replantearse el futuro de su propia relación de pareja, sobre todo a causa de los posibles conflictos derivados de una convivencia tan repentina que él observaba, por ejemplo, en el caso de su hermano. “Como quiera estamos cerca de nuestra madre y hacemos lo que ellos dicen, pero cuando uno se va con mujer, no tiene reglas, se pone a pelear, tiene discusiones”, fue su apreciación. Allí, se puede notar la importancia que para Mateo podría tener la aprobación de su madre, sobre todo el no querer decepcionarla con aquellas decisiones que podría tomar para su vida.

### *(Des)encuentros con los pares*

Mateo también se refiere a su satisfacción en las relaciones con sus amigos, especialmente en torno a la confianza que puede sentir con ellos debido a que “mis hermanos se ponen a estar diciendo, en cambio con mis amigos nos guardamos los secretos”. Comenta que con ellos puede “distraerse” y “desahogarse”. Sin embargo, en ocasiones, tiene ciertos inconvenientes con algunos de sus pares. Por ejemplo, relata: “hay otros que se hacen pasar por amigos y dañan la mente a uno, dicen «fuma», «te hace ver a Dios», esas cosas y yo digo que no, los que me dañan la mente no son mis amigos”. Aquí Mateo hace referencia a la problemática de consumo de drogas que aqueja a varios adolescentes en Bahía y Leónidas Plaza.

En ocasiones, ciertos desencuentros provocaban que le “busquen pelea”, relacionados también a escenas de celos entre compañeros de colegio, según él lo contaba, pero que era algo que trataba de evitar. Algo que permitía a Mateo encontrar otros espacios de socialización era un grupo juvenil de la Iglesia de Bahía, donde varios adolescentes de diversas edades y orígenes se reunían a realizar actividades entre sí, así como a colaborar en proyectos de obra social de la Iglesia.

Uno de los sucesos que Mateo relató que lo entristeció y afectó posterior al terremoto fue el suicidio de uno de sus amigos. “Un amigo se nos fue, se ahorcó”, explica. Menciona que el caso tiene ciertos paralelismos con la situación de su hermano mayor, lo que le preocupa. “Mi amigo se metió a mujer también, tenía peleas con ella, discutía y también tenía problemas con su mamá”, nos cuenta. Este relato también da cuenta de las problemáticas que atraviesan varias parejas adolescentes en Bahía que deciden vivir juntos para evitar ciertos problemas de sus hogares de origen, pero que pueden encontrar nuevos problemas a raíz de esta convivencia y sus precariedades.

### *Los efectos de tomar la palabra*

Sobre aquellas maneras de desahogo que Mateo posee en su vida frente a aquello que pueda sentir o querer expresar, relata que posee algunas, aunque con ciertas limitaciones. Explica que a veces siente que le ayuda “poder pegarle a cualquier cosa para desahogarme”, en situaciones donde puede sentirse angustiado, como en alguna pelea con su novia, hermanos o padres. Sin embargo, remarca que, cuando quiere hablar con alguien, no se acerca tanto a sus

hermanos, sino más a sus amigos e, incluso, a su madre: “le cuento tristezas que tengo guardado, cosas así, como problemas, pero solo un poco porque no siempre me cree”.

Como alternativa, Mateo menciona que, cuando se siente triste, “me pongo a hacer cartas o dibujos, pero cuando ando bravo me paso yo nomás aguantando el coraje”. De su contenido, explica: “dibujo paisajes, casas, cualquier cosa y escribo mensajes como poemas”. En tal virtud, se mostró muy comprometido con el espacio para relatar su vida, así sintió que “voy diciendo las cosas y puedo desahogarmelas, estas cosas casi no se las digo a nadie”. Agrega que siente que con quien en algún momento quisiera hablar de muchas de las cosas compartidas con nosotros es con su padrastro. Mateo resume aquello que sintió relatando su historia como “algo no esperado” y finaliza su relato hablando del porvenir y cómo se ve a sí mismo viajando a Colombia para conocer a la familia de su padre biológico.

## **2.2. Iván: “cada uno escribe la historia como la quiere hacer”**

### *El origen familiar y las ausencias*

Otro de los jóvenes de Orrantía que nos relató su historia fue Iván, de 16 años, uno de los hermanos de Mateo. A diferencia de este último, Iván había transcurrido toda su vida en Bahía, a pesar de la separación de sus padres y de la decisión de su madre de ir a trabajar a la ciudad de Quito. Esto implicó que, hasta que tuvo alrededor de siete años, se quedara con su hermano mayor viviendo junto a su abuela, con quien creó un lazo muy cercano y a quien aún continúa acompañando con frecuencia.

Cuando su madre retornó debido a las dificultades para hallar empleo, lo hizo en compañía de otro hermano que Iván no conocía – Mateo– y con una nueva pareja, a quien, en un primer momento en su familia, le pidieron referirse como “tío”, pero que eventualmente su madre le explicó que sería su padrastro. Así, un nuevo núcleo familiar se había conformado y luego se expandió para incluir a dos hermanos más, cinco en total. Iván cuenta que la convivencia con sus hermanos le brindó alegría en su momento, puesto que sentía que tenía con quien compartir y jugar en una época donde se le hacía difícil hacer amigos. Asimismo, sintió que su padrastro le ayudó a llenar un vacío que la partida de su padre habría dejado. Recuerda que, a la edad de 14 años y mientras estaba en compañía de su familia en su casa en el barrio María Auxiliadora, fue cuando el terremoto se desencadenó.

### *El terremoto y sus impactos*

Iván explica que momentos antes del inicio del sismo estaba jugando con sus hermanos y que todos salieron rápidamente de la casa al sentir que esta se movía. “Toditos gritaron y salimos, pregunté por mi mamá, por mis hermanos y mi abuela, pero fue bueno que todos estaban bien y nos abrazamos”, recuerda. Ante la confusión, se mantuvo abrazado de su abuela hasta que el movimiento cesara y fue recién allí que notó que su casa se había derrumbado. “Para mí fue algo feo, me preocupaba que alguno de nosotros estuviera adentro, pero antes no pasó eso, todos estábamos bien”, explica Iván.

Para poder pasar los primeros días antes de la llegada de los servicios de emergencia, Iván cuenta que “tuvimos que armar unas carpas afuera de la casa, mi padrastro se iba a ayudar en eso, inclu-

so a repartir raciones con los militares y así logró inscribirnos en el albergue”. A pesar de haber perdido su vivienda, comenta que el trasladarse al albergue le ayudó a hacer amigos, algo que antes se le dificultaba. Sin embargo, con el pasar de los meses se dieron situaciones conflictivas: “Se desaparecían las cosas, teníamos que estar cuidando las carpas y yo me sentía más seguro es en mi casa”.

Ante aquellos sucesos, explica que su padrastro buscó incesantemente que les asignaran una vivienda por parte del Estado. En este punto, Iván expande lo relatado por su hermano, al recordar que su familia tuvo un breve paso por Acquarela II, un proyecto de vivienda social generado por el MIDUVI, donde familias que habían perdido su hogar a causa del terremoto eran reubicadas. Sin embargo, no fue un lugar donde se sintieron tan cómodos por el reducido espacio. Sobre su propia experiencia, menciona que “para mi parecer fue feo porque llegaba más gente que no conocíamos y podía haber secuestradores o violadores, pero antes no, sino que conocimos gente buena que nos ayudaba y nosotros a ellos”. No obstante, ante el problema del espacio reducido para una familia de siete personas, los padres de Iván abogaron por conseguir un espacio en el naciente proyecto de vivienda social María Enriqueta Orrantía, creado por Hogar de Cristo.

### *Transitar la adolescencia y el armar lazos*

Como uno de los cambios que apreció que se habían suscitado en él, Iván menciona que antes del terremoto se sentía diferente, especialmente ante su dificultad de hacer amigos duraderos. “Antes no me llevaba bien con mucha gente, me decían que yo no iba a hacer amigos, pero he cambiado con el pasar del tiempo, me fui adaptan-

do, teniendo más amigos, llevándome bien”, explicó. Gracias a esto, señala que siente que ha establecido vínculos más fuertes y duraderos con sus amigos en la ciudad, sobre todo en el colegio, pero también con su familia.

Sin embargo, relata que ha sentido que, a medida que ha crecido, ha tenido nuevas exigencias colocadas sobre él, especialmente por su madre y su padrastro. “Ellos creen que ya somos grandes y que podemos realizar las cosas nosotros solos, que ya debemos buscar trabajo para salir adelante como otros que quieren trabajar y por eso ya no estudian, pero yo quiero seguir estudiando”, ahondó. Pese a percibir que quizá se ha reducido el nivel de atención sobre él, siente que sus experiencias recientes lo han hecho experimentar aspectos de “personas mayores”.

No obstante, Iván señala que al interior de Orrantía ha identificado una dificultad para socializar con jóvenes de su edad, debido a que no salen a ocupar los espacios públicos de la comunidad o prefieren dirigirse a otras locaciones alrededor de Bahía y Leónidas Plaza. “A veces no hay gente con quien hablar, con quien jugar, no hemos tenido tiempo para hacer algo así como un grupo para invitarles a jugar porque no sabemos si aceptarán o no, o si tendrán tiempo”, relata.

Esto es algo que pudimos comprobar al interior de Orrantía: los espacios públicos como los juegos infantiles, una pequeña cancha de fútbol, la casa comunal o, incluso, las mismas calles eran ocupadas escasamente por los adolescentes y adultos. Quienes hacían un uso asiduo de aquellos espacios eran los niños, mientras que los adolescentes preferían permanecer al interior de sus viviendas o dirigirse

a otros espacios comunes por fuera del proyecto de vivienda social. Iván también considera que no había demasiados adolescentes en Orrantía, lo que contribuía a que aparecieran escasamente en el espacio público, especialmente porque no se conocían demasiado. “Hay pocos, ayudaría conocerse más con los vecinos para apoyarse en todo, para jugar, para conversar”, añadió.

### *Padre(s) y familia*

Con respecto a su familia, Iván relata haber experimentado una variedad de sentimientos. “Mi vida con mi familia ha sido alegre y a veces tristeza”, explicó. Sobre aquellos momentos felices, hace referencia a “las reuniones con mi familia son de mis momentos más felices porque estamos unidos desde los más lejanos a los más cercanos y he podido ver que me han tratado bien”. Y se refirió a los momentos tristes como “algo inesperado que ha llegado a la casa, que tenga preocupada a la familia”. Dentro de esos aspectos, Iván ubicaba la relación distanciada con su padre y la partida de su hermano mayor de la casa.

Sobre su padre, señala que desconoce la razón exacta de la separación con su madre que llevó a que él se mudara a Quito y formara otra familia allá. Acerca del contacto que tiene con su padre dice: “a veces nos escribimos por Facebook o WhatsApp, a veces me llama, pero eso a veces cuando... cuando a veces le importa”; a lo que añadió: “siento... siento como un vacío, un vacío porque nunca nos apoyó”. Explica que, desde la separación con su madre, su padre se ha mantenido marcadamente ausente durante su vida, algo que él ha sentido que lo ha afectado de sobremanera. Teoriza que una de las razones por las que cree que su padre no ha tenido un contacto

sostenido con él ni con su hermano es debido a la nueva familia que ha formado. “Creo que la otra mujer no le deja, ya no le importamos”, puntualiza.

Ante la ausencia de su padre en su vida, Iván ubica que ha sido de gran importancia la presencia de su padrastro, pues “ha estado para todo lo que necesito”. Inicialmente, pensaba que la relación distanciada con su padre sería algo que no podría superar y llegó a creer que “se habrá olvidado de mí”. Sin embargo, la presencia de su padrastro le ha permitido sentirse apoyado. “Me apoyó en lo que pensé que nunca me iba a apoyar, cuando necesitaba algo, cuando caía enfermo”, señala. “A veces, cuando mi padrastro se iba a trabajar lejos, él llamaba, preguntaba cómo estaban todos, por mí, pero mi pa no”, explicó sobre el alcance de la relación con su padrastro.

Iván demuestra tener una cercanía más acentuada que su hermano mayor con su padrastro, con gran confianza y sintiéndose muy agradecido con él. Asegura no albergar resentimiento contra su padre por ser quien le “dio la vida”, aunque desearía que al menos le brindase mayor apoyo económico para sus estudios.

### *Hermano mayor, las parejas y el futuro*

Sobre el hecho de que su hermano mayor haya salido de la casa para vivir con su pareja, pese a no contar con un sustento económico estable, Iván nos relata su preocupación y sorpresa. “Ya hubiera ido a tercero de bachillerato y se graduaba, ahí veía que quería seguir en la universidad o trabajar, pero no sé por qué habrá hecho eso si la conoció poco tiempo”, señala sobre el futuro que pensó que pudo tener su hermano. Menciona que él cree que con una pareja debería

esperar más hasta conocerse mejor antes de tomar una decisión de ese estilo.

Explica que su hermano hace trabajos ocasionales para su abuelo, pero, cuando no es posible, acude donde su suegra, con su madre o incluso con su abuela para que le brinden alimentos. “Pasa a veces días sin comer, es como que me da una pulsación dentro de pena y de decepción, ¿por qué habrá hecho eso si él estaba bien?”, agrega.

Señala también que la pareja de su hermano puede ser muy demandante y absorbente: “él hace lo imposible por verla feliz, pero ella como que no presta atención; he visto que, cuando mi ma lo llama, ella se pone brava, hasta lo sale insultando”. Iván explica que siente que su hermano los ha reemplazado a él y a su familia por la pareja, con quien convive a causa de su enamoramiento, lo que le causa algo de resentimiento, así como de añoranza por compartir momentos con su hermano. “Quisiera darle un consejo, que él todavía puede seguir estudiando, que piense bien las cosas, que no se olvide de su familia”, menciona.

Estas reflexiones sobre la relación de su hermano también permitieron a Iván interrogarse por su propia relación de pareja. Sobre las parejas expresa que “a veces son necesarias porque necesitamos una compañera para observarte, para que te acompañe, te enseñe porque no todos tus amigos te pueden dar buenos consejos”.

También señala que muchas veces sentía que las relaciones de pareja eran como un “juego”, pero que eso cambió cuando conoció a su novia actual. “Ella me ha aguantado cosas que yo he hecho, me ha comprendido cómo me siento, me ha apoyado en lo que nunca yo pensé”, relata. Agrega que, frente a la decepción que sintió al

ver que su hermano dejó la casa, sintió que el apoyo de su novia le permitió sobrellevarlo.

Al ahondar sobre lo que le suscitaba la situación de su hermano y cómo se sentía con su propia pareja, Iván revela que ha pensado en algo que teme que su madre llegue a saber alguna vez. “Mi novia dice que ella quiere ser más que mi novia, que ella quiere ser... así mismo como lo de mi hermano”, elaboró. Reconoce que es una idea que le agradaría, pero que solo lo haría si ambos pudiesen seguir estudiando, pero teme que su familia reaccione de una manera negativa.

Sin embargo, manifiesta que llegó a un acuerdo con su pareja: “seguiremos estudiando y seguiremos siendo novios, nos visitaremos y nos llamaremos cuando nos necesitemos”. Con esto, cree que podrán tener un contacto estrecho sin tener que salir de sus hogares aún. “Si lo hago, llegaré a estar como mi hermano, separarme de mi familia, tener responsabilidades, no poder salir con mis amigos, pero al hablar de esto me calmé, como que ya no sentía un peso más”, explicó de cómo se sintió al hablar de aquello que lo aquejaba del futuro de la relación con su novia.

Para Iván, los estudios son un eje necesario para asegurar su futuro. Explica que seguir estudiando es lo que permitirá que llegue “algo nuevo” no solo para él, sino también para sus hermanos. “A veces me estreso, pero me gustaría seguir estudiando, terminar el bachillerato y, como mi pa de Quito dice que nos va a apoyar, seguir en la universidad”, menciona. Expresa que se ve a sí mismo estudiando alguna ingeniería, “haciendo planos por la profesión que escogí”.

Iván imagina su futuro con la culminación de sus estudios, la formación de una familia y la obtención de un empleo. “Quiero que la gente me vea bien, que soy una persona trabajadora y que no ando en malos pasos”, enfatizó.

### *Desahogos y el efecto de hablar*

A medida que culminaba su relato, Iván explica que poder contar su historia le ha traído un efecto de desahogo que en otros momentos de su vida no se le hizo posible tramitar por vía de la palabra. Resalta que, para él, “cada uno escribe la historia como la quiere hacer”. Cuando experimentaba sentimientos que no sentía que podía compartir con nadie, su método de desahogo consistía en “cuando todos están durmiendo, me siento en el mueble, cojo un peluche que tengo ahí, lo abrazo y me pongo a desahogarme solo, llorando”. Manifiesta que esto sucede debido a que no siempre puede confiar en alguien más para ser escuchado.

Sobre las personas que no tienen con quien hablar, Iván dice que “se quieren desaparecer, hubieran deseado no nacer, quisieran alejarse, eso”. Sin embargo, menciona que en ocasiones puede hablar con sus amigos y su novia de ciertos aspectos, así como con su familia, aunque con mucha menor frecuencia. Finalmente, Iván cierra su relato diciendo que, al haber exteriorizado sus dudas con respecto a qué hacer en el futuro con su novia, llegó a un gran nivel de alivio. “Ya le conté mi única preocupación y el único peso que llevaba, ahora me siento aliviado”, precisó. Con ello, señala que el relatar su historia le ha permitido sentirse mejor: “me siento bien porque necesitaba a alguien para contarle lo que ha pasado en mi vida hasta ahorita, me siento tranquilo y más relajado”.

### **2.3. Robert: “nunca he hablado así”**

#### *Entre la escucha y el decir*

El siguiente adolescente que nos relató su historia fue Robert, de 16 años, vecino de Mateo e Iván, y amigo muy cercano de este último. Robert vive con sus padres y tres hermanos en la casa contigua a la de Iván y Mateo. Su hermana mayor por dos años había salido recientemente de la casa porque se había hecho de un compromiso y ahora convivía con su pareja, lo que traza un paralelismo con la situación del hermano de Iván. En conversación con su madre, ella nos revela que su hijo posee una discapacidad auditiva de nacimiento que le impide escuchar con su oído derecho. Sin embargo, menciona que aquello no le ha impedido a Robert el llevar una vida normal, aunque señala que no le gusta mucho hablar de su discapacidad y, en efecto, en su relato no hace referencia a aquello.

Inicialmente, Robert accedió a relatarnos su historia, pero, a medida que fue avanzando en su relato, decidió darlo por finalizado tras haber realizado dos sesiones de escucha, afirmando que sentía que había dicho todo lo que quería compartir. Si bien no ahondó demasiado en las razones de esta decisión, pareció no sentirse tan cómodo con compartir ciertos aspectos de su historia y más deseoso de utilizar el tiempo libre que tenía para enviar mensajes a su novia, aquella persona con quien parecía tener más confianza para hablar de todas las personas de su entorno.

#### *El terremoto y el pánico*

Robert relata que jugaba fútbol con su padre y hermanos mientras

su madre cocinaba cuando el terremoto llegó. Explica que los postes de luz empezaron a moverse y, posteriormente, notaron que todo a su alrededor se movía incontrolablemente.

La primera reacción que tuvieron en su familia fue juntarse todos en la cancha y abrazarse hasta que terminase el movimiento telúrico. “Mi mamá era que lloraba en la casa, que la fueran a sacar y fue mi papá que la fue a sacar”, ahonda. Robert explica que se sentía “paniqueado” por la experiencia que acababa de tener y preocupado por el bienestar de sus familiares que vivían en la ciudad, como sus tías y primas, pero especialmente por su hermana mayor que en ese momento se encontraba en Manta, especialmente tras observar que su casa, aunque arrendada, “se había caído, con las paredes hacia afuera de la casa”.

Tras unas pocas horas de zozobra en que la comunicación telefónica estuvo colapsada, lograron comunicarse con la hermana de Robert y se tranquilizaron al saber que estaba a salvo. Tras esto, su familia decidió quedarse temporalmente en la casa de una de sus primas que había sufrido solo daños menores y aún continuaba habitable. Permanecieron algunos meses compartiendo casa con su prima hasta que supieron que había la posibilidad de mudarse al nuevo proyecto de vivienda social María Enriqueta Orrantía, creado por Hogar de Cristo. Su aplicación de adquirir una de las viviendas fue aceptada, porque eran miembros de la comunidad que habían perdido su hogar a causa del terremoto.

### *La cotidianeidad trastocada*

Robert relata que, en un inicio, fue difícil adaptarse a los cambios

suscitados por la mudanza. Al llegar a Orrantía, sentía que estaba muy lejos del colegio y de sus amigos del barrio. Sin embargo, parecía ser complicado para él expresar la extensión de los sentimientos que atravesó y quizá continuaba atravesando con aquellos cambios.

“No sé, yo no sentía nada, no pensaba en nada”, dijo al respecto. Agrega que no conoce a muchas personas de su comunidad más allá de sus vecinos de frente, aunque tampoco se muestra muy deseoso de relacionarse con quienes viven en otras casas. “Los de aquí son unidos, donde vivo yo, son buenos y prestan las cosas, los de más acá no”, explica.

Robert también señala que, pese al cambio de vivienda, las reglas en su casa permanecieron casi iguales, su madre es quien principalmente las dictaminaba. No obstante, menciona que en ocasiones encuentra dificultades en cumplir las tareas que sus padres le asignan. “A veces no me gusta hacer las cosas aquí porque me siento aburrido, me siento sin ánimos a veces, pero cuando no hago me dicen que soy vago para hacer las cosas”, explica.

### *La protección de la familia*

A pesar de cómo se pueda sentir con respecto a las tareas en su hogar, Robert señala que su familia lo cuida y lo protege. “Quieren que yo no me sienta mal y no sea golpeado o agredido por otras personas, como cuando me defendieron cuando me peleé con un pelado de 18 años”, agrega. No ahonda en las razones de dicha pelea, pero parece sentirse respaldado por su familia. No obstante, explica que es complicado hablar con sus padres de aquello que pueda estar sintiendo o pensando debido a que le “daría vergüenza”. Menciona

que tampoco suele hablar con sus hermanos menores, pero sí comparte con ellos actividades como jugar y bailar. “Les ayudo con los deberes, a arreglar su cuarto, también a salir con ellos a lugares como la playa”, relata.

Al momento de hablar acerca de su hermana mayor, Robert explica que su partida del hogar modificó las actividades que a él le correspondían hacer, por lo que se hizo cargo de tareas de limpieza que antes hacía su hermana. Pese a esto, indica que siente tristeza por el hecho de que su hermana se haya ido. “Se fue con marido, no se casó, nomás se unió, pero me quedé triste nomás”, explica, señalando un suceso recurrente en los jóvenes en Bahía y Leónidas Plaza.

“Todos me preguntaban en el colegio por qué estaba triste y yo decía que era por mi hermana, pero ellos me decían que así es la vida, que un hermano se va”, relata acerca de cómo fue tomado aquel suceso por su círculo social. No obstante, cuenta que ocasionalmente visita a su hermana en la casa donde convive con su pareja. Explica que tanto ella como su conviviente continúan estudiando el último año del colegio, mientras su suegra los mantiene económicamente hasta que se gradúen y obtengan un empleo.

### *Amistades: los prejuicios de los otros*

Robert señala que no es tan sencillo para él formar amistades, algo que parecería estar ligado con algún temor de su parte a ser aislado o rechazado. Sobre aquello, explica que dichas dificultades se dan “porque aún no me conocen como soy”, lo que puede hacerlo sentir juzgado. Si bien no lo menciona, uno de los posibles orígenes de estos sentimientos puede deberse a la experiencia de su discapaci-

dad auditiva. Pese a aquello, manifiesta que tiende a llevarse bien con las personas que conviven en su entorno, como en el colegio, aunque de una manera algo más reducida en su comunidad de residencia. Menciona que siente que allí su “único amigo” es Iván, su vecino. Si bien tiene una relación cordial con el resto de la familia de Iván, es con él con quien siente mayor cercanía debido a que comparten varios intereses, que pueden jugar juntos y que es alguien con quien puede hablar con mayor soltura.

### *La pareja como el lugar de comodidad y seguridad*

Robert explica que, en general, se siente indiferente a que sus congéneres tengan pareja. Sin embargo, antes de conocer a su novia actual, al ver a otros adolescentes con sus parejas, se sentía mal porque pensaba que “no tenía a nadie”. “No es lo mismo estar con pareja y estar solo porque el que tiene pareja se siente feliz, el que está solo se siente triste”, ahonda. En ese sentido, parece considerar el encontrarse en una relación de pareja como un aliciente que reduce su propia tristeza.

Relata que, si bien ha tenido algunas novias, con su pareja actual es con quien más ha durado, al haber estado más de tres meses juntos después de conocerse a través de redes sociales. Explica que junto a ella se siente alegre, pero que cree que estarán juntos hasta que ella lo decida, lo que demuestra cierta inseguridad sobre su rol en la prospectiva duración de su relación. Sin embargo, explica que su novia le ha enseñado cómo cuidar y mantener su relación, explicando que es algo que depende de sus propios sentimientos también.

“No se tiene que estar jugando con los sentimientos ni insultarla porque eso le duele a ella también”, señala. Este aspecto parece también estar relacionado con cómo Robert parece sentirse más cómodo y seguro cuando alguien de importancia para él le indica qué debería hacer en lugar de él tener que decidir autónomamente, como parece suceder con sus padres también.

### *Lo incómodo de decir*

Dentro de las dificultades que tuvo Robert en compartirnos algunos aspectos de su historia, parecían existir ciertos puntos álgidos de los que definitivamente se mostró reticente a hablar. No obstante, hubo ciertos aspectos que se atrevió a relatar con cierta dificultad. Uno de ellos fue su experiencia con el bullying. Sobre aquello, mencionó que en el pasado sus compañeros hacían unos “juegos” que no le gustaban.

No profundizó acerca de la extensión ni los detalles específicos de dichos juegos, pero sí supo decir que: “si ellos me hacían eso, quería que yo no reaccione tampoco, eso no me gustaba, esos juegos de bullying”. Parecía ser que aquello incluía apodosos que le desagradaban, así como burlas sobre las chicas con las que se relacionaba.

Si bien no lo mencionó, parecía también estar ligado con su discapacidad auditiva, aspecto del cuál no se sentía cómodo profundizando. Sobre dicho aspecto, algo que Robert sí llegó a decir es que se sentía incómodo cuando de niño le decían que era “bonito”, pero que con “el desarrollo de uno mismo” se dio cuenta de que era “feo” y que “nunca se ha gustado”. Al preguntarle más sobre las razones que le llevaban a sentirse así, optó por mantenerse en silencio, pero parecía ser que se trataban de puntos álgidos de su historia.

Como otro antecedente de sucesos de violencia, Robert compartió que, cuando tenía alrededor de nueve años, los vecinos de su antiguo barrio solían tornarse agresivos después de beber alcohol, profiriendo insultos contra su familia. Explica que aquello lo enfuriaba y sentía que debía defender a su familia a pesar de su corta edad.

Estos enfrentamientos en ocasiones derivaban en peleas en las que también intervenía, al ver que sus tíos y su padre se involucraban. Relata que su madre era quien trataba de frenar dichas confrontaciones e, incluso, llamaba a la policía para detenerlos. Desde que se mudó, no se han dado sucesos de la misma índole en su nuevo barrio, pero que él ocasionalmente se ha involucrado en ciertos enfrentamientos con algunos de sus pares cuando él o alguien de su familia ha sido agraviado.

Robert menciona que eso provocó que, en una ocasión, lo suspendieran del colegio al responder a un golpe que un compañero le había dado. Esto da a entender que él se irrita con cierta facilidad cuando siente que han cometido alguna ofensa contra sí o contra personas importantes para él. No obstante, expresa que ha intentado no repetir dichos enfrentamientos y optar por tratar de hablar con sus compañeros o los padres de estos.

Al tratar de explicar por qué considera que este tipo de sucesos son de ocurrencia frecuente en Bahía y Leónidas Plaza, señala que piensa que es debido a que mucha de la gente es incapaz de solucionar los conflictos por vía de la palabra, por lo que recurren a la agresión para imponerse o para descargar su ira. Cree que incluso eso hace que la gente maltrate a los animales domésticos.

*Las redes sociales y las conexiones que permiten*

Robert también resalta la importancia que, para él, han tenido las redes sociales en su vida al momento de consolidar vínculos. No solo conoció a su novia a través de las redes, sino que le permiten sentirse conectado “con amigos, amigas, mi novia, mi tía y mis primos”. Explica que siente que sin las redes no tendría tantos amigos como los que ahora tiene.

No le es tan sencillo establecer vínculos en la realidad fáctica, algo que el mundo digital le permite solucionar. Esta dificultad sobreviene debido a su timidez o a su nerviosismo con las situaciones sociales. Siente que el no conocer previamente a una persona le dificulta hablar con ella porque no sabría qué decir, “porque nunca he hablado así”. Finalmente, señala que las redes sociales también constituyen para él una ventana para sus intereses porque puede acceder más fácilmente, por ejemplo, a ver fútbol y a escuchar música, y además compartir esos intereses con sus amigos.

*Perspectivas futuras*

Para cerrar su relato, Robert menciona que una de las actividades que más disfruta es jugar fútbol y que, incluso, es contratado por sus profesores para jugar en equipos amateur como arquero, lo que lo ha llevado a jugar en otras ciudades como San Vicente y Portoviejo. Esta es una de las cosas que parece entusiasmarlo y que lo hace mostrarse más deseoso de hablar. Comenta que se ve a sí mismo en el futuro mudándose a Quito, para jugar fútbol de manera profesional en el club de fútbol Independiente del Valle.

Asimismo, en ese futuro desearía tener una familia. Para ello, señala

que tendrá que continuar “esforzándome, estudiando, entrenando”. Pese a que reconoce que se le hizo complejo hablar de sí mismo y de su historia, cierra su relato señalando que “nunca he hablado así”, sorprendiéndose por ello, pero ubicando cierta gratificación en haber podido hacerlo.

#### **2.4. Erik: “eso es dañarme mi vida, nomás”**

##### *El tránsito de Quito a Bahía*

El primero de los adolescentes de Acuarela II que compartió su historia con nosotros fue Erik, un joven de quince años que habitaba junto a su madre y su hermana menor la etapa 3 del proyecto de vivienda social administrada por el MIDUVI. La particularidad del caso de Erik es que fue el único adolescente que nos relató su historia de haber atravesado el terremoto fuera de Manabí y, a causa de este hecho, haberse mudado a Bahía. Los padres de Erik eran originarios del cantón Sucre, pero se habían trasladado a la ciudad de Quito en búsqueda de trabajo cuando su hijo tenía cinco años.

Allí se establecieron en el norte de la ciudad durante ocho años, pero Erik relata que enfrentaron dificultades económicas constantemente. Esto ocurrió debido a que era difícil para su familia mantener ingresos estables, ya que dependían del trabajo de su padre como vendedor de electrodomésticos usados, cuyo rédito económico era fluctuante en función de las ventas que lograba conseguir. Esto provocaba que, en algunas ocasiones, no hubiese suficiente comida en su casa. “Fue difícil porque a veces solo tenía que tomar una taza de té nomás y me dormía con hambre porque no teníamos plata”, profundiza.

Erik señala que, mientras vivió en Quito, no fue muy sencillo socializar con personas de su edad y prefería quedarse en casa. Solamente en el colegio se permitía hacer actividades sociales y jugar con sus compañeros.

Explica que esta incomodidad en socializar se suscitaba al encontrarse con compañeros que presumían de tener más dinero que los otros. “Ellos eran así, le tiraban al que tenía plata, le tiraban a la gran pendejada”, ahonda. Por ello, con quienes sí se relacionaba era con aquellos que él consideraba “humildes”. Sin embargo, prefería quedarse en casa en compañía de su familia para evitar encontrarse con aquellas personas que no le agradaban.

### *Experimentar el terremoto desde la distancia*

Mientras todavía vivía Quito, Erik supo de la llegada del terremoto. Recuerda que en Quito sintió el movimiento telúrico de forma leve, mientras sus padres se encontraban fuera trabajando y él estaba solo con su hermana en la casa. Se asustó un poco porque era de noche, salió a la calle y se encontró con las personas del vecindario que notaron que se trataba de un temblor de una magnitud y duración mayor a otros del pasado, pese a que no causó daños sustanciales en Quito. Dos horas después llegaron sus padres, asustados y preocupados por sus familiares que permanecían en Bahía y a quienes tuvieron dificultades en contactar de inmediato, debido a los cortes de la energía eléctrica y de la red telefónica que sucedieron posterior al terremoto. Sin embargo, con el transcurso de las horas, el día siguiente pudieron contactar a sus familiares y determinar que se encontraban bien y que no habían sufrido daños materiales.

Erik señala que, a medida que pasaban las semanas posteriores al terremoto, su familia pudo ver cómo ofrecían a aquellas personas que habían perdido sus viviendas en Manabí la posibilidad de acceder a proyectos de vivienda social a bajos costos otorgados por el Estado.

Al observar aquello y frente a las dificultades económicas que atravesaban en Quito, sus padres decidieron que podrían aprovechar aquella situación para obtener una vivienda propia en Bahía. Así, decidieron que la familia retornara a Bahía para hacer un intento de conseguir una de esas viviendas, mientras que el padre de Erik permanecía en Quito para continuar trabajando. De este modo, volvieron a la casa de su abuela mientras averiguaban cómo proceder con la obtención de una de las nuevas casas. Nunca supo claramente cómo lo hizo su familia, pero se inscribieron en uno de los albergues en Bahía como si fuesen damnificados por el terremoto.

Erik relata que en el albergue casi no salía porque no le gustaba encontrarse con las personas que allí estaban reunidas. Prefería quedarse en la carpa que tenía asignada su familia y que solo salía para recibir las raciones de alimentos que tenían asignados. Permanecieron en el albergue hasta el final del año, cuando a finales de diciembre les brindaron una casa en Acuarela II. Al recibir aquella noticia, relata que inicialmente se sintió alegre al ya no tener la preocupación de tener que arrendar y no tener suficiente dinero para poder alimentarse, como había sucedido en Quito. Sin embargo, luego llegó a tener sentimientos encontrados por su nuevo vecindario, donde se volvió a encontrar con muchas personas que habitaban el albergue. “Fue un bien y también a veces un mal porque a veces pelean, hay relajos”, explica.

*En una nueva comunidad*

Pese a su preocupación por encontrarse con personas conflictivas, al llegar a Acuarela II, Erik se sintió mejor porque su familia ya no tenía que preocuparse por pagar un arriendo. Señala también que cree que las múltiples experiencias que ha tenido en su vida, pero sobre todo el tener que mudarse desde Quito a Bahía, lo han hecho cambiar en su “forma de ser y ya para portarme como un hombre ahora”.

Él explica que esto significa ser más maduro, dejar de ser un niño (“portarse muy llorón”), para ocupar un rol que sentía que ahora estaba vacante y que necesitaba su familia al quedarse su padre en Quito: “ponerme como el hombre de la casa, ayudando porque soy el hombre y solo hay dos mujeres”. Para él, esto implicaba una diferencia a lo que previamente hacía porque “un hombre puede defender a su familia”. Si bien concede que una mujer también lo puede hacer, manifiesta que, a su juicio, existe una diferencia, puesto que “un hombre lo hace con valor, mientras una mujer lo hace con miedo como a que la golpeen y un hombre no, porque lo aguanta”.

Erik comenta que esto último lo ha podido comprobar en su vecindario porque cree que “la gente aquí es muy peleona”. Señala que esto es fruto de desacuerdos entre vecinos por temas muy diversos que incluyen la convivencia, el uso de los espacios públicos, la contribución para la limpieza, entre otros. “Es feo verles a las demás personas así porque dañan la imagen de esta ciudadela y los de fuera piensan que esto es muy feo, que aquí hay mucho problema”, profundiza. Agrega que cree que los vecinos “son sapos” porque se mantienen pendientes de lo que los demás hacen. “Les gusta hablar

de todo y si a ellos no les paran bola, ellos hablan igualmente; si ven algo ahí, todo lo ven mal y se ponen a hablar”, explica. Esto es algo que le molesta porque siente que “cada quien tiene que vivir su vida y no tienen por qué meterse en nada”. También señala que, frente a estas problemáticas, mucha gente manifiesta su deseo de irse, alegando que existen demasiados inconvenientes entre moradores.

Al realizar una comparación con su experiencia en Quito, Erik manifiesta que hay diferencias sustanciales en la convivencia vecinal. Explica que allá todos “eran muy respetuosos” y que no pasaban sucesos de confrontación entre los vecinos. Cree que en Quito la gente parecía estar más dispuesta a escuchar y a solucionar cualquier inconveniente hablando. Esto en contraposición con su experiencia en Acuarela II, donde muchas veces frente a los conflictos la respuesta suele provenir “de la agresividad”.

Sin embargo, pese a esas ventajas en la convivencia que poseía en Quito, se siente más tranquilo en Bahía, debido a que allí el dinero que su familia genera es suficiente para cubrir sus necesidades básicas y ya no pasar hambre. La madre de Erik había abierto una tienda y papelería en la entrada de su casa, donde obtenían algunos ingresos adicionales, pero continuaban dependiendo del dinero que su padre enviaba desde Quito. “Acá no me falta nada de comida, me falta la plata nomás, pero me puse hasta gordo, en Quito estaba flaco”, profundiza.

Ahondando sobre su óptica de los inconvenientes de la convivencia en la comunidad, Erik explica que, a su juicio, en Acuarela II, no hay reglas y que es debido a una falla por parte de las autoridades del proyecto de vivienda social en ejecutarlas y socializarlas. Siente

que, en ocasiones, está reservado un trato preferencial para ciertas zonas de la ciudadela, haciéndose eco del cisma entre las etapas 1 y 2 con las 3 y 4. Pese a ello, rescata el hecho de que hay una situación particular en la que no se producen conflictos entre los moradores, la del uso de los espacios públicos como las canchas, los juegos infantiles e, incluso, el redondel que fue reconvertido en un punto de encuentro y de lazo social.

Agrega que “todos esperan su tiempo” para usar los espacios y es, más bien, en la definición de límites de los espacios privados donde las diferencias surgen, debido a la cercanía entre casa y casa. No obstante, opina que, a menos que existiese una instancia que se encargase de la aplicación de normas de convivencia y de sanción de su incumplimiento, no cree que sus vecinos siguiesen directrices meramente enunciadas por las figuras de autoridad. “Estas personas así son, no hay cómo hacerles entender, son como animalitos, les han puesto reglas y es lo mismo, no entienden”, acota. Cree que el origen de esa incapacidad de entender él lo explicaría debido a la crianza que han recibido. “No les ha gustado la vida de otros”, ironiza.

Sin embargo, a pesar de estas vicisitudes, en un balance general, se siente bien habitando en la ciudadela. “Me siento bien porque me puedo llevar con un poco de personas, no son todas sino dos que tres por ahí, pero creo que con todas me llevo”, precisa. Agrega que tener amigos en la comunidad es algo que hace que valga la pena vivir allí, pero que también se puede aprovechar que “tiene sus canchas, sus parques, por eso”. Inicialmente, no fue sencillo establecer amistades debido a su timidez. “No me gusta relacionarme con cualquier gente, solo cuando me hablan yo les hablo”, relata.

Pese a ello, logró sobreponerse a ella porque las personas con las que se lleva son los jóvenes, adolescentes de entre trece a diecisiete años, porque “son un tipo de personas muy divertidas”. Señala que se llevan sin inconveniente entre hombres y mujeres, y la actividad que más les gusta compartir es la de jugar fútbol.

Además, agrega que prefiere la compañía de los jóvenes porque “tienen el mismo mentalismo que el mío”. Con ello, marca una distancia con algunos de los adultos que ha visto debido a que “esos adultos tienen el mentalismo de andar haciendo pendejadas como robar o fumar y te pueden hasta invitar a esas cosas”. No obstante, agregó rápidamente para clarificar: “sé que también los jóvenes pueden tener ese mentalismo, que estén fumando y todo eso, pero es porque ellos quieren, no es porque nadie les obligue”. Y, para hablar de su propio caso, señala: “a veces me han invitado, pero yo me alejo, eso es dañarme mi vida nomás”.

### *Lo central de la familia*

Erik recalca que, si bien sus amigos se han vuelto importantes para él, es su familia quien ocupa un lugar primordial en su vida: “con mi familia me siento más seguro, más protegido de todo, me siento más feliz”. Tiene una relación muy estrecha con su madre y su hermana menor, con quienes convive diariamente, pero no tanto así con su padre, a causa de que permanece la mayor parte del tiempo en Quito. Por este motivo, es su madre quien marca las reglas y límites al interior de su casa, más allá de esta posición de “ser el hombre de la casa” que Erik ha asumido. Por ello, explica que en algunas ocasiones su madre lo ha regañado “porque me he portado mal”.

Agrega que, en aquellas ocasiones, su madre ha tenido razón en regañarlo y reconoce que su comportamiento no era el mejor. “A veces, cuando ella me habla, no le hago caso y cuando tu madre te habla toca oírlo”, precisa. Suele seguir las recomendaciones de su madre, pero que a veces toma decisiones por su cuenta y se ha encontrado con imprevistos por ello, como el guardar su dinero en un bolsillo y, pese a las advertencias de su madre, que al caminar se caiga y lo pierda. Erik también relata que su reacción ante estos infortunios suele ser la risa, algo que provoca la extrañeza de su madre.

“Mi mami me dice que todo lo tomo a juego y sí porque para qué llorar, si llorar no te ayuda nomás”, amplía. Sin embargo, afirma que no es que no tome con seriedad lo que suceda en su vida, sino que no quiere entristecerse por los inconvenientes menores.

En general, Erik menciona que le resulta sencillo seguir las reglas de su casa y de la comunidad. Sin embargo, cree que, aún si no lo hiciera, no habría demasiadas consecuencias, especialmente en lo que atañe al vecindario, evocando lo que antes había señalado sobre la ausencia de una figura de autoridad que se haga presente. “Nadie ve si haces esto o no haces esto otro”, puntualiza sobre el incumplimiento de reglas que permitan una convivencia llevadera en su ciudadela.

Agrega que no se trata de forzar a los demás a cumplir reglas, sino que “depende que tú lo hagas, nadie va a estar detrás tuyo”. No obstante, cuando se trata de reglas en su hogar, puede sentirse algo afectado cuando su madre lo reprende. “A veces mi mami me reta, nomás por eso me pongo a llorar”, clarifica.

Para referirse a su padre, Erik resalta sobre todo el distanciamiento, producto de que él se haya quedado residiendo en Quito. Su padre vive solo allá y los visita una vez al mes, pero que sus estancias no son muy prolongadas. Relata que él preferiría que su padre se quedase viviendo con ellos, pero que es algo difícil que suceda debido a que su padre trabaja en Quito y tiene la intención de “ponerse un negocio más grande como en el que está trabajando”. No obstante,

Erik siente que, aun cuando vivían en Quito junto a su padre, no sentía su presencia como hubiese querido, debido a que sus horarios de trabajo hacían que retornara a casa en la madrugada. “Nunca estaba ahí cuando nosotros estuvimos allá, en todas las cosas siempre estábamos los tres y él siempre estaba trabajando”, puntualiza.

Agrega que aquel desapego que sintió con su padre también se tradujo en desconfianza. Remarca que haber podido convivir más tiempo con él le hubiese servido para “llevarme mejor con él porque no le tengo tanta confianza tampoco, sino más a mi mamá porque siempre ha estado conmigo”. Por ello, si requiere de alguna cosa para su vida diaria acude a su madre, pese a que su padre le ha reiterado que le puede pedir a él, sobre todo si se trata de dinero que pueda necesitar. Sin embargo, no siente la suficiente confianza para pedírselo.

Agrega también que, cuando su padre viene de visita pueden hablar, pero que las conversaciones que tienen se centran en un recuento del estado del hogar. “Me dice que tengo que cuidar a mi mamá, a mi hermana, de las cosas que están bien y que están mal, que me puede mandar para arreglar, eso”, profundiza. Concuerta con que aquellas actividades deberían corresponderle a su padre, pero que

ha asumido porque siente que el lugar de “hombre de la casa” ahora recae en él.

### *El querer amigos y la pregunta por las parejas*

Erik explica que, una vez que tuvo la certeza de que su asentamiento permanente en Bahía sería en Acuarela II, una de las primeras cosas que quiso hacer fue buscar amigos. Para lograrlo, recorrió los espacios compartidos dentro de la ciudadela y fuera de ella, recorriendo los parques cercanos para conocer a personas de su edad.

Agrega que ha conocido a algunas personas en su ciudadela, pero también en calles aledañas a quienes considera sus amigos. “Ellos me hacen sentir feliz y seguro también, porque si alguien me quiere agredir o si me busca pelea me cuidan”, puntualiza.

Suele encontrarse con sus amigos en las esquinas de las manzanas o en el redondel de la ciudadela. Entre las actividades que realizan, resalta el ir a la playa, asistir a programas o eventos organizados por la municipalidad y practicar deportes como el fútbol o el vóley, pese a que las canchas se encuentran deterioradas. En el colegio también ha hecho algunos amigos, pero siente mayor cercanía con los de su vecindario, debido a que “ellos me ayudan cuando estoy mal, a veces me dan comida”. De sus amigos en Quito, Erik comenta que mantiene cierto contacto a través de redes sociales, lo que le agrada porque su vuelta a Quito podría relacionarse con ellos nuevamente.

En lo que atañe a las relaciones de pareja, explica que solo en una ocasión tuvo una novia. Fue hace un año, durante un mes, pero no

fue algo demasiado significativo, aunque le brindó nuevas experiencias. Subraya que cree que para él aún no es algo importante tener una pareja, aunque piensa que habrá personas que ese encuentro “debe cambiar su mundo”. Sus prioridades son cumplir sus sueños y que, luego de eso, pensará en una pareja. Señala también que piensa que “las personas que en verdad nos quieren están en nuestras casas”, refiriéndose a su familia y la importancia que tienen para él. “Una mujer no tanto así, solo te busca por interés, a veces por amor, te cambia”, sentencia. Sin embargo, también piensa que, si encontrase un nivel de amor como el que siente por su familia en otra persona, sería algo que le haría considerar que podría volverse su pareja.

### *Ser testigo de los problemas psicosociales*

Erik resalta que ha sentido preocupación porque, en ciertas ocasiones, los conflictos y desacuerdos en la comunidad han escalado hasta sucesos de violencia, incluyendo el “sacarse armas como pistolas y machetes”. Esos sucesos, en su mayoría, se quedan en el nivel de amenazas, pero teme que pueda traducirse en un daño que lo pueda llegar a afectar a él y a su familia. “Así se llevan entre la gente, eso ya es común aquí”, se lamenta. Agrega que prefiere mantenerse apartado cuando aprecia sucesos de ese estilo. “Veo peleas, escucho peleas, pero yo no me meto, nomás escucho aquí sentado, no me asomo porque después te dicen «sapo»”, puntualiza. No obstante, relata que, pese a que procuraba mantenerse alejado de este tipo de conflictos, hubo una ocasión en la que tuvo una confrontación física en su vecindario.

Un día un amigo —ya no es mi amigo— que venía aquí a co

mer le faltó el respetó a mi mamá, le pegó con un palo. Y yo lo comencé a agredir, pues. Ya me querían llevar [los policías]. No me pueden llevar porque soy menor de edad. Hice lo correcto porque le pegaban a mi madre, pero también me pegó con el palo. Yo estaba enojado, quería desahogarme con el man. Ahora él solo busca pelea de repente. Cuando estoy por afuera me sabe ver, me saca machete, así. Yo solo no le veo, lo ignoro. [Si pasa de nuevo], si me toca hablar, solo toca hablar nomás y si me agreden, tampoco me voy a dejar.

El relato de Erik de este suceso está salpicado por cierta resignación que parece estar ligada al hecho de que conflictos de ese estilo se han dado con cierta frecuencia en su comunidad, pese que él considera que aquel evento fue una excepción en su actuar usual.

Sobre violencia de otra índole, señala que ha apreciado que compañeros de colegio “acosan” a algunas compañeras. “Les agarran a las mujeres las nalgas”, puntualiza. Menciona sentir cierta confusión al respecto debido a que las reacciones de las mujeres que enfrentan esos actos son variadas. “Creo que algunas disfrutan, se ríen; otras a veces dicen que no... o no dicen nada”, amplía. No obstante, Erik subraya que para él esos actos no deberían suceder porque las mujeres “tienen que respetar su cuerpo”.

Al interrogarlo sobre si ha tenido conocimiento de sucesos de violencia sexual que vayan más allá del acoso, explica que ha escuchado de situaciones de abuso sexual y violación en el poblado vecino de San Vicente, mas no en Bahía o Leónidas Plaza. Sobre esto dice:

Yo pienso que está mal porque son personas que son degeneradas. Debe haber sido que también fueron abusados cuando eran pequeños y quieren tener el mismo abuso que ellos. O pueden ser diferentes cosas que le han pasado a alguien, pero no sé porque no he vivido nada de eso. No sé el pasado de ellos.

Explica que teme por su hermana menor, debido a las noticias de casos de violación y asesinato posterior que ha escuchado sobre San Vicente. “Yo le he dicho que no congenie con nadie tampoco, pero ella sí congenia con toda persona, con todo el mundo y yo a veces me cabreo y no la dejo salir”, profundiza acerca de la preocupación por su hermana y las decisiones que toma al respecto.

Con relación a cómo ve las relaciones entre hombres y mujeres en su vecindario, Erik señala tajante, pero a la vez con cierta indiferencia:

Es más o menos porque todas son putas. Todas se dedican a eso en sus casas. Meten a hombres y aquí hay crisis por eso, crisis económica. Hacen eso mismo para comer y ya. Los meten para que les den plata. La mayoría de ellas no tiene ni marido, pero ya es común todo lo que veía.

Este aspecto del relato de Erik hace pensar en cómo instancias de trabajo sexual podrían tener lugar en la comunidad, a fin de generar un rédito económico que permita la subsistencia. Él parecía en cierta medida indiferente, pero a la vez denotaba cierta reprobación en su decir.

Otra problemática que menciona como fuente de preocupación es la del consumo de drogas. En primera instancia, remarca su postura frente a aquel fenómeno y cómo aprecia que afecta a quienes se ven involucrados en ello.

Sí, he visto muchas personas a las que se les daña la vida por consumir, se vuelven adictos a esas cosas. Comienzan a vender todas sus cosas: zapatos, ropa de su mamá, todo. Yo me alejo no más de eso, sino después me miran mal. Dirían: “Mira, ese tipo está que fuma con esos de ahí”.

Agrega que, en su apreciación, se trata de un fenómeno ampliamente diseminado, en el que muchas personas se involucran. Pese a ello, lamenta que las autoridades de control no sean muy efectivas en abordar la situación.

Pero todos fuman, todos andan así en peleas. En las noches, en las esquinas, en el redondel. Nadie les dice nada, solo a veces que la policía viene aquí a llevárselos a los manes.

Pero igualmente salen y nuevamente hacen huevadas. Se podría solucionar poniendo más normas, no sé. A veces también la policía es vendida, le da igual. Se dejan manipular de esos ladrones también.

Adicionalmente, Erik habla de su preocupación con respecto a los niños y la posibilidad de que se sientan incitados al observar la diseminación del consumo en el vecindario y la ciudad. Esto deja entrever también la preocupación que podría tener por su hermana menor.

Esto afecta a los pequeños porque después ven eso y les ha de gustar. Quisieran probar para ver cómo se siente. Yo pienso que está mal porque ellos tienen que pensar en jugar, en estudiar, en diferentes cosas. Si fuera un amigo mío, no haría nada porque al final es su vida. Yo no tengo que meterme en la vida de la gente, pero pensaría que está mal.

### *Tomar la palabra*

Pese a las dificultades con las que se ha encontrado, Erik menciona que rescata una enseñanza de su padre: el hablar para solucionar los conflictos. Señala que, en general, intenta evitar entrar en una confrontación física con otros cuando tiene algún desacuerdo, más bien, trata de calmar a la otra persona a través de las palabras. “En algunos sí funciona y en otros no porque no todos tienen el mismo carácter”, aclara. Sin embargo, precisa que siente que, en su caso, aunque alguna emoción como el enojo lo pueda embargar, puede calmarse sin mayores dificultades.

En esa línea, subraya que piensa que, con cierta frecuencia, las personas a su alrededor pueden formar una opinión negativa sobre él porque “mi forma de ser es de hacer muy lamparosas las cosas”. Agrega que se siente contento con su forma de ser, pero que eso puede desagradar a algunos. “Mi forma de ser, así lamparosa, es no pararle bola a nadie, como mirarlo y después quitarle la mirada, así”, profundiza.

Otro aspecto sobre el que Erik señala que le parece importante hablar es de su futuro: “Me siento bien porque sé que lo que quiero lo voy a lograr, me hace sentir emocionado”. Explica que su sueño es

“estudiar milicia” después de finalizar el bachillerato, donde le sea posible, aunque resalta que le gustaría retornar a Quito. Comprende que, para lograrlo, será necesario “estudiar mucho” y “madurar un poco más” porque con ese camino “vendrían más responsabilidades”. Agrega que, de cualquier forma que sea el camino que recorra, mantendrá su mismo “carácter” y la cercanía con su familia. Aspira llevar consigo a su madre y a su hermana para que “no se queden solas”.

“Quiero asegurar nomás mi futuro para que no me falte nada y he planeado un futuro con mi familia”, precisa. No obstante, no descarta establecer una familia propia en algún momento del futuro, pero señala que será “cuando ya haya logrado todos mis sueños”.

Para cerrar su relato, Erik explica que, en un inicio, se sentía nervioso por contar su historia porque creía que le podían preguntar “cosas que tal vez yo no sabía”. Sin embargo, a medida que iba relatando, sintió un efecto de desahogo al “contar mis cosas”. Agrega que se siente bien con su historia, el experimentarla, pero también el contarla no solo a nosotros como investigadores, sino también en las ocasiones que lo ha hecho con sus amigos y su familia, con quienes siente que ha compartido directamente los sucesos de su vida, lo que considera preciado.

Explica que quizá sean “los problemas”, los sucesos negativos, aquellos aspectos que no le ha sido fácil relatar previamente, pero que poder compartirlo en un espacio destinado para tal efecto le permitió sentirse bien.

## **2.5. Alison: “hay veces que hay que hacer algo”**

*La preocupación de una madre hacia a otra*

La segunda adolescente de Acuarela II que compartió su relato con nosotros fue Alison, quien además fue la única mujer que estuvo dispuesta a brindarnos su testimonio dentro del marco de nuestro dispositivo. Esta salvedad fue notoria para nosotros desde el inicio de nuestro acercamiento, puesto que, si bien en contextos informales las adolescentes conversaban con nosotros, parecía que había cierto celo por parte de las familias sobre la incidencia de sus hijas menores de edad en espacios fuera de sus hogares.

Sin embargo, nos pareció fundamental tener la posibilidad de disponer de al menos una participación femenina en nuestro dispositivo, siempre que contase con el consentimiento tanto de la adolescente como de sus padres. Aquello no fue una tarea fácil, debido a que incluso de parte de las mismas jóvenes con las que tomamos contacto parecía haber cierto recelo a hablar sobre su historia o, al menos, contemplar la posibilidad de que aquello sería permitido por los padres. Esto fue algo que ocurrió tanto en Orrantía como en Acuarela II.

No obstante, de forma sorpresiva, la madre de Alison tomó contacto con nosotros al saber de nuestra presencia en Acuarela II por parte de la directiva de la comunidad. Ella tenía la intención de que nosotros, en tanto psicólogos, le brindásemos alguna clase de asesoramiento o asistencia a su hija, pues sentía cierta preocupación debido a cómo la veía dentro de la casa.

Aquello requirió aclararle que nuestra intervención estaría orientada a la recopilación de relatos de vida y sugerirle que el requeri-

miento que nos solicitaba podría ser abordado por el área de psicología del centro de salud de Bahía.

Pese a ello, nos señaló que quizá su hija podría estar interesada en relatarnos su historia –aunque parecía albergar aún cierta intención de que aquello tuviese un efecto transformador y hasta correctivo– y nos pidió que nos acercáramos a su casa en los días venideros, tras hablar primero con su hija para obtener su consentimiento que solicitamos como requisito indispensable. Eventualmente, al tomar contacto con Alison y explicarle el motivo de nuestra intervención, se mostró interesada y decidió compartir su historia con nosotros.

Alison es una joven de diecisiete años que vive en casa de sus padres, ubicada en la etapa 1 de Acuarela II. Junto con ellos, también convive su hija de dos años y su pareja, padre de su hija. A diferencia de otras adolescentes con las que pudimos hablar, se mostraba más resuelta en tomar decisiones con cierta independencia de la opinión de sus padres, algo que quizá podría estar relacionado con las responsabilidades que ha adquirido al convertirse en madre. Alison y su familia son originarios de Bahía, pero llegaron al proyecto de vivienda social a causa del terremoto. Antes de aquella catástrofe, Alison vivía junto a su pareja y su hija en una casa que se vino abajo durante el sismo.

### *Terremoto: un miedo que dejó huella*

Alison explica que atravesó el terremoto mientras se encontraba junto a su pareja y su hija en una casa que habían estado cuidando por encargo de su padre en una granja del sector. Su labor era vigilar a los animales que allí permanecían: pollos y cerdos. Señala que

su padre se había ausentado debido a una reunión social que tenía junto a su madre. “Y pasamos solos y cuando ya fue ya salimos y ahí dejamos abierto todo eso. Nos fuimos con la niña porque la niña estaba chiquita, tenía un mes ahí”, relata, explicando que huyeron del lugar buscando refugio. Sin embargo, mientras salían de la granja, recuenta que vio “casas que se caían, las calles que se abrían. Nosotros teníamos una computadora, se nos cayó, se nos dañó todito”.

Asimismo, señala que, cuando pudo tener contacto con sus padres, supo que su casa, ubicada en una loma en Bahía, también se había desplomado: “esa casita, como era de caña y estaba así, como media viejita, se cayó todo”.

Dentro de su relato, Alison señala que, en el primer impacto del terremoto, sufrió una lesión en su cabeza al perder el equilibrio y caer mientras lavaba la ropa: “yo estaba, así, sostenida contra un palo. Ahí era que me hacía así, y vengo, y me recuesto, y me pegué porque había clavos. Y ya pues, me dañé ahí”. Su pareja, que se encontraba en cama junto a su hija, fue quien la asistió y, en medio de la oscuridad por la caída del servicio eléctrico, logró alumbrar con su teléfono para encontrar alcohol con el que desinfectó sus heridas.

A medida que relataba sobre su experiencia en el terremoto, Alison hizo hincapié en el miedo que ha permanecido en ella a partir del movimiento telúrico, señalando que notaba las diferencias con su vida previa donde aquel miedo no la aquejaba. Por ejemplo, antes solía salir con sus amigos y familiares a bailes y otros eventos sociales, pero que dejó de hacerlo a causa del temor que sentía de no encontrarse con su hija. Este temor le recordaba el no haber podido estar inmediatamente con su hija en los momentos del terremoto.

Sobre los sentimientos desencadenados en la vivencia del terremoto, Alison experimentó: “nervios, preocupaciones por mi familia que estaban lejos, así. Sí habían... sí, también, así, por los... justo hubieron, así, muertos, niños, bastante gente, sí”. Agrega que algo que le preocupó de entrada fue el no poder tener contacto telefónico con sus padres y sus familiares para saber si se encontraban bien, debido a la caída de la señal telefónica.

Asimismo, durante al menos tres semanas posteriores al sismo, se mantuvo sintiéndose “nerviosa y asustada” porque aún había pequeños movimientos telúricos que la atemorizaban. Subrayó especialmente que temía por los efectos que podrían haber subsistido en su hija. Sin embargo, ahora siente mayor tranquilidad al vivir junto con su pareja y su hija en la casa de sus padres, a la que obtuvieron acceso en la etapa 1 de Acuarela II, que no se trataba una de las etapas construidas por el MIDUVI, sino una de las dos etapas previamente existentes y que no se vieron afectadas por el terremoto.

### *El tener una hija y devenir madre*

Alison explica que ella no esperaba quedar embarazada a los quince años, pero que decidió criarla junto a su pareja, que en ese entonces tenía dieciocho. Sin embargo, piensa que estaba muy “jovencita” todavía y que, por ello, podría estar expuesta a comentarios desaprobatorios de gente a su alrededor. Pese a ello, para ella fue una experiencia agradable porque “los niños son muy lindos”. Explica que no ha dejado ser adolescente pese a tener una hija, puesto que “sigo en mis estudios, sigo adelante”. Agrega también que la reacción de sus padres la sorprendió, debido a que “se alegraron porque iban a tener una nieta”, pero que, al mismo tiempo, le advirtieron que se

“siga cuidando” para que ya no tenga más. Alison enfatiza que el apoyo de sus padres en el cuidado de su hija ha sido fundamental, puesto que “ellos me la tienen siempre, yo la dejo con mi mamá, con mi papá y ellos me la tienen, me la cuidan”.

Asimismo, Alison recuerda con cierta desazón que, al momento del nacimiento, su hija tuvo ciertos inconvenientes de salud. Relata haberse sentido preocupada porque “me salía enferma, estuve internada con ella casi dos meses por eso”. Se sintió angustiada y con mucha tristeza porque temía que algo malo pudiera sucederle a su hija, “algo muy grave”. Pese a ello, recuerda haber sentido cierto alivio por haber contado con la compañía de sus padres, pero también de su pareja y su suegra, lo que hizo más llevadera su preocupación. Cuando el peligro pasó, estuvo contenta “porque ya salí con ella en brazos”. Señala que el inconveniente que su hija había experimentado se debía a que había nacido con bajo peso y sus vías respiratorias se habían obstruido con fluidos.

Sobre las renunciaciones que tuvo que hacer para poder tener a su hija, Alison resalta el hecho de que dejó de estudiar por dos años por su embarazo y para poder criar a su hija. “Estoy en noveno, en segundo del colegio, ya estuviera en bachillerato”, explica.

Ella atribuye este lapso prolongado de tiempo sin poder estudiar a los constantes cuidados de salud que su hija necesitaba, lo que requería que ella estuviera presente para cuidarla. Sobre otras renunciaciones que pudo haber tenido, relata que dejó inicialmente de salir con sus amigas, sobre todo a los bailes. Sin embargo, le alegra que, ya que su hija ha crecido y, dado que cuenta con el apoyo de su familia para cuidarla, sobre todo de su madre y abuela, así como también

la presencia de su pareja, puede ahora permitirse salir nuevamente.

No obstante, pese a dichas renunciaciones, Alison subraya que su hija le ha brindado alegría a su vida.

*(Des)encuentros de pareja*

En el relato de Alison, un aspecto que le hizo notar que había dejado de ser una niña fue el ver que sus amigas empezaron a tener parejas, lo que habría hecho que ella también quisiese tener una. Fue así como, durante la celebración de su primera comunión, conoció a quien es ahora su pareja. Señala que la reacción de sus padres fue de desaprobación, especialmente la de su madre debido a que “no era un chico que trabajaba”. Sin embargo, recuerda que habían sido novios por cuatro meses cuando supieron que ella estaba embarazada.

Explica que, cuando él supo de la noticia, le propuso que viviesen juntos, cada uno por fuera de sus respectivos hogares. Frente a aquella propuesta, Alison sintió ciertas dudas, pero finalmente decidió aceptarla y se mantuvieron conviviendo por cierto tiempo. Sus dudas respondían al hecho de que su pareja la habría maltratado físicamente en el pasado, antes de saber que ella se encontraba embarazada. “O sea, él me pegaba... yo... yo con él le tengo puestas denuncias”, ahonda.

Alison explica que las denuncias ayudaron a que su pareja se diese cuenta del daño de sus actos y que, a partir de la noticia de su embarazo, los actos de violencia física cesaron. “Yo sentía como que... como que eso no estaba bien, pegarle un hombre a una mujer, eso se ve feo”, profundiza sobre su reacción a los hechos de violencia que

sufrió. En tal sentido, relata que la reacción inicial de sus padres fue adversa, debido a que incluso su padre “un día quiso pegarle a él”. Ante ello, para evitar conflictos, decidió separarse de su pareja en ese punto. Aquella separación duró tres meses. No obstante, su pareja continuaba buscándola para poder retomar su relación mientras se disculpaba y buscaba mostrarle su arrepentimiento.

Agrega que sus padres pudieron apoyarla a afrontar esta situación y que supieron hablar con su pareja para que el accionar violento no se repitiera en el futuro. “Mi papá le dijo que si me iba a seguir maltratando que mejor nos separáramos y ya no siguiéramos más”, puntualiza. Alison señala que esta serie de intervenciones permitieron que su pareja reaccionase favorablemente, lo que hizo que decidiera permanecer en una relación con él y así tener su compañía durante el embarazo y crianza de su hija.

Desde entonces, no ha sufrido nuevos sucesos de violencia física, pese a que han existido discusiones entre ellos, aunque no han escalado más allá de las diferencias de opinión. Alison manifiesta que cree que también es un factor contribuyente el hecho de que conviviesen tras el terremoto junto a sus padres, lo que se convertía en un factor de protección para que la violencia física no se repitiera. Sin embargo, aún subsisten otros inconvenientes en su relación afectiva.

Pese a aquella mejora en la convivencia, se le ha hecho difícil manejar las reacciones de celos de su pareja. “Él dejó el estudio solo por estarme cuidando porque piensa que yo ando con otras personas, pero yo no hago eso, no me gusta”, enfatiza Alison. Agrega que, cuando lo cuestionó sobre el origen de dichos celos, la reacción de su pareja fue tomar su teléfono celular e intentar arrojarlo al piso.

Esto se debía a que ella suele cambiar la clave de su celular para que su hija “no borre los deberes que a veces cargo ahí” cuando lo utiliza. Sin embargo, esto ocasionó que su pareja creyera que le estaba ocultando algo que no quería que viera. “Él quiere ver todo”, explica. Asimismo, señala que ha tenido otros episodios de celos, como cuando sus compañeros de colegio acuden a su casa a realizar algún trabajo en grupo y él manifiesta su molestia sobre su presencia, acusándola de que trajo a “sus novios”. Alison relata que la postura de su pareja no cambia, aunque sea notorio que están haciendo actividades escolares.

Otro aspecto que genera discusiones con su pareja es la cuestión del trabajo. Ella explica que está preocupada por el sustento que requiere su hija, lo que le ha hecho pensar que debería conseguir un trabajo dado que su pareja no posee uno; en sus palabras:

No quiere trabajar. Yo le digo que se vaya a trabajar, él no quiere. Muchas personas me han dicho que él solo quiere estar aquí para estarme cuidando, quién llega a la casa y quién no llega. Yo digo que por qué si es la casa de mi mamá y además que no ando haciendo nada malo, solo me dedico a mis estudios y ya porque quiero seguir adelante, sí. Por eso andamos medio, ahí, peleados, sí. Yo le dije a mi mamá que me quería separar de él porque él no... o sea, tenemos una niña, pero él no hace por nada para trabajar.

Esta manera de concebir el actuar de su pareja se desprende de su preocupación por el futuro de su hija. Sin embargo, su reacción está direccionada a generar un cambio en la postura de su pareja, porque, como todavía se siente vinculada afectivamente a él, desea

que su relación se mantenga. No obstante, al mismo tiempo, Alison señala que cree que ella podría “salir adelante” con su hija sin su pareja de ser necesario.

En tal sentido, es pertinente resaltar que, entre las sesiones para relatar su historia de vida, su pareja finalmente obtuvo un trabajo, algo que la dejó mucho más contenta y parecía estar más esperanzada en su futuro con él. Al respecto, señaló que “quedamos que ya íbamos a seguir bien como pareja, que ya no pelearíamos y nos perdonaríamos”.

### *Sexualidad y sus impases*

Con respecto a sus perspectivas acerca de la sexualidad, Alison señala que no es un tópico del que tenga mucho conocimiento, puesto que es algo sobre lo que no ha escuchado mucho. Entiende a la sexualidad como el “seguir bien con la pareja”. Señala que fue con su pareja actual con quien inició su vida sexual, que habría sido lo que le permitió interrogarse sobre lo que implica el encuentro sexoafectivo con el otro. Una vez que su madre se enteró de que tenía pareja, la llevó a que se aplicase inyecciones anticonceptivas para que “me siguiera cuidando”, puesto que su madre le planteó que era importante que “no tuviera un niño”. Sin embargo, antes de su embarazo, se sintió enferma, por lo que dejó de aplicarse las inyecciones. No obstante, señala que ha retomado la aplicación de dichas inyecciones, pues quiere prevenir otro embarazo.

En esta línea, Alison remarca que su vida sexual con su pareja ha sido siempre consensuada. Algo que le parece preocupante en relación con el inicio de la vida sexual en las mujeres es que “hay veces que obligan a hacerlo, el sexo, y eso a uno no le gusta”. Es algo

que conoce por testimonios de sus amigas, quienes relatan que se sienten presionadas u obligadas a tener relaciones sexuales. “O sea, porque obligan y a uno no... uno no quiere y ellos siguen y siguen insistiendo”, profundiza. Agrega también que, a su parecer, “debería ser bien” la forma de proceder en dichos avances, resaltando lo primordial del consentimiento. Señala que este tipo de desencuentros se suscitan porque las parejas “nunca hablan sino más les gusta las peleas y las discusiones”.

Considera que una forma de resolución de dichos conflictos sería encontrar formas de hablar “después de tranquilizarse”, pero que, si aquello no funciona, una opción es recurrir a dormir de forma separada o “decirle al hombre que se vaya con su mamá, donde le puedan aceptar, porque a veces hacen problemas y eso a una no le gusta”. Sin embargo, Alison expresa preocupación por las historias relatadas por sus amigas, dado que ha llegado a escuchar que a alguna le habrían amenazado con golpearla si no accedía al contacto sexual.

Frente a ello, opina que no habría otra opción que denunciar ese tipo de amenazas para precautelar la integridad de dicha persona, así como la separación definitiva para su propia protección, debido a que “hay veces que hay que hacer algo”. Además, comenta que espera que aquello nunca le llegue a suceder, pero que siente que ella no lo permitiría y buscaría siempre precautelar su seguridad.

### *Los otros y la comunidad*

Alison menciona que se lleva bien en general con las personas a su alrededor, tanto en su familia, como en su círculo social y la comu-

nidad de Acuarela II. Tiene amigos tanto en su conjunto, como en otras partes de Bahía y Leónidas Plaza. Puntualiza que tiene más amigas que amigos y con ellas comparte más tiempo, sobre todo con sus compañeras en el colegio nocturno. Con quienes ha tenido menos contacto es con sus amigas de la escuela, debido a que “ya están grandes y ya están en la universidad o trabajan”. Agrega que también hay ciertas chicas en su colegio con las que no se lleva tan bien debido a que la consideran “demasiado loca”, pero que ella prefiere no acercarse a ellas porque “a veces pelean así, de la nada”. Por ello, las amigas que tiene son aquellas que comprende mejor, porque comparten ciertos rasgos en común, como que también tienen compromisos de pareja formales o que ya tienen uno o más hijos.

Sobre cómo se siente conviviendo con las personas de Acuarela II, Alison señala que “nos llevamos bien, hablamos, nos reímos bien”.

Explica que aquello es un contraste con respecto a donde antes vivía, en Leónidas Plaza, puesto que “allá casi no, pues, porque no se veía gente”, por lo que ahora se siente más acompañada. “A veces cuando yo no tengo algo, ellos me dan, son buenos conmigo”, profundiza sobre sus vínculos con sus vecinos. No obstante, también se apresura a aclarar que aquello se da con las personas de las etapas 1 y 2. Acerca de las etapas 3 y 4, manifiesta que “más allá hay peleas, así, entre mujeres, pero ahí sí no sé, a veces dicen que es culpa de los hijos, pero no sé”. Agrega que los conflictos de aquellas etapas que ha presenciado a lo lejos se han dado por malentendidos entre familias, a causa de las interacciones que tienen los niños, pero señala que nunca se ha involucrado y no tiene mayor conocimiento de lo que pueda suceder allí.

*La pregunta por el devenir*

Sobre su futuro, Alison reitera que, para ella, sería importante “trabajar por mi hija”, obtener un trabajo para asegurar su subsistencia, pero también para apoyar a sus padres y hermanos. No obstante, también quisiera asistir a la universidad: “con ese papel de bachillerato que dan sirve para todo, para un trabajo, para la universidad... quisiera ser doctora o enfermera”. Subraya que siente que aquello le brindará alegría y se mantiene esperanzada puesto que, pese a que tuvo una interrupción de su formación académica a causa de su embarazo y de la crianza de su hija, pudo retornar al colegio y espera que, al culminarlo, se le abran otras oportunidades.

Al preguntarle sobre su futuro, Alison señala que espera no estar sola y que se ve manteniendo su cercanía con su familia en el futuro. “Sola no, no me gusta, me da miedo andar sola en casas, quedarme sola en una casa”, puntualiza. Explica que este miedo la ha acompañado desde el terremoto, por lo que prefiere mantenerse en compañía ya sea de su familia, de su pareja o incluso de una nueva pareja si llegara a terminar su relación. “Si es que él se va de aquí y me quedo sola con mi hija, buscaría trabajo y sí quisiera buscar otra casa, pero quizá pase tiempo, y ahí buscaría otro compromiso, ahí sí”, profundiza, explicando que, para ella, en situaciones así, “hay veces que hay que hacer algo”.

Finalmente, para culminar su relato, Alison comenta que hablar de su historia fue “un bien para mí porque pude contar lo que a mí me ha pasado, cómo sigo y cómo no sigo”. Explica que mucho de lo que relató no lo podría contar a nadie más, ni siquiera a su madre, y que sintió cierto alivio al poder hacerlo por primera vez. Agrega

que siente que el revisar su historia le permitió darse cuenta de que “sigo todavía adelante hasta ahorita”, a pesar de las adversidades que ha tenido que enfrentar en su vida.

### **3.La historia de vida como una forma de dar voz a los adolescentes**

Estas historias relatadas por los adolescentes de Bahía muestran cómo las voces de los jóvenes buscan hacerse escuchar para dar cuenta de su transitar. Este hacerse escuchar es ya propio de la adolescencia, que busca un punto de quiebre sobre el discurso adulto, encarnación del Otro social, para lograr ocupar un lugar en el que sea considerado válido su decir y no descartado, por no haber adquirido un saber adulto que los habilitaría a tomar la palabra (Insua, 2017).

Precisamente, el sentido de nuestra investigación estuvo orientado a permitir que la voz de los adolescentes de Bahía pudiera ser expresada. Esto por cuanto, en los abordajes que se habían planteado en la reconstrucción psicosocial de los habitantes de Bahía, resaltaba siempre un énfasis en los niños y en los adultos. Sin embargo, los adolescentes, al no ubicarse completamente en ninguno de esos grupos, parecían quedar sin un reconocimiento de la especificidad de su transitar, tanto la experiencia del terremoto, así como la amplitud de su historia vital. Por ello, esta investigación tuvo como premisa fundamental la intención de visibilizar su lugar en la sociedad de Bahía (Ragin, 2007).

En tal medida, teníamos la intención de que el saber adolescente no fuera relegado a los márgenes, sino que fuera traído al frente

para que pudiera ser escuchado. Por este motivo, buscamos que los adolescentes sintieran que su decir tenía valor y que el relatar su historia les permitiría reconocer el protagonismo que tienen sobre su trayecto de vida. Esto también se suma al objetivo de permitir un reconocimiento de que la experiencia adolescente no sea considerada únicamente como anómala y disruptiva, sino que también comparte muchas de las interrogantes y vicisitudes que los demás miembros de la sociedad atraviesan, más allá de la edad.

Esto no implica desconocer las diferencias que los distintos grupos etarios –niños, adolescente, adultos y adultos mayores– poseen, pero sí reconocer que entre aquellos grupos no existe una brecha insalvable, sino un transitar constante que se entreteje y conforma una experiencia comunitaria con aspectos que muchos comparten, como las preguntas por el sentido y el devenir.

Para poder darle voz a los adolescentes que relataron su historia, fue fundamental colocarnos en posturas y perspectivas que nos permitiesen “ver su mundo a través de sus ojos, comprender sus mundos sociales de la misma manera que ellos lo hacen” (Ragin, 2007, p. 90). Esto requirió desprendernos de nuestros saberes cotidianos preexistentes, para poder sumergirnos en su cotidianidad al transitar sus espacios e integrarnos a sus dinámicas. Así, su voz incluso nos sirvió de guía para poder habitar la misma ciudad que habitaban y acceder a las maneras de vivir su mundo cotidiano.

En tal medida, nuestra perspectiva se convertía en una co-construcción de aquello que los adolescentes nos traían y en lo que nos invitaban a participar. No se trataba solamente del relato formal, sino de las invitaciones a formar parte de otros espacios: jugar con

ellos, reír con ellos, compartir la comida con ellos, habitar el espacio público y privado con ellos.

Nuestra propuesta no estaba orientada a tomar partido ni ofrecer prescripciones a los adolescentes sobre cómo deberían vivir sus vidas, sino el poder ser vehículos que hicieran que sus voces fueran escuchadas y poder decir algo a partir de ello. Esto implica reconocer que toda historia tiene un tinte subjetivo, tanto por parte de quien la relata, como de quien la escucha. No obstante, es allí precisamente donde reside su riqueza, ya que lo subjetivo solo se puede conocer a través de la toma de la palabra que da cuenta de los deseos y temores, las interrogantes y esperanzas.

Esto ocurre porque la implicación en aquello que se relata mediante la palabra permite el apropiamiento de una vivencia, de un trayecto, al simbolizarla y dotarla de sentido, lo que posibilita aproximarse a un dominio sobre aquello que antes no se consideraba controlado.

Se trata de un giro gramatical de pasivización activa, del ser escuchado al hacerse escuchar, donde se percibe la forma en la que la toma de la palabra permite un traslado del relato como sucesos que les suceden a los adolescentes, en forma pasiva, a actos que producen y sostienen, de forma activa. Así, se pueden reinterpretar las experiencias y, posteriormente, los acontecimientos que atraviesan estos adolescentes (Dupret, 2013).

Este giro gramatical es aquel que Lacan postula en torno al funcionamiento de la pulsión como recorrido del lenguaje en el cuerpo y que Lerude retoma para dar cuenta de cómo, en la adolescencia, se pone de relieve lo fundamental de dicho viraje, al ponerse en escena

los cortes con las encarnaciones del Otro que los adolescentes producen. Lerude explica que “«hacerse oír» reitera la sujeción primera al significante, es decir esa dependencia con el Otro del lenguaje” (2013a, p. 717). Así, se aprecia que, para la adquisición progresiva de la independencia, es necesaria una toma de la palabra que partirá de significantes transmitidos por el Otro y sus encarnaduras (los padres y lo social), para, a partir de ello, encontrar aquellos significantes que otorguen sentido al transitar de un adolescente.

Aquello no implica una ruptura con el Otro, pero sí un quiebre en la dependencia absoluta en el momento en el que los adultos son revelados en sus carencias e insuficiencias. Al reconocerlos como semejantes, los adolescentes pueden atreverse a decir de sí mismos.

Precisamente, nuestra invitación fue a que su discurso pudiera ser alojado en un lugar otro. Como lo dice Lerude, “es en medida que los Otros reales –encarnados por los padres– se han revelado carentes, faltantes y pidiendo ayuda que los adolescentes pueden dirigir su palabra a otro y que el circuito pulsional puede inducir un tiempo de subjetivación” (Lerude, 2013a, p. 717).

## V. Conclusiones

El alojamiento del discurso adolescente es una tarea importante, aunque no siempre puesta de manifiesto. La desolación traída por el terremoto del 16 de abril de 2016 pudo haber servido para acallar aún más el decir de los adolescentes de Bahía. Sin embargo, estos jóvenes siguieron en la búsqueda de hacerse escuchar para no quedar relegados. Los cinco adolescentes que compartieron con nosotros sus relatos y nos permitieron escuchar algo de su historia mostraron las vicisitudes que atravesaban en el devenir adolescente. El enfrentamiento al desastre y la subsecuente crisis desatada tras su advenimiento se entremezclaban con los interrogantes que se suscitan en el reposicionamiento subjetivo propio de la adolescencia.

Nuestra propuesta requería de un acercamiento co-constructivo no solo con los adolescentes, sino también con todos los que formaban parte, visible e invisible, de su tejido social circundante. Solo una inmersión en sus espacios podría permitirnos ese conocer desde adentro, al habitar y recorrer la ciudad tal como ellos lo hacían.

Pero aquello era solo el preámbulo para que nos permitieran conocer de sí, de sus subjetividades, con la palabra como recurso indispensable en el relato de sus historias. Aquel discurrir de la palabra les permitió, por un lado, una escucha dialógica, pero también una escucha de sí mismos, que daba paso a nuevas representaciones y resignificaciones del discurrir de sus trayectos de vida.

Nuestra apuesta fue la de encarnar un lugar del Otro distinto, que no avasallase ni enmudeciese a los adolescentes, sino que permitiese el discurrir de una performatividad otra en su decir y en sus actos.

Esta función se deriva eminentemente de la clínica, con una apuesta por hacer que opere fuera de los muros de consulta, al permitirnos un acercamiento al sufrimiento adolescente *in situ*, un acercamiento que quizá, de otro modo, no hubiese podido producirse.

Esto implica reconocer el déficit al momento de una reconstrucción posdesastre, no solamente en lo que concierne a lo material, sino también a lo psíquico y al tejido social. Los jóvenes que hablaron con nosotros mostraron que ya producían modos de reconstrucción y sostenimiento del lazo social por su cuenta. Ellos no necesitaban de nuestra intervención. Sin embargo, el permitirnos ser parte de aquel recorrido nos abrió el invaluable lugar de un reconocimiento distinto frente a la invisibilización y el descrédito adulto al que podrían estar acostumbrados.

Con ello, no es que planteásemos robar el protagonismo a aquellos adolescentes en sus historias de vida, sino solamente fungir como puntos de encuentro con aquellos significantes que les sirvieran “de shifters, de embragues, para producir un movimiento de corte con el Otro” (Insua, 2017, p. 38). Así, el planteamiento que sosteníamos era el de que pudieran incipientemente encontrar maneras de autorizarse a relacionarse con las encarnaciones de aquel Otro, los adultos de su mundo, de una forma distinta al de la pieza suelta que no encaja, sino el de la pieza que encuentra puntos de contacto tanto para coincidir, como para disentir. Aquello implicaba la capitalización del reposicionamiento con el Otro, por el que un adolescente ya se interroga, pero que nuestra apuesta era, con aquellos jóvenes, que no se viese cortocircuitada por el riesgo acrecentado tras un contexto de desastre.

Lo que los adolescentes nos revelaron es su recursividad frente a aquella tendencia a universalizar del discurso adulto, que ya muchas veces los somete, acallando el surgimiento de su decir y de su subjetividad. Desde sus propios actuare, aquella recursividad les permitió construir formas otras de transitar su adolescencia y hacer lazo social, para que pudieran aprehender un acercamiento a un porvenir donde sean protagonistas de su propia historia, desde su propia cotidianidad. Esto implicó un posicionamiento distinto de sus historias y cómo estas se rehistorizan en su presente, a través de sus actos y decires, para configurar nuevos sentidos que no estuviesen necesariamente ligados al padecimiento.

Podemos reconocer que era una tarea particularmente compleja, ya de por sí por tratarse del tránsito habitual por la adolescencia. Sin embargo, en este caso particular, se le sumaba el lugar de la afectación física sufrida a causa del terremoto, que ocasionó la pérdida de viviendas y el forzamiento a una reinscripción en el tejido social con unos nuevos semejantes, con quienes no se tenía aquella familiaridad perdida, de la convivencia y la pertenencia comunitaria.

Fue en la calle que se jugó el reencuentro de los adolescentes con sus nuevos pares y donde pudieron propiciar una reconstrucción de su tejido social, sostenida no solo en los nuevos lazos que se procuraron, sino también en aquellos, anteriores al desastre, que pudieron conservar.

En tal virtud, la apuesta por los lazos pudo operar en los adolescentes como una función de sostenimiento frente a la reorganización que tuvo que suscitarse en el progresivo proceso de reconstrucción. Con dicho sostenimiento, se pudo apreciar cómo los jóvenes

configuraban una nueva relación con los otros, partiendo por los semejantes –otros adolescentes–, para llegar a los demás miembros de su comunidad, incluyendo a sus vecinos y familias. Esto implicó el despliegue de un reconocimiento distinto por los adultos que los rodeaban.

Con los adolescentes que relataron sus historias, pudimos apreciar cómo posicionarse desde el hacerse escuchar les permitió pedir a los adultos, pero sobre todo a sus padres, un reconocimiento desde un lugar otro. Es decir, pudieron ubicar que aquellas figuras que siempre habían encarnado al Otro, de manera constante y consistente para ellos hasta ese punto, podían ser tan insuficientes y fallidos como ellos mismos. Este reconocimiento se dio y se dará de forma progresiva, permitiendo de manera incipiente que también, desde el lado adulto, se pueda dar un estatuto distinto a los adolescentes, como seres capaces de dar cuenta de sí mismos.

Es importante también señalar que nuestro lugar como investigadores, interventores y clínicos fue recibido con gratitud, y hasta solicitado y buscado. Esto da cuenta de la importancia de generar espacios de mediación que permitan el acercamiento entre miembros de una comunidad, así como el reconocimiento del valor que reside en la escucha de todo aquello que, incluso, podría parecer absurdo o sin sentido, puesto que aquello se constituye quizá como lo que menos es escuchado, pero que guarda una riqueza insospechada.

Permitirnos escucharlo posibilitará que los lazos se estrechen y se pueda dar un lugar al malestar y las vicisitudes propias no solo de haber vivido un terremoto, sino también las del transitar de la vida en sí.

Como podemos evidenciar, el proceso no solo fue investigativo, pues abarcó mucho más. Y llevó a los diversos actores a implicarse, a dejarse afectar por los otros, por el contexto e incluso por el sufrimiento en momentos de desastres. Esto nos recuerda que la apuesta a un acercamiento al otro, más allá del tipo de trabajo o actividad, nos evocará siempre lo humano y nos remitirá a nuestra propia humanidad.

*Dennis Logroño Sarmiento y Verónica Egas Reyes*

## VI. Bibliografía

- Ander-Egg, E. (2004). Métodos y técnicas de investigación social ..... I V .  
Buenos Aires: Lumen-Hvmanitas.
- Andrade, J. (21 de enero de 2019). Relato de vida de José Andrade, .....  
Entrevista n°1 a presidente de Acuarela II. (E. Salao-Sterc ..... k x ,  
Entrevistador)
- Andrade-Zapata, J. S., & López-Vélez, A. L. (2021). Aprendizaje-Servicio antes y durante la pandemia desde la percepción de sus actores: del Territorio en firme al espacio virtual y combinado. En D. Caldevilla Domínguez (Ed.), Libro de actas del Congreso CUICID 2021 (p. 883). Madrid: Fórum XXI.
- Andrade-Zapata, J. S., Moyano-Morillo, A. N., Salao-Sterckx, E., & Egas-Reyes, V. (2019). Jóvenes involucrados: una apuesta por una relación jóvenes universitarios - comunidad. En J. C. González Ortiz, V. Yépez-Reyes, & E. García Alarcón (Eds.), Vinculación con la colectividad: una propuesta de gestión (pp. 85-100). Quito: Centro de Publicaciones de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador.
- Andrade-Zapata, J. S., Yépez-Reyes, V., & González Ortiz, J. C. (2022). ODS y ApS como elementos estratégicos para la responsabilidad social universitaria en el Ecuador. En F. J. Amador Morera, A. Cano Ramírez, & J. García Gutiérrez (Eds.), El Aprendizaje-Servicio en alianza con los ODS. Actas del X Congreso Nacional y IV Internacional de Aprendizaje-Servicio Universitario, ApS(U)10 (pp. 585-589). Las Palmas de Gran Canaria: Creatividad Canaria.

- Bastien, D. (2002). *L'irruption de l'enfant sur la scène conjugale : Mobilisation des dépôts, des transmissions, des répétitions et de la création* (tesis de doctorado en Psicología no publicada). Louvain-la-Neuve: Université Catholique de Louvain.
- Bates, B. R., Marvel, D. L., Nieto-Sanchez, C., & Grijalva, M. J. (2018). Community cartography in health communication: An asset-based mapping approach in four communities in rural Ecuador. *Journal of International and Intercultural Communication*, 12(3), 1-20.
- Berger, F. F., Lemouzy-Sauret, B., & Sauret, M.-J. (2009). Sujets et lien social contemporain. *Cliniques méditerranéennes*(79), 279-295.
- Berger, G. (2003). La recherche-action. Epistémologie historique. En *La recherche-action* (pp. 13-26). París: Editions L'Harmattan.
- Bleichmar, S. (2003). Conceptualización de catástrofe social: límites y encrucijadas. En D. Waisbrot, M. Wikinski, C. Rolfo, D. Slucki, & S. Toporosi (Eds.), *Clínica psicoanalítica ante las catástrofes sociales: la experiencia argentina* (pp. 35-51). Buenos Aires: Paidós.
- Bravo, E. (2017). El sismo del 16 de abril en Manabí visto desde la ecología política del desastre. *Universitas*, XV(26), 235-252. doi: <https://doi.org/10.17163/uni.n26.2017.10>
- Comité de Reconstrucción y Reactivación Productiva. (2016). Informe Trimestral de Gestión (mayo - agosto de 2016). Recuperado de: [http://www.reconstruyoecuador.gob.ec/wp-content/uploads/downloads/2016/10/Informe-Asamblea\\_SeTec-Reconstrucci%C3%B3n\\_20160830.pdf](http://www.reconstruyoecuador.gob.ec/wp-content/uploads/downloads/2016/10/Informe-Asamblea_SeTec-Reconstrucci%C3%B3n_20160830.pdf)

- Comité de Reconstrucción y Reactivación Productiva. (2017). Informe Trimestral de Gestión (julio - septiembre de 2017). Recuperado de: <http://www.reconstruyoecuador.gob.ec/wp-content/uploads/2017/12/5to-Informe-Trimestral-de-Gesti%C3%B3n-julio-septiembre-de-2017.pdf>
- Cornejo, M. (2006). El enfoque biográfico: trayectorias, desarrollos teóricos y perspectivas. *Psykhe*, 15(1), 95-106.
- Cornejo, M., Mendoza, F., & Rojas, R. C. (2008). La investigación con relatos de vida: pistas y opciones del diseño metodológico. *Psykhe*, 17(1), 29-39.
- Corrales Gaitero, C., & Andrade-Zapata, J. S. (2021). La institucionalización del Aprendizaje-Servicio como camino para la Universidad socialmente responsable. *Estudios Pedagógicos*, XLVII(4), 109-126.
- de Foy, T., Paul, E., Fanara, C., Samii, H., Delférière, A., & Duchêne, E. (2008). Accueillir les adolescences d'aujourd'hui. *Le Journal des psychologues*(260), 73-76. Recuperado de <https://www.cairn.info/revue-le-journal-des-psychologues-2008-7-page-73.htm/>
- Dupret, M.-A. (2013). El sujeto nace de su sujeción: de la paleontología al psicoanálisis. En M.-A. Dupret, & J. Sánchez Parga, *Teorías críticas del sujeto: de Freud y Lacan a Foucault, Touraine y Lévi-Strauss* (pp. 29-46). Quito: Abya-Yala.
- Egas, V., & Salao, E. (2011). Trabajo comunitario desde una perspectiva psicoanalítica. Un acompañamiento en la construcción grupal de saberes. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 9(2), 899-911. Recuperado

de <http://revistaumanizales.cinde.org.co/index.php/Revista-Latinoamericana/article/view/480>

Egas, V., Ramírez, G., Salao, E., & Vera, I. (2017). Proyecto de orientación psicoanalítica dirigido a comunidades afectadas por desastres naturales en Manabí: una propuesta de la reconstrucción en lo psicosocial. V Congreso REDU: Educación de Calidad, Cultura y Sociedad. Cuenca, Ecuador.

Egas, V., Salao, E., Vallejos, L. F., Grijalva, V., Pérez, E., Perlaza, D., Sarmiento, A. (2013). Psicólogos fuera de los muros de la consulta: experiencia de orientación psicoanalítica dentro del programa de erradicación de trabajo infantil - Proniño. Quito: Universidad Internacional SEK-Ecuador.

García Acosta, V. (2005). El riesgo como construcción social y la construcción social de riesgos. *Desacatos*(19), 11-24. Recuperado de <http://www.redalyc.org/pdf/139/13901902.pdf>

Hernández-Sampieri, R. (2014). *Metodología de la Investigación* (6ta ed.). México D. F.: McGraw-Hill.

Ingold, T. (2015). Conociendo desde dentro: reconfigurando las relaciones entre la antropología y la etnografía. *Etnografías Contemporáneas*, 2(2), 218-230.

Insua, G. (2017). *Saltar de la cuna: La subjetividad adolescente. El derecho al síntoma*. Buenos Aires: Letra Viva.

International Federation of Red Cross and Red Crescent Societies. (2016). *Six months report - Ecuador: earthquake*. Recuperado de: <https://reliefweb.int/sites/reliefweb.int/files/resources/MDREC0126m.docx.pdf>

- Klein, N. (2014). *La doctrina del shock: el auge del capitalismo del desastre*. Barcelona: Paidós.
- Kretzmann, J. P., & McKight, J. L. (1993). *Building communities from the inside out: a path toward finding and mobilizing a community's assets*. Evanston: The Asset-Based Community Development Institute.
- Labra, Ó., & Maltais, D. (2013). Consecuencias de los desastres naturales en la vida de las personas: síntesis de la literatura y orientaciones para la intervención psicosocial. *Revista Trabajo Social*(85), 53-67.
- Lacadée, P. (2003). Les assises du sujet ou De quoi l'enfant est-il responsable? En *Le malentendu de l'enfant* (pp. 167-177). París: Editions Payot Lausanne.
- Lacan, J. (1953/2009). Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis. En *Escritos 1* (pp. 231-309). México: Siglo XXI.
- Lerude, M. (2013a). Hacerse ver, hacerse oír: cuestiones de adolescentes. En G. Naranjo (Ed.), *Trayectoria: 20 años de transferencia de trabajo con la Asociación Lacaniana Internacional* (pp. 703-719). Quito: Rayuela Editores.
- Lerude, M. (2013b). La cuestión del Otro en la adolescencia. En G. Naranjo (Ed.), *Trayectoria: 20 años de transferencia de trabajo con la Asociación Lacaniana Internacional* (pp. 720-731). Quito: Rayuela Editores.
- Molina-Vera, A., Bello, O., & Benítez, D. (2017). *Estimando costos*

de un desastre. El costo en sector productivo del terremoto de abril de 2016 en Ecuador. Recuperado de: [https://www.ecuadorencifras.gob.ec/documentos/web-inec/Bibliotecas/Libros/Estimando\\_Costos.pdf](https://www.ecuadorencifras.gob.ec/documentos/web-inec/Bibliotecas/Libros/Estimando_Costos.pdf)

Mulki-Pontón, C. (11 de octubre de 2019). Fotografía de letrero de auspiciantes. Banco Fotográfico de Proyecto Urbanístico María Enriqueta Orrantía. Bahía de Caráquez.

Organización de las Naciones Unidas. (2015). 20. Vivienda. Hábitat III: Conferencia de las Naciones Unidas sobre la vivienda y el desarrollo urbano sostenible (pp. 1-10). Nueva York: Organización de las Naciones Unidas.

Portelli, A. (1991). Lo que hace diferente a la historia oral. En W. Moss, A. Portelli, & R. Fraser, *La historia oral* (pp. 36-51). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Ragin, C. (2007). *La construcción de la investigación social: introducción a los métodos y su diversidad*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.

Rebollo Conejo, I. (2000). Pasado y presente en la tragedia del adolescente. Sobre el declinar del padre. *Cuadernos de psiquiatría y psicoterapia del niño y del adolescente*(29), 41-55. Recuperado de <https://www.seypna.com/documentos/articulos/rebollo-tragedia-adolescente.pdf>

Renders, X. (1992). *Narration Ecrite d'Histoires de Cas en Psychanalyse*. Congrès International de Psychologie, (pp. 107-111). Bruselas, Bélgica.

Rodríguez Andrade, R. (2021). *La acción social y sus resultados*

estadísticos post terremoto 16A. En C. Álvarez Santana, Acciones sociales luego de un terremoto: la academia y la intervención social -16A (pp. 65-112). Manta: ULEAM Editorial Universitaria.

Rolfo, C., Slucki, D., Toporosi, S., Waisbrot, D., & Wikinski, M. (2003). Los analistas y la construcción colectiva de la memoria. En D. Waisbrot, M. Wikinski, C. Rolfo, D. Slucki, & S. Toporosi (Eds.), Clínica psicoanalítica ante las catástrofes sociales: la experiencia argentina (pp. 21-30). Buenos Aires: Paidós.

Romero, G., & Maskrey, A. (1993). ¿Cómo entender los desastres? En A. Maskrey (Ed.), Los desastres no son naturales (pp. 6-10). Red de estudios sociales en prevención de desastres en América Latina. Recuperado de <https://www.desenredando.org/public/libros/1993/ldnsn/LosDesastresNoSonNaturales-1.0.0.pdf>

Rosakis, A. J. (2016). Lo que podemos aprender del terremoto del 16 de abril de 2016. Recuperado de: <https://www.yachaytech.edu.ec/noticia/lo-que-podemos-aprender-del-terremoto-del-16-de-abril-de-2016/>

Saavedra, G., Arteaga, M., & Guamán, B. (22 de enero de 2019). Cartografía heterotópica de albergues de Sucre por MSP13D11. (E. Salao-Sterckx, Entrevistador)

Stryckman, N. (2013). Temporalidad de la cura: tiempo de las sesiones. En G. Naranjo (Ed.), Trayectoria: 20 años de transferencia de trabajo con la Asociación Lacaniana Internacional (pp. 224-242). Quito: Rayuela Editores.

Widlöcher, D. (1995). Principes généraux. En *Le recherche clinique en psychopathologie* (pp. 10-33). Paris: Presses Universitaires de France.

## EPÍLOGO

El estudio presente, el mismo que desbroza las consecuencias subjetivas en el sujeto denominado adolescente, integrante de una comunidad específica tras el terremoto del 16 de abril de 2016 en Bahía de Caráquez, se consagra como una inmersión profunda en las complejidades del proceso de desarrollo y la construcción de subjetividad en contextos adversos. Surge en un marco de investigación e intervención cualitativos, bajo el método de recolección de la historia personal, para dar un salto al protagonismo de esa novela personal-familiar contada, a la vez traumática, pero también embrollada.

Lxs adolescentes que compartieron sus narrativas ofrecieron varios sentidos que revelan la interacción dialéctica entre el trauma del evento natural y el lugar posible a ocupar luego de tener un dispositivo de escucha. Hagamos un poco de memoria y recordemos que la palabra da un lugar a la unicidad, que es componente a la vez de lo vincular-grupal-comunitario, ante la infinitud imposible/real del evento inesperado, sin embargo, denominado “natural”.

Esta investigación demuestra la necesidad emergente de alojar el discurso adolescente no solo en el contexto de situaciones traumáticas y críticas, sino en la cotidianidad en general. Con lo expuesto en el trabajo que comprende este libro, podemos reconocer la capacidad impecable de anudamiento entre lo imposible, sostener la falta y su estructura como sujetos, para así construir significados y lazos sociales, incluso en medio de la desesperanza y las crisis, que para los adultos, pueden significar un panorama de oscuridad o tomar un trabajo más prolongado.

Lo que nos pudiera aportar la psicología social o el psicoanálisis lacaniano, fácilmente se entrelaza con las narrativas de los jóvenes, brindando un marco conceptual que da un poco más de luz en los procesos subyacentes de construcción subjetiva y la relación con el otro, menesteres de esta etapa llamada “adolescencia”.

Es importante rescatar siempre la influencia de los grupos para dar forma a las subjetividades e identidades. Recordemos que en la teoría del vínculo o la operatividad grupal de Enrique Pichón-Rivière, existen herramientas puestas en práctica con la investigación presente, pudiéndolas observar bien en el espectro de investigación-acción participativa.

Los jóvenes, al enfrentar la pérdida de sus hogares y la reestructuración de sus comunidades, buscaron crear nuevos lazos y espacios de encuentro gracias a esta iniciativa. En la calle, encontraron una arena donde podían interactuar, compartir historias y construir una red de apoyo mutuo. Complementariamente acercamiento del grupo investigativo/interventor, propicia el atravesamiento del trauma que surge a partir de la catástrofe, en un momento crucial para la vida del sujeto.

Este libro teórico-práctico-interventor-testimonial-didáctico, nos dice que el campo de trabajo acerca de la subjetividad es amplio y puede ir más allá del consultorio, del aula universitaria, del escritorio bibliotecario. El trabajo sobre lo subjetivo es complejo, lejos de lo biológico: son espacios, es palabra, es historizar, es dar la apertura. Algo más que podemos notar es que no puede ser posible una intervención desde un lugar de dirección, desde la verticalidad o autoridad. Se apela al protagonismo de los actores, víctimas del

desastre, para que su atravesamiento sea activo y no, desde el lugar común que suelen ocupar: el de resto. ¿Es esa la demanda?

La construcción de la subjetividad es una herramienta para considerar una salida al desastre, partiendo del hecho que hubo subjetividades en crisis. El espacio para la palabra es fundamental para la constitución de la subjetividad, en donde se permite la simbolización y la constitución de un imaginario, más allá de la muerte, la pérdida, la mutilación social, la familia dañada y del lenguaje. No es cualquier escucha, entonces, la que se volcará hacia lxs adolescentes, sino una que persigue el deseo del interventor social, que permita subjetivar y elaborar a partir de lo que hay, hacia el porvenir.

Las narrativas de los jóvenes tras el terremoto resaltan esta función crucial del lenguaje. En hablar sobre lo acaecido donde se da pie al reconocimiento, a la reflexión; se ponen de manifiestos los duelos, las fantasías y principalmente, qué deseo habita en ese momento y para la posteridad. Somos testigos de la importancia de dar otros significados posibles a lo vivido, lejos del dolor y sin caer en abismos traumáticos.

Si estamos atentos a los testimonios de lxs adolescentes, damos cuenta de la importancia de lo que dejan Freud y Lacan sobre el espacio de escucha para hacerle frente al trauma. Por supuesto que estamos pensando en un desarrollo del sujeto en términos psicosociales, y bajo este principio decimos que los dispositivos con una escucha de orientación psicoanalítica a la comunidad, sin tener que inaugurarlos solo en emergencias o desastres naturales, son necesarios para quien esté dispuesto a pagar con su palabra.

En este contexto, pasando por la atención del cuerpo biológico, re-

saltamos la importancia de darle lugar a la atención psicológica y emocional. El papel del investigador y clínico, es de facilitador, para así permitir que el sujeto encuentre su voz, sus voces, elaborando un sentido contrario al del trauma.

Como se ha visto, la función jamás deberá ser la de imponer interpretaciones externas, dando palabras de optimismo o consejos desde la propia experiencia. El especialista, psicoanalista, psicólogo comunitario o psicólogo social si se quiere decir, es un medio topológico que sirve como lugar para recibir la palabra, es un punto de encuentro con los demás individuos adolescentes, cada uno sujeto; es quien facilitará que el joven encuentre la manera de autorizarse sujeto, para relacionarse con el mundo que quedó y el que pueda reconstruirse desde un hacer particular.

Quedará este libro como un llamado a la sociedad para que reconozca la fuerza que se halla en el espíritu adolescente, para crear y superarse, para lo cual es necesario poner más atención en este campo y adelantarnos a un futuro mejor. Por eso la propuesta en el recorrido de estas páginas, es un peldaño más en el largo trayecto de considerar las voces adolescentes como importantes para la conformación de la sociedad. De la misma manera, la sugerencia del libro es que la investigación y la clínica, pueden ir de la mano con la acción.

No olvidemos el componente y además compromiso multidisciplinario y multisectorial. Los profesionales de la salud mental, educadores, autoridades locales y la sociedad en su conjunto deben trabajar en colaboración para crear políticas y programas que den prioridad al bienestar emocional y psicológico de lxs adolescentes. Es fundamental garantizar el acceso a servicios de apoyo emocional

de calidad y promover la sensibilización sobre la importancia de la salud mental en el proceso de reconstrucción post-desastre.

*Carlos Silva Koppel*

## PERFIL DE LOS AUTORES

### **Dennis Logroño Sarmiento**



Psicólogo, psicoterapeuta y psicoanalista clínico. Formado en la Pontificia Universidad Católica del Ecuador (PUCE), de donde también es Magíster en Psicología Clínica con mención en Psicopatología y Psicoanálisis en un convenio con la EPHEP (École Pratique des Hautes Études en Psychopathologies) en Francia.

Es adherente de la sociedad psicoanalítica internacional Apertura Para Otro Lacan (APOLa) y su Programa de Investigación Científica (PIC). Mantiene un ejercicio profesional sostenido en la práctica clínica, la investigación y la formación continua, debidamente constituida por el análisis personal, el análisis de la práctica y la formación teórica.

Tiene experiencia como consultor e investigador en temas de psicoanálisis, psicología clínica y psicología en comunidad, en trabajo grupal e individual con pacientes en instituciones y la consulta privada. Sus intereses de investigación giran en torno a la adolescencia, la juventud, el lazo social, el género y la construcción de subjetividades.

## Verónica Egas Reyes



PhD en Psicología y Ciencias de la Educación, Máster en Psicoterapia Psicoanalítica Infantil y de Adolescencia (Universidad Católica de Lovaina) y Psicóloga Clínica (Pontificia Universidad Católica del Ecuador).

Es docente de grado de la Facultad de Psicología de la PUCE y de postgrado de varias universidades de Ecuador. Fue directora del Centro de Psicología Aplicada-PUCE de 2016 a 2022. Tiene 25 años de experiencia en trabajo e investigación con comunidades desde un enfoque psicoanalítico y en psicoterapia con niños, niñas, adolescentes y adultos.

Es investigadora de alto rendimiento PUCE y sus líneas de investigación son: dispositivos psicológicos, salud mental, comunidades, psicoanálisis, psicoterapia, desastres sociales y ambientales, nuevas tecnologías y virtualidad.

## Emilio Salao Sterckx



Es Psicólogo Clínico (Pontificia Universidad Católica del Ecuador), Máster en Antropología Visual (FLACSO-Ecuador) y candidato a Doctorante de la Universidad Católica de Lovaina en Bélgica.

Es docente e investigador en salud mental del Instituto de Salud Pública de PUCE y tiene más de 15 años de experiencia en el campo de la intervención e investigación en la psicología dirigida a la comunidad.

Dentro de sus campos de interés, se encuentra la perspectiva clínica ambiental enfocada a desastres complejos, violencias, movilidad humana, cultura digital, movimientos sociales, sistema penitenciario y psicología de la institucionalización.

## Santiago Andrade Zapata



Graduado en Pedagogía y Letras y Castellano, ha desempeñado docencia tanto en Educación Media como en Educación Superior. Sus líneas de trabajo están en los campos de la Filosofía, la Antropología, la Lengua y la Literatura. Investiga en innovación y desarrollo de competencias en educación superior en la temática de aprendizaje-servicio y liderazgo.

Profesor-Investigador Agregado 3 de la PUCE, incorporado a TC en la Dirección de Identidad y Misión de la PUCE. Participa del GI de Aprendizaje-Servicio-GIApSPUCE. Actualmente, escribe su tesis doctoral sobre aprendizaje-servicio en el proyecto de Servicio Comunitario Luli en Servicio.

Este libro fue revisado bajo el sistema de evaluación de pares académicos y mediante la modalidad de “doble ciego”, que garantiza la confidencialidad de autores y de árbitros.



"El libro lleva el lector a encontrar el evento -16A- al salir de aquello, al momento donde, gracias al solar que se construye tras las narraciones, el vacío se cura y la apertura se teje.

Nueva voz y nuevas relaciones surgen con el tiempo y el espacio a través del cuerpo adolescente. Esas nuevas relaciones se construyen poniendo el cuerpo en acto."

Tanguy de Foy

"Quedará este libro como un llamado a la sociedad para que reconozca la fuerza que se halla en el espíritu adolescente, para crear y superarse, para lo cual es necesario poner más atención en este campo y adelantarnos a un futuro mejor."

Carlos Silva Koppel

ISBN: 978-9978-77-721-3



9789978777213

